



EVA MIÑANA MÁRQUEZ

HUELLAS DE SAL

Harper+

EVA MIÑANA MÁRQUEZ

HUELLAS
DE
SAL

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

Huellas de sal

© 2025 Eva Miñana Márquez

© 2025, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.

Diseño de cubierta: CalderónSTUDIO®
Imagen de cubierta: Dreamstime.com

ISBN: 9788410641440

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Dedicatoria

1. Ya se verá

2. Cuando el amor duele

3. Silencio interrumpido

4. Dejarse llevar

5. La adaptación

6. La confesión de un sueño

7. Saudade

8. El vecino

9. El mercado de las coincidencias

10. Curiosidad

11. Marisol

12. Ramiro

13. Amelia

14. Tim

15. Reto superado

16. Un amanecer distinto

17. Una idea equivocada

18. La torpeza de lo bello

19. Felicidad quebrada

20. Delito compartido

21. Hombre al agua

22. Escondita como siempre

23. Una idea de muerte

24. Cambio de planes

25. El valor de cada detalle

26. Tensión al límite

27. La noche más larga

28. Rutina rota

29. Desatando cabos

30. Quedarse, regresar a casa o marcharse a otro lugar

31. Vía libre

[32. En ruta](#)
[33. El hostel](#)
[34. Villapenosa](#)
[35. Una pista que seguir](#)
[36. Visto y no visto](#)
[37. Ven conmigo](#)
[38. Premio a la resistencia](#)
[39. Regalos, anécdotas y una llamada](#)
[40. Media vida en la sombra](#)
[41. Te lo juro](#)
[42. Parikia](#)
[43. La felicidad está hecha de espuma](#)
[44. Sí es lo que parece](#)
[45. Aromas](#)
[46. Sandrine](#)
[47. ¿Y tú que harás?](#)
[Nota final y agradecimientos](#)
[Otros libros de la autora](#)

*Para Daniel, mi hermano.
Por aquel primer universo, compartido en momentos
distintos, que tanto nos une.
Por llenar de amor, humor y color mi vida entera.*

1

Ya se verá

Vivimos una vez, pero caben muchas veces en una vida. Fracciones de tiempo que destacan y guardamos o que olvidamos cuando pasan desapercibidas como cualquier peatón al cruzar una calle concurrida. Las que se quedan instalan un sensor, sin apenas dejar cicatriz, para poder regresar cuando haga falta. Ahí están, adormecidas. Aguardando la señal que las reviva. Un sabor, una imagen, un olor... El olor marca bien lo vivido; como el fuego marca la carne sellando lo jugoso dentro. Y basta un segundo para regresar allí donde estuvimos y volver a vivir la emoción, la sensación; el sentimiento.

Olor a espuma de mar que se cuela entre las rocas, con su crepitar inconfundible al retirarse. Olor a tormenta, a vacaciones, a miedo, a pétalos impregnados de rocío, a hojas caídas y pisadas... Para Amelia era cerrar los ojos y sentir la esencia de la resina adherida a las piñas del camino. Las recogía junto a Sebastián y abrían los piñones a golpe de piedra para comérselos allí mismo. Tan ricos. Las manos quedaban teñidas de bosque y les costaba quitar aquel barniz de los dedos. Se va con aceite de oliva. Ella lo sabía.

Valoraba los momentos según las fragancias. Adoraba el instante de acostarse cuando tocaban sábanas limpias. Le gustaba entrar en casa y ser recibida con la promesa de un guiso de los que derrochan cariño y, entre sus preferidos, el olor de un libro muy leído al pasar las páginas. Casi imbatible.

Es fácil viajar por la ruta del olfato y difícil olvidar lo que evocan las esencias. Una cosa implica dejarse llevar; la otra, no poder escapar.

Sus hijos se marcharon al terminar el Bachillerato. Primero Matías a San Francisco y, un año después, Samanta a Roma. Sebastián y

Amelia se quedaron solos en casa y recuperaron el ruido que solían hacer antes de tenerlos. El sonido estéreo de pareja. Claro que los echaban de menos, y mucho, pero les gustó recobrar el protagonismo; centrar la mirada en aquel universo menor habitado por dos.

Hicieron planes: recorrer Italia en coche y, de paso, visitar a Samanta; conocer alguna isla lejana y también hacer con calma la famosa Ruta 66 para encontrarse en algún punto con Matías.

Sebastián murió antes de hacer las maletas. No hubo tiempo para él. Para él se detuvo; sin embargo, cayó sobre Amelia con el peso de un futuro demasiado abierto.

Olor a él. Imborrable. Penetrante hasta ocupar demasiado. Sebastián se marchó, pero su aroma se quedó en la memoria de Amelia. Y fue una carga emotiva excesiva para una nariz experta como la suya.

Aguantó dos años sola en casa, pero ni las canas, ni las arrugas ni los dolores mienten. Y las lágrimas que echan de menos a un ser tan querido pueden anegar el alma, y la humedad puede traspasar la ilusión y llenarla de manchas. O se quedaba y se consumía, o se largaba y vivía.

El trabajo de madre estaba hecho y lo hizo más que bien. El nido quedó vacío y Amelia sentía un ardor insoportable en la espalda, en la parte dorsal. A sus cincuenta y cinco años, viuda y con la vida de sus hijos proyectada tan lejos, recordó que tenía alas. Tocó hacer lo que hace el águila: se despojó de lo antiguo y le dolió. Esperó, recuperó fuerzas y apostó por vivir.

Traspasó la perfumería por un buen dinero y alquiló la finca; el refugio compartido. Regaló, donó y vendió muchas cosas. Cosas que llenaban su hogar, pero que ya no alcanzaban a llenarla a ella. Se sentía hueca. Quizá rota.

Antes de salir, se concedió el capricho de dejar una huella en el perchero de la entrada: su bata de estar por casa. La lila y suave de tan gastada. Con aquellos bolsillos grandotes donde almacenaba los pequeños olvidos de la familia que encontraba a su paso y que, después, colocaba con ternura en su sitio para que nadie echara nada en falta. Le dolió dejar de necesitarla.

—¿Estás segura de lo que haces? —le preguntó Maite, su hermana, a través del manos libres del coche. Siempre tan oportuna.

—Lo estoy —respondió Amelia sin emoción.

—Pero ¿por qué no te quedas? Es que no te entiendo.

—Porque no puedo vivir más tiempo en casa. Todo sigue oliendo a Seb. Ya lo hemos discutido. Basta, por favor. Así no me ayudas.

—¿Y qué dicen Matías y Samanta? ¿Lo ven bien? ¿Y tus amigos? Aquí está tu vida. ¿Por qué huyes de esta manera?

Aquella última pregunta le tocó la moral. Maite hablaba, mezclando mil temas como de costumbre, y Amelia se alejaba cada vez más de esa voz y del lugar en el que había sido feliz durante más de dos décadas. Un chalet precioso que al morir Sebastián aumentó de tamaño y que, en aquel instante, empequeñecía a través del retrovisor.

—Por cierto, ¿has visto qué caro está todo? —continuó su hermana—. Han vuelto a subir los precios. Ya verás la gasolina. El otro día...

—No huyo —la interrumpió—. Deja de decir y de pensar que huyo porque no es cierto.

—¿Cómo?

—Que no es una huida, Maite. Salgo a buscarme. Antes me buscaban ellos y aunque yo no estuviera sabían encontrarme. Sobre todo, Seb. Me descubría en una nota en la nevera para que no se olvidara de comprar leche, en un aviso para vaciar el lavaplatos, en las cruces del calendario para recordarle el día que le tocaba fisio o en unos calcetines nuevos con estampados divertidos sobre la cama. Estos detalles demuestran que existes y es muy triste que, de repente, nadie te busque, que nadie te encuentre y, lo peor, que nadie agradezca que siempre estás aunque no estés. Siento que me estoy perdiendo y es imperdonable.

—No dramáticas, venga —le dijo Maite—. Siempre lo llevas todo al límite. Tienes la vida resuelta, puedes hacer lo que te dé la gana y estás estupenda de salud. Puedes permitirte dejar el trabajo. ¿Qué más quieres? No es para tanto. Escúchame.

—Escúchame tú: mi vida es para mucho. Y he decidido vivirla.

—Vívela aquí. ¿Cuántas viudas conocemos?, o divorciadas, que viene a ser lo mismo, y se quedan. Nadie se va.

—No es lo mismo una muerte que una separación —dijo Amelia, aburrida ya de la cantinela de su hermana—. Y si se quedan es porque no tienen recursos o valor para largarse, o porque adoran vivir donde están.

—¿Y a ti no te gusta tu casa? —le preguntó Maite—. Un chalet con jardín, piscina y pista de tenis en plena naturaleza.

—Quiero ver el mar —dijo Amelia—. Añoro el mar.

—Pues alquila un apartamento en la costa y ve los fines de semana o en vacaciones. No te alejes de tu entorno. De mí. No renuncies a lo conocido.

—No te enteras de nada. No es renunciar, es a-cep-tar que tengo que vivir. Duele, ¿sabes? Duele hacerlo sola; ese no era el plan. Y ya sé que en cualquier plan pueden surgir imprevistos porque la vida es algo inesperado, pero yo no estaba preparada para algo así. — Amelia no apartaba los ojos de la carretera y la imagen le resultaba intrigante. Era como adentrarse en la boca del metro. Con el valor que le echamos al día a día de manera inconsciente—. Mira, Maite — continuó—, como decía Seb: «A todos nos llega el momento *jazz*».

—Te doy un mes —soltó Maite con un tonito que a su hermana le dio mucha rabia y que le recordó aquella puñalada a traición—. Después volverás. Y te arrepentirás de haber vaciado tu hogar.

—¿No ves que necesito cambiar la decoración que me rodea? Solo es eso. Y no sufras tanto, que el contrato de alquiler que he firmado es de un año. Y guardé lo que considero importante en la cabaña bajo llave. Me reservé ese espacio, tranquila.

—Tonterías, niña. Estás cargada hasta arriba de tonterías y eso es lo que te aplasta las ganas de luchar por lo que es tuyo. Prefieres mirar hacia otro lado.

—¿Sabes qué pasa? —siguió Amelia—. Que te fastidia no ser tú la que se larga. Podrías hacerlo, pero nunca lo harás. Tienes criterio y poder suficiente para arreglar tu futuro, pero en lugar de hacer eso, te dedicas a chincar a los demás clavando uña en las heridas tiernas; donde supuran los remordimientos, el miedo y la pena. Y esta vez no te va a funcionar.

—Un mes, Amelia —sentenció Maite.

—Ya se verá.

Al cortar la llamada sonó *Rain* de Dana Glover y Amelia subió el volumen para no escuchar nada más. Solo aquella lluvia musical junto a su promesa interior de llegar al mar.

2

Cuando el amor duele

Los instintos son armas. Ayudan a superarnos día a día y a prepararnos para morir, pero, a veces, la experiencia y los conocimientos adquiridos enmascaran esos reflejos naturales y quedamos indefensos. Perdemos capacidad de acción y aceptación y el entendimiento nos convierte en el animal que más sufre. Quizá por eso, algunos acumulamos tantas cosas a lo largo de nuestra existencia. Creamos una fortaleza de banalidades a nuestro alrededor y vivimos arropados bajo un manto falso de protección.

«Según las estadísticas: un mes», le dijo el doctor a Amelia aquel día tan horrible. Un mes como el que le acababa de dar Maite para regresar con la batalla perdida. Le dolió mucho que aquel desconocido con bata blanca le soltara esa información. Era la respuesta a una pregunta que ella no llegó a formular. Se la dio sin habérsela pedido. El médico se marchó y siguió con su trabajo y con su vida y ella tuvo que apañárselas con la suya, viendo cómo se agotaba la de Sebastián. Aquel doctor puso en marcha un cronómetro espeluznante sin botón alguno para pausarlo. Desgarró el manto protector de Amelia por la costura central y la lanzó indefensa al rincón más frío de la sala de espera, sin otra opción que esperar.

Tardó días en decírselo a sus hijos. Los dos volvieron enseguida a casa.

—¿Papá lo sabe? —preguntó Matías. Le asustaba que su padre sufriera.

—Está sedado y ya no se despertará —le dijo su madre para tranquilizarlo. Para ellos, en aquel momento, la inconsciencia fue un alivio.

—¿Llegó a saberlo? —preguntó Samanta.

—No —respondió su madre—. Se desmayó sin más, llamé a urgencias y lo trajeron a este hospital. Le hicieron un montón de pruebas y se acabó. Lo que tiene estaba allí desde hacía demasiado, escondido y callado, y no ha dado la cara hasta saberse vencedor, el muy cobarde.

Pudieron despedirse de él, pero él no se despidió de ellos. Y la sensación que les quedó fue la de dejar algo sin acabar. Sebastián se marchó sin terminar el proyecto que tanto le gustaba. Se fue sin la revancha prometida después de la última derrota al pádel contra su amigo Enrique. Sin cancelar la visita al otorrino por los silbidos que escuchaba al acostarse: «Molestos como tu hermana con sus porqués», le decía a Amelia para hacerla reír e imitaba a su cuñada con una mueca afín a la locura. Sebastián murió con la vida a medias; sin embargo, el mundo siguió entero sin él al mismo ritmo. Y a ella le dolía amarlo tanto, porque no sabía cómo dejar de hacerlo; no sabía que eso no hay ni que intentarlo. Que el amor muchas veces duele porque se adhiere tan adentro que al desprenderse, aunque solo sea un pedacito, hiere. Y lo que hay que hacer es aprender a quererse mucho a uno mismo para sanar, y no vivir palpando heridas a ciegas para darse de bruces cada día contra el vacío de la ausencia; allí donde falta el aire, donde nada fluye; porque este tipo de dolor es lento y áspero y se atasca.

Amelia se aplicó en recordar lo bueno. Agradeció lo vivido y compartido. Completó los álbumes de fotos que llevaban siglos empezados y ordenar el pasado la ayudó a ubicar el presente. Vio que quedaban fotos por hacer, porque aún quedaba vida por vivir.

Matías y Samanta regresaron a sus estudios.

—¿Seguro que no quieres que me quede? —le preguntó Samanta después del funeral. Después de aquellos aplausos que por fin entendió Amelia. Siempre lo había considerado algo de muy mal gusto, pero resulta que es la única peineta que se le puede hacer a la muerte: aplaudir el recorrido de una vida—. Puedo estudiar aquí —propuso su hija, sincera.

—Ni hablar —contestó Amelia—. No hay que desperdiciar las buenas oportunidades. Papá no lo habría consentido.

—¿Y yo? —preguntó Matías. Amelia sabía que él no se habría quedado y que lo preguntó una vez escuchada la respuesta que le dio a su hermana. Le entraron ganas de hacerle la broma y decirle que sí, que necesitaba que él se quedara con ella, pero le pareció una crueldad soberbia en aquel momento y no lo hizo. Fue entonces, ante aquella posible gracia inoportuna, cuando se dio cuenta de que lograría remontar. El sentido del humor fue lo que la unió a Sebastián. Y aquello supuso un destello fugaz que le indicó que seguía activo; aletargado bajo la anestesia del duelo, pero tenía pulso. Había esperanza. Sintió que permanecía sujeta a la vida a pesar de la muerte. En estado marcescente; a la espera de un cambio milagroso que la ayudara a florecer de nuevo. Y pocos milagros surten tanto efecto como el humor que, a golpe de carcajada, arrincona la tristeza al fondo, donde casi no hay luz. El humor, cuando vence, ilumina, porque la risa brilla.

3

Silencio interrumpido

El navegador le marcó cuatro horas y media de ruta. Su destino respondía a una potente necesidad por revivir paisajes. Le parecía contradictorio: por un lado, se alejaba de su hogar para distanciarse de los recuerdos de aquellos que no estaban y, por otro, ansiaba regresar al confort de un espacio que había sido compartido con las mismas personas de manera ocasional. Algo tendrán en común la memoria y la ilusión, que invitan a sacudirnos de encima cualquier pereza y logran que recorramos tan largas distancias. Quizá la nostalgia genera adicción, quién sabe... Ella solo deseaba volver allí donde pasó algunos veranos de su niñez. Ya lo hicieron cuando sus hijos tuvieron la misma edad que ella tuvo y fueron las mejores vacaciones en familia. Pensó que podría usar aquel escenario conocido, sin raíces retorcidas, como plataforma para apoyarse y tomar impulso. En aquel lugar no vivió ni una amargura. Recordaba que allí el tiempo corría ligero, como la brisa al atardecer. Lo justo para dar movimiento al cabello sin llegar a enredarlo.

Sabía que lo que había perdido era imposible de recuperar y no tenía ni idea de que aquella parte de ella que tanto echaba de menos permanecía en su sitio. No la sentía porque aguardaba callada con las emociones hacia dentro. La pena la confundía y la rutina se convirtió en un escudo de doble cara. En un laberinto de muros altos que en cierto modo la protegía, pero del que le costaba salir. Por eso decidió romperla. Sin rutina se pierde la costumbre y sin costumbre se gana libertad. Y lo más importante: decidió superar sus miedos. Si algo le enseñó la muerte al llevarse a Sebastián, fue que nunca hay que darle la espalda. Es depredadora y no pierde la oportunidad de atacar por detrás. Hay que vivir de frente.

Descubrió también que la soledad se llena de silencio, pero que el silencio nunca está vacío. Está hasta arriba de aquello que el ruido

oculta. Y la ausencia de sonido agudiza la atención e incrementa las sensaciones, y Amelia necesitaba aprender a sentir lo que habitaba en su interior. Por eso hizo parte del trayecto sin música; para escuchar a ratitos sus pensamientos. Hasta que paró a repostar y preguntó dónde comer. Y fue allí, en aquel restaurante recomendado, donde la conoció a ella.

—Arrastras una manga —le dijo una mujer. Las dos esperaban en la entrada del local a ser atendidas. Amelia la miró y después miró hacia abajo. Su rebeca rozaba el suelo como si fuese la extensión física de su ánimo, como la cola de un animal.

—Gracias —dijo Amelia, y dobló la prenda.

—Hola, ¿qué tal? ¿Tienen reserva? —les preguntó un camarero, tan acelerado que parecía que se estuviera haciendo pis.

—No —contestaron ambas a la vez.

—Tendrán que esperar —dijo el camarero. La escena fue muy rápida. En aquel momento salió una pareja—. Mira qué bien —continuó el hombre—. Ha quedado una mesita libre para dos. ¿Me acompañan? —preguntó después de colocarse dos menús plastificados bajo la axila.

—Por mí no hay problema —dijo la mujer desconocida. Amelia se encogió de hombros y asintió. El camarero las guio hasta la mesa, entregó un menú a cada una y se marchó a paso ligero.

—¿Comerás de pie? —preguntó la mujer al verla parada, tiesa y agarrotada.

—Es que nunca he comido con alguien que no conozco —dijo al fin—. Es raro.

—Lo raro siempre resulta interesante.

Amelia se sentó y sintió cierto alivio.

—Soy Marisol —dijo la mujer desconocida para dejar de serlo.

—Amelia.

—Como la famosa aviadora que un día desapareció.

—Sí —sonrió—, como Amelia Earhart, pero yo no tengo avión.

—Tu cochazo lo parece.

Aquel comentario hizo que Amelia se pusiera en guardia. Significaba que aquella mujer la había estado observando antes de entrar.

—Es de segunda mano —mintió Amelia para restarle valor al coche.

—Pues tiene la matrícula más nueva que he visto. Me fijo mucho en las matrículas. Me gusta formar palabras con las letras.

Amelia había comprado el coche con parte del dinero del traspaso de la perfumería y después de vender el Audi de Sebastián y su Toyota. No tenía ni un mes. «El próximo, un Range Rover», decía su marido, y fue el último deseo de él que cumplió. Lo hizo por Sebastián. Bueno, por él y por ella. Siempre le habían gustado los coches grandes y sentirse segura.

—Me salió muy bien de precio —volvió a mentir sin saber por qué.

—Qué bien. Yo no tengo ni el carnet —dijo Marisol—. Y ahora me arrepiento.

—Nunca es tarde —dijo Amelia tirando de frases manidas. Su compañera de mesa sonrió y atacó.

—No tienes pinta de viajar por trabajo ni de ser de las que se van de vacaciones solas. ¿Huyes o buscas? —preguntó directa. Amelia guardó silencio unos segundos para calibrar la importancia que podría tener su respuesta, aunque tenía bien claro cuál era.

—Busco —respondió—. ¿Y tú?

—Las dos cosas. —Marisol echó un vistazo rápido al menú y después la miró a ella—. ¿Y qué te ha empujado a la gran búsqueda: curiosidad, una muerte, una separación o un despido?

—Una muerte —dijo Amelia. Sintió un pinchazo en la nuca—. ¿Y a ti?

—Una separación.

—¿Saben lo que quieren? —las interrumpió el camarero atareado. Marisol pidió y Amelia se limitó a pedir lo mismo. No había tenido tiempo de leer el menú. El hombre se marchó.

—¿Hijos? —preguntó Marisol.

—Dos. Mayores y lejos —contestó Amelia. El interrogatorio no la incomodaba, al contrario. Le pareció un juego—. ¿Y tú?

—No. Lo intentamos muchas veces, pero no funcionó. De eso no me arrepiento.

Marisol tenía la edad de Amelia, un buen currículum como esteticista y unas cuantas cicatrices invisibles para no olvidar nunca

a dónde no debía regresar. No entró en detalles, pero las pausas que hacía, para no contar demasiado, delataban sufrimiento. Dio a entender que cuidar de la piel de los demás le había salvado la suya. Había ahorrado durante años, mes a mes, una parte de su sueldo más la suma de propinas. Paciencia y constancia. Tenacidad de mente soñadora y alma voladora. En eso se parecían las dos.

—¿Vives en este pueblo? —preguntó Amelia.

—Llevo seis meses aquí, pero este no es mi lugar. Antes estuve casi un año en otro sitio. La verdad es que siento que no encajo en ninguna parte. No sé..., después de comer me iré. Esta es mi despedida.

—¿Y a dónde irás? ¿Cómo te mueves si no conduces?

—En autobús, tren, caminando... —se rio Marisol—. Podría ir a la capital y subirme a un avión, pero eso me obligaría a volar hasta el final de ruta y prefiero un medio de transporte del que poder bajar, si me apetece, antes de llegar al destino que estaba programado.

—¿No te da miedo viajar sola y sin un plan?

—Nunca me ha asustado la soledad y ahora ya no me asustan los cambios —dijo Marisol—. Se acabó tener miedo; casi me mata. Lo odio. Por culpa del miedo lo pierdes todo y no ganas nada.

—Yo también he apostado por el cambio —dijo Amelia con cierto orgullo de mujer valiente—. Necesitaba irme de casa. Romper con la rutina impuesta. Salir de allí para continuar en otro lugar. Pero no es una huida, como ya te he dicho. ¿Sabes qué es también? Otra de las opciones que me dabas: curiosidad.

—Es un acierto —dijo Marisol—. Lo presiento.

Amelia sonrió. Fue una sonrisa de satisfacción; un abrazo interno para sí misma. Una palmadita en la espalda.

Una mujer se acercó a ellas, decidida y con una sonrisa exagerada:

—¡Marisol, cariño! —exclamó. Iba acompañada de un hombre y dos niñas pequeñas—. Me dijo Almudena que dejas el salón y te marchas lejos.

—Sí —respondió ella—. Toca cambiar de aires.

—Si allá donde vas soplan mejor que aquí, haces bien —dijo la mujer—. Echaré en falta tus manos, te lo aseguro, pero me alegro

de que tengas un proyecto nuevo. Aquí está todo medio muerto.

Marisol se levantó y se dieron dos besos. Las niñas reclamaron su atención y Marisol se agachó para abrazarlas.

—Cuidad de mamá, ¿eh?, que yo ya no podré hacerlo —les dijo. Ambas asintieron y la familia se marchó después de desearle buena suerte.

Aquel breve encuentro hizo que Amelia viera a Marisol como alguien querido en ese pueblo; confirmó la información recibida sobre su historia más reciente y la desconfianza a lo desconocido menguó. Recordó las palabras de Marisol y vio que tenía razón: lo raro resultó ser interesante y, desde aquel momento, el hielo que sentía que la cubría empezó a fundirse para dar paso al inicio del aprendizaje más duro y extraordinario que existe: renacer.

4

Dejarse llevar

—Yo voy hacia el mar —dijo Amelia cuando les sirvieron los cafés, con los ojos empañados de emoción y el alma un poco arrugada—. Si quieres puedes viajar conmigo y cuando sientas que has llegado adonde esperas llegar, te quedas y yo sigo con mi ruta.

No era lo que tenía planeado ni lo que más deseaba en aquel momento. Fue algo inaudito en ella, como si una fuerza ajena y misteriosa la hubiese empujado a saltar al vacío. Sintió que aquello formaba parte de la improvisación que estaba dispuesta a llevar a cabo y se guió por lo que solía decirle Sebastián cuando la veía angustiada: «Déjate llevar». Y eso hizo.

Cada una pagó lo suyo. Marisol aceptó el ofrecimiento de viajar juntas y le dijo a Amelia que tenía que pasar por la estación de autobuses para recoger su equipaje de consigna.

—Todavía huele a nuevo —dijo la mujer al subirse al coche.

—Lo es —admitió Amelia para limpiar su conciencia. Arrancó e iniciaron la marcha—. ¿No te resulta curioso el tema de los olores? —Marisol negó en silencio—. A mí me fascina. Me licencié en Química y después estudié varios años en Francia, en una escuela de perfumería y cosmética muy reconocida. Allí conocí a Seb. Fueron tiempos de felicidad explosiva. Chocamos de narices, nunca mejor dicho, y estalló la vida. —Se esforzó en retener la emoción—. Al acabar los estudios regresamos a España, nos casamos y abrimos una perfumería. Juntos creamos una fragancia, ¿sabes?, pero nunca la llegamos a vender.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Era algo tan nuestro, tan personal, que supongo que no quisimos compartirlo. Después llegaron los niños y buscamos refugio en la naturaleza. Nos mudamos a unos veinte kilómetros de la tienda. Alejados del bullicio y del tufo a urbe.

—Mi mejor amiga no tiene olfato —contó Marisol—. Es increíble ir a comer con ella. Apenas aprecia los sabores y cualquier alimento le da igual.

—¡Qué horror! Yo no sabría vivir sin poder oler.

—Sí que sabrías. ¿Acaso te imaginabas el resto de tu vida sin tu marido? —La pregunta le sentó como una bofetada—. Tarde o temprano aprendes y te adaptas a lo que sea. Y de ahí, de esa dichosa adaptación, que muchas veces no es más que pasar por el tubo, llegan algunas de las decepciones más grandes. Está bien adaptarse, entiéndeme, pero siempre a partir de una nueva versión de ti misma. Como un móvil —se rio—. Si no te actualizas cuando toca, los errores afloran y de ahí directa a los problemas de conexión. Un buen ajuste debe implicar renovación. De lo contrario... estás perdida.

Amelia nunca imaginó que debería vivir el resto de su vida sin Sebastián y una parte de ella temió que fuera cierto aquello que acaba de decir Marisol. ¿Y si lograba adaptarse del todo a estar sin él? Su otra parte era justo lo que deseaba y aquel mar de contradicciones rompió contra ella por dentro con bravura.

—Y tanto tiempo fuera... —dijo Amelia para escapar de sus pensamientos—, ¿no echas de menos a tu amiga?

—Mucho —contestó—. Pero no podía pedirle que me acompañara y yo no puedo regresar. Ella tiene que vivir allí donde está con su familia. Y tampoco podemos mantener contacto de ningún tipo porque ambas sabemos que la bestia sería capaz de cualquier cosa para encontrarme. Si él tiene la certeza de que ella no sabe nada, las dos estamos a salvo. ¿Sabes qué hago? —dijo Marisol—. Me creé un perfil con otro nombre en Instagram y cotilleo en la cuenta de su marido, que es pública. Sin seguirlo, claro. Y allí él sube fotos de muchas cosas: celebraciones, vacaciones y todo eso, y así me entero de su vida sin que nadie se dé cuenta y comparto su alegría. —Marisol sacó su monedero del bolso y le mostró una foto que tenía guardada—: Tienen una hija que es una hermosura y yo soy su madrina. Mírala. —Amelia pegó un volantazo—. ¡Cuidado! —exclamó Marisol y guardó la foto para otro momento. Le habló entonces de su infancia y adolescencia. Se recordaba feliz; como una exploradora

de emociones que siempre sintió atracción por lo bello—. Lo que más me gustaba hacer de pequeña —le dijo— era recortar imágenes de famosas de las revistas de chismes y moda que leía mi madre. Después estudiaba muy bien el tipo de maquillaje que llevaban, la forma de sus cejas y los peinados. Todas lucían una piel maravillosa y me hice una promesa: montar mi propio centro de estética. Todavía no lo he conseguido, pero lo haré. Soy muy buena; te lo digo en confianza, no para presumir.

La piel de Marisol era tersa y sin manchas; tan solo una pequeña cicatriz en una ceja. Se adivinaba su edad por la forma del cuerpo y la curvatura de su espalda, pero el cutis, la parte visible de su escote y el cabello eran los de una mujer más joven.

Amelia sospechó entonces que bajo esa piel hermosa, escondidas tras un caparazón elástico de tres capas, Marisol ocultaba marcas feas de decepción. Las pisadas de alguien que le vendió la palabra «amor» sin nada dentro. Intentó averiguar y Marisol le recitó parte de lo sufrido, muy resumido, sin mostrar sentimientos; igual que un niño que se ha aprendido de memoria la lección y la suelta cuando se la piden. Pero a Amelia le impactó. Aquello no cabía en un cuerpo y aquel dolor silenciado despertó su compasión. Comprendió el motivo por el que Marisol buscaba y huía. Ambas cosas a la vez. Y empezó a admirarla.

Le resultó extraño, pero esa inesperada compañía la hizo sentir bien. Era como la almohada perfecta que se adapta a la postura ideal para leer un buen libro. No invadía; recibía, escuchaba y mostraba empatía con las emociones ajenas.

—A mí también me apetece ver el mar —dijo Marisol y suspiró agarrada al bolso—. Tengo ganas de instalarme en un lugar que refleje la luz que le llega. Igual te acompaño hasta el final. ¿Te importa?

—En absoluto. Nada nos compromete. Hasta donde tú quieras.

El viaje se hizo corto. La conversación amenizó el trayecto y Amelia logró evadir recuerdos a ratos. A veces, las diferencias unen: mientras que Amelia salió a buscarse, Marisol se encontró un día y escapó para no perderse. Ambas arrastraban un velo de tristeza. Lo de una era reflejo de añoranza, de haber perdido algo muy querido.

Lo de la otra parecía la respuesta al pretender con mucha intensidad algo que jamás había tenido.

Llegaron a la costa. Fue pasar el letrero que anunciaba la entrada a Canesba y Amelia bajó la ventanilla para aspirar el olor a mar con todas sus fuerzas. La emoción empañó sus ojos. Dudó, por un momento, si aquello había sido buena idea. Recordó entonces la sentencia de su hermana, apretó los dientes y giró hacia el paseo marítimo con decisión.

Aparcó y dejó el recelo y la chaqueta de entretiempo en el coche, junto al equipaje. La temperatura era ideal y supo que había acertado al elegir aquel día de finales de mayo; no para volver a empezar, sino para poder continuar.

—¿Y ahora qué? —preguntó Marisol.

—No lo sé. Caminemos un rato. Mira el mar qué bonito está —dijo Amelia con la mirada hipnotizada—. Tenía pensado alojarme en un hotel hasta encontrar el lugar perfecto, pero no hice ninguna reserva. Quería llegar y explorar. ¿Tú qué piensas hacer?

Marisol se encogió de hombros. Sonrió y aceptó el paseo. Tras media hora de caminata se sentaron a tomar una cerveza en un chiringuito a pie de playa. Marisol curioseó a través de una aplicación turística la disponibilidad de alojamiento de la zona. Encontró un apartamento a muy buen precio. La ubicación era estupenda y las valoraciones no lo dejaban en mal lugar.

—Fíjate en esto —dijo al mostrar la pantalla de su móvil—. ¿Qué te parece? ¿Compartimos? —sugirió—. Tiene dos habitaciones y pone con vistas al mar. Está a dos minutos a pie de aquí. Podemos reservar para una semana y ya cada una se encarga después de buscar lo que le convenga.

Amelia se lo pensó, pero sintió que era demasiado. A fin de cuentas no conocía de nada a esa mujer y declinó la oferta.

—Prefiero estar sola —confesó.

—Yo soy medio soledad, porque no conozco tu pasado y no invado, solo estoy. Pero lo entiendo, no te preocupes —dijo Marisol a la vez que recuperaba el móvil—. Ningún problema. ¿Sabes qué? Creo que lo voy a reservar para mí.

—Toma nota de mi número, anda —dijo Amelia—. Podemos quedar algún día.

—Genial. —Marisol añadió el número a sus contactos y le hizo una perdida a Amelia, para que también le quedase registrado su número a ella.

Así surgió aquella amistad; sellada frente al Mediterráneo. Archivada en la memoria de Amelia con olor a salitre y espuma de cerveza. Una combinación que suele gustar.

5

La adaptación

La primera noche fue la peor. Amelia se sintió perdida, muy sola y desubicada. Aquello no eran vacaciones, tampoco un regreso al hogar. Aquello era explorar con la ilusión de dar con algo nuevo dentro de un mundo ya conocido. Era como tener hambre y no saber de qué. En realidad, tampoco se trataba de encontrarse, sino de reinventarse. A veces, más que perdidos, estamos obsoletos. Anclados a algo o a alguien. Hay que dejar que la vida fluya, pero sujetos al timón. Porque siempre queda algo que aprender. Si dejas de hacerlo, si no aprendes, entonces corres el riesgo de entrar en fase de caducidad y te quedas con la etiqueta incierta y sospechosa de «preferiblemente antes de...». ¿Antes de qué? ¿De terminar los estudios?, ¿de cambiar de trabajo?, ¿de casarte?, ¿de tener hijos?, ¿de decidir no tenerlos?, ¿de separarte?, ¿de jubilarte?, ¿de morirte? Hay que aprender para poder decidir a tiempo. De ahí lo de no soltar el timón.

A la mañana siguiente, se puso enseguida a buscar un apartamento. Asociaba la estancia en el hotel a vacaciones compartidas y le resultaba deprimente e innecesario aquel mimo aséptico por una habitación privada.

Aprovechó el momento del desayuno incluido para investigar y, tras varias horas de navegación virtual, encontró un piso que encajaba con lo que buscaba. Quizá algo grande para ella sola, pero prefería disponer de espacio por si la estancia se alargaba y, también, porque no lograba desprenderse del formato familiar que aún amueblaba su mente.

Llamó y quedó con los de la inmobiliaria. Dos meses de fianza, otro para la agencia y el mes de junio por adelantado. El alquiler incluía una plaza de aparcamiento y un trastero. El piso estaba decorado con gusto. Muy luminoso. Una finca nueva con una terraza

fabulosa con vistas al puerto. Le gustó aquella imagen con tantos barcos juntos, ordenados, mecidos en reposo sobre un agua en calma. Listos para deslizarse de nuevo hacia la aventura. Se sintió barco, tal vez velero, con el mástil de la mayor señalando al cielo, igual que el estudiante que levanta el brazo convencido de tener la respuesta y desea ser el elegido. Sintió que estaba preparada para iniciar otra experiencia y la confianza en el presente le insufló el valor que necesitaba para no regresar a casa.

Unos días después, ya bien instalada en el apartamento, recibió una llamada de Marisol.

—¿Cómo vas? —le preguntó su nueva amiga.

—Bien. He encontrado un pisito la mar de mono.

—¡Estupendo! —se alegró Marisol—. Me quedé un pelín preocupada, pero ya veo que controlas.

—Gracias. Estoy bien, de verdad. Y tú, ¿qué tal?

—Encantada de la vida. He repartido currículums por todos los centros de estética, salones de belleza y peluquerías con servicio de maquillaje y, oye, este lugar es precioso. ¿Siempre veraneaste aquí de pequeña?

—Hasta que mi hermana debutó con prurito del nadador.

—¿Qué es eso?

—Un sarpullido por una reacción alérgica mientras nadas. Es raro que ocurra en agua salada, pero a ella le pasó y mis padres cambiaron playa por monte. Yo tendría doce años.

—Pues qué fastidio —dijo Marisol.

—Mi hermana siempre fastidia.

—Escúchame, ¿quedamos mañana y nos enseñamos los apartamentos? ¿Quieres que comamos juntas?

La energía de Marisol resultaba contagiosa. Hizo que Amelia llenase los pulmones de aire. Supuso esa bocanada forzada que, por fin, logra ocupar todo el espacio disponible bajo las costillas y te deja con la tranquilidad, tan buscada, de satisfacción.

Quedaron en el piso de Marisol, a diez minutos a pie del de Amelia.

Al día siguiente, al llegar, Amelia se dio cuenta de que no tenía nada que ver con el suyo. El edificio era antiguo y no tenía ascensor.

La escalera era estrecha y las paredes se desconchaban.

—No se parece mucho a las fotos que me enseñaste —dijo Amelia con decepción—. Menos mal que decidí no compartir —se burló.

—Bueeeeno, tampoco está tan mal. Y es muy barato —se defendió Marisol—. En cuanto le ponga cuatro detalles para decorarlo a mi gusto, cambiará. Ya lo verás. Y la ubicación es genial.

—Sí, eso sí. Lástima que solo se vea el mar desde la ventana minúscula del baño.

—Algo es algo. El anuncio decía con vistas al mar, pero no desde dónde —se rio Marisol.

Amelia le entregó un paquete que guardaba en el bolso, iba envuelto en papel de regalo. Resultó ser un marco de fotos de madera blanca con el detalle azul de una ola de mar en una esquina.

—¡Me encanta! —exclamó Marisol—. Yo no te he comprado nada —se disculpó.

—No tienes que hacerlo. Lo vi, me hizo gracia y lo compré.

—Hoy nos hacemos una foto, la imprimiré y la pondré en el marco. Venga, un selfi —dijo. Y con la mano le hizo un gesto para que se acercara.

—Calla, loca —se negó Amelia—. Vamos a comer al puerto y nos hacemos una foto en condiciones. Algo bonito.

—Vale. Y mi regalo será un tratamiento facial en mi nuevo trabajo.

—¿Te han llamado de algún sitio?

—Del que más me gusta de todos: Satori. ¿Lo conoces?

—Ni idea. De pequeña no iba a estos lugares. Y ya de mayor, cuando vinimos a veranear con los niños, no tenía tiempo para contemplarme.

—Pues ya verás qué lujo. He buscado lo que significa el nombre y es «momento de iluminación». Tema budismo zen y todo eso. Me harán un contrato de prueba, pero les gustará. Luego pasamos por delante y te lo enseño. Empiezo el lunes.

De camino al puerto pasaron por el apartamento de Amelia. Marisol se quedó fascinada. Le alegró saber que su amiga podía disfrutar de ese esplendor, mientras que a Amelia le supo mal aquella diferencia tan grande en tan poca distancia. Lo que no pensó Marisol fue que aquel desahogo económico no se equiparaba con el

estado de ánimo de su amiga, que aún seguía herida. Por fuera, la vida de Amelia lucía hermosa y resultaba envidiable, pero no era más que una fachada pulida con acabados muy buenos. Todavía quedaban grietas por dentro que amenazaban con avanzar ante cualquier tropiezo, como la chispa que corre por un caminito de pólvora con su baile veloz y alocado. Sin embargo, apareció algo que podía frenar aquello, que podía detener el dolor a tiempo antes de romper el núcleo vital que la hiciera regresar a casa dándole la razón a Maite. Algo que se presentó días atrás con un nombre de mujer que la transportó a los momentos más dulces de su infancia, arropada por el mar y el sol.

6

La confesión de un sueño

El restaurante del puerto que Amelia recordaba había desaparecido. En su lugar encontró una escuela de deportes náuticos que por las tardes ofrecía clases de bailes de salón. Una combinación de esas extrañas que proliferan para amortizar gastos y aumentar beneficios.

Fue un cambio de los que escuecen; de los que dan mucha rabia. Como si alguien borrara de tu disco duro un archivo muy importante. Recuerdas el título del documento y de qué trataba, pero los detalles se han esfumado y duele aceptar que no podrás recuperarlos. Sientes que han arrancado un pedacito de tu pasado como el que arranca la etiqueta de un tarro de conserva para guardar en él otra cosa. Ni rastro de lo anterior y ahí te quedas, con la absurda responsabilidad de mantener con vida algo de aquello en tu memoria, algo que justifique la nostalgia de un lugar que dejó de existir; del sabor de una mermelada que no volverás a probar porque ahora ese mismo tarro está lleno de botones.

Decidieron regresar al paseo marítimo y a medio camino a Marisol le llamó la atención una embarcación enorme, toda de madera, con aspecto de ser antigua.

—Qué preciosidad de barco —dijo—. Es de esos en los que una podría vivir tan feliz. Con casita incorporada. —Se acercaron. Se notaba que estaba habitado. Estaba amarrado de popa y tenía su nombre escrito en ella: *Saudade*—. Fíjate —continuó Marisol—, pone que hacen salidas al mar para avistar cetáceos. —Lo leyó de un cartel con la alegría de haber descubierto un tesoro. Amelia sonrió—. Algún día podríamos hacer una excursión, ¿no?

—Vale —contestó Amelia, con la misma convicción que uno emplea al prometer que irá al gimnasio.

—¿Nos hacemos la foto aquí, con el barco de fondo? —propuso Marisol—. Venga, va, que quedará muy chula. —Juntaron las caras, sonrieron y el móvil de Marisol capturó el momento.

Comieron en un restaurante del paseo; una paella a la marinera que nada tenía que envidiar a los recuerdos de Amelia. Bebieron vino blanco muy frío y rieron de las ocurrencias de Marisol.

—Cuando abra mi propio salón de belleza, lo decoraré con motivos marinos. Pero en plan mundo acuático total. Con un acuario enorme en recepción. Con un pulpo y todo. Y las paredes estarán recubiertas por unas placas de cristal doble con el interior lleno de agua, con burbujas que correrán sin parar hacia arriba. Se escuchará el sonido del mar. ¿Sabías que los mejores cosméticos naturales están elaborados con esencias marinas?

—También con productos de la tierra. El aceite de oliva es muy bueno para la piel y algunos tipos de hongos poseen propiedades muy beneficiosas para el cutis.

—Cierto —dijo Marisol—. Olvidaba que habías tenido una perfumería y que dominarás la cosmética, pero, escucha, el mar es otro mundo. Ni te imaginas lo que ocultan sus aguas.

—¿Y no te da pereza empezar de cero un negocio? ¿Tú sabes lo que es eso? Complicarte ahora a tu edad, que es la mía, con empleados a tu cargo, alquileres, comprar aparatos, acumular recibos y facturas...

—Es mi sueño y los sueños hay que intentar cumplirlos hasta el final. Me imagino —continuó Marisol— que tu marido y tú soñasteis con abrir vuestro negocio y lo hicisteis, ¿verdad? Pues algún día me tocará a mí hacer realidad mi deseo.

Sin querer, Marisol pulsó el botón de la añoranza, pero no permitió que ensombreciera la luz radiante de aquel instante y arrastró a Amelia hasta el lugar donde empezaría a trabajar en unos días. Le habló de técnicas de masaje facial, de aparatos de última generación y de productos estrella. Después, le contó anécdotas curiosas de algunas clientas, de algún hombre también, y Amelia se rio como hacía tiempo que no reía.

—Milagros a Lourdes —dijo Marisol—. Que hay quien viene y se cree que con una limpieza de cutis saldrá con quince años menos.

Hay que aprender a ralentizar los efectos del paso del tiempo en la piel a una edad temprana. Y, después, no escatimar en cuidados. Que la gente, para según qué cosas, es muy rata.

—Toca mimarse.

—Eso siempre. Lo que no hagas tú por ti, no lo hará nadie. Ya te lo digo yo. Si no eres capaz de quererte como te mereces, no puedes pretender que te quieran los demás como tú quieres que te quieran.

Aquella noche, una vez metida en la cama y arropada por la oscuridad, Amelia recordó el día que Sebastián y ella firmaron el contrato de alquiler de la perfumería. El dueño les entregó las llaves y les deseó suerte. Después, fueron los dos al local, emocionados, nerviosos y excitados, para tomar medidas para los estantes y mostradores e hicieron el amor allí. Primero de pie contra la pared del fondo, la que daría entrada al cuartito que tanto tiempo hizo de almacén, después tumbados en el suelo. Hacía frío, había polvo y olía a promesas y a deseos por cumplir.

Amelia lloró. Lloró como otras muchas noches. Habló con Sebastián desde el pensamiento. Le parecía ridículo hacerlo en voz alta, temía quizá acabar loca. Le dijo que lo echaba de menos y le recriminó que se marchara sin avisarla.

Sabía que el llanto la ayudaría a dormir, como cuando era pequeña y Maite la hacía rabiar. Entonces lloraba sin parar y no se preocupaba por detener las lágrimas. Se dormía con la certeza de que al despertar, con los ojitos hinchados y rodeados de huellas de sal, el arrebató ya habría pasado. No lo harían la pena, el disgusto o el rencor, pero sí la intensidad del arranque de aquel llanto descontrolado.

Llorar es bueno, porque el agua salada cura. Ya sea por dentro o por fuera. Pero, ojo, porque la sal en exceso corroe y muerde fuerte cuando la herida se oxida.

7

Saudade

Bastaron un par de días más para que Amelia volviera a familiarizarse con Canesba. Recorrió todas sus calles sin dejar un rincón por descubrir. Algunos espacios habían cambiado. Encontró plazas reformadas y divertidos parques infantiles donde antes había descampados. Edificios nuevos, por suerte no muy altos, reemplazando casas antiguas de pueblo que le daban un toque moderno al lugar, pero que le restaban historia.

Muchos comercios habían desaparecido dando la oportunidad a otros con una pincelada forzada de progreso; como el restaurante convertido en escuela náutica y de baile del puerto. Sintió entonces que se había perdido parte de la identidad del recuerdo. La evolución salpicó aquellas calles igual que una lluvia fina salpica los tejados. Gotitas dulces para sazonar la realidad y otorgarle brillo. Lo justo para no perder el encanto, pero sin el lastre de lo antiguo que no es catalogable. Solo se había conservado lo más destacado, aquello que atraía al turismo y generaba ingresos a los que siempre ingresan.

En general le gustó. La fragancia y la luz eran las mismas y aquello le bastó para no desear marcharse.

Ya no quedaban conocidos ni amigos de su infancia a los que visitar. La última en irse fue su amiga Cristina. Lo supo cuando regresó al pueblo con Sebastián y los niños. Cristina se había casado con un turista polaco y ahora vivían en Ustka. Se felicitaban los cumpleaños y las navidades e insistían en la famosa promesa falsa de «A ver si nos vemos pronto».

Marisol sí cumplió con su palabra y le regaló un tratamiento facial a su amiga. Lo pagó de su bolsillo y se ganó un punto en el trabajo por haber captado a otra clienta.

—Tenías razón: eres muy buena en lo tuyo —le dijo Amelia al terminar.

—Es que me encanta lo que hago y eso se nota. Lo notan. Lo has notado, ¿verdad? —le preguntó Marisol.

—Y tanto que sí. Y mi piel te lo agradece —respondió Amelia mientras se acariciaba el rostro.

—Aquí la gente es generosa con las propinas. Y hay lista de espera. Fue un acierto acompañarte hasta el mar.

—Me alegro.

—¿Y tú qué haces durante el día? —preguntó Marisol—. ¿No te aburres sin trabajar?

—¡Qué va! No tengo tiempo de aburrirme. Leo mucho. Paseo, pinto...

—¿Pintas? —preguntó Marisol, sorprendida—. ¿Qué pintas?

—Olores. —Marisol arrugó la nariz—. Es como una liberación —continuó Amelia—. Para mí, casi todo tiene un olor y cada olor tiene un color, y cuando necesito plasmarlo se convierte en una sombra difuminada, a veces más viva, dependiendo de su intensidad. Me gusta observar a la gente y, según su expresión, la sensación que transmite, su porte..., entonces desprende una esencia única y esa esencia tiene una forma y un color distintivo. No se trata solo del perfume que lleve, del desodorante, de su sudor o de su propio olor corporal. Entiéndeme. No busco captar los olores superficiales. Pinto esencias intrínsecas.

—¿En serio? Igual deberías hacértelo mirar —bromeó Marisol—. ¿Cómo captas esas cosas raras? ¿Todas las personas tenemos esencia intrínseca olorosa? —Se rio.

—Todas —contestó Amelia con una sonrisa que aceptaba con cariño la burla de su amiga—. Unas más que otras. Las hay casi transparentes. Algunos objetos también poseen esta cualidad. Hay olores limpios y otros sucios, sin que por ello guarden relación con la pulcritud o la mugre. No sé..., es difícil de explicar.

—Ya te digo. ¿A mí me has pintado? ¿De qué color es mi olor?

—Tú reflejas un arcoíris fosforito con una pequeña estela gris muy difuminada que poquito a poco va desapareciendo. Cada día menos gris y más colores vivos.

—Me gusta —dijo Marisol—. ¿Y solo pintas olores?

—Sí. Es como plasmar emociones sin cuerpo. Para mí el olor es algo universal y a la vez particular. Humanos, animales, vegetación, objetos de diferentes materiales... Los árboles, por ejemplo, son grandes transmisores de color a través de su olor. Sé que suena raro, pero tengo un montón de cuadernos con sombras y matices. Son como banderas, pero en lugar de representar a un país, representan algo mucho más concreto, que a su vez define un concepto abstracto. Cada ilustración va etiquetada con un nombre, un lugar y una fecha.

—Alucinante. Tienes que enseñarme esos cuadernos. ¿Y no lo has presentado nunca como un estudio de aromas o algo así?

—¡Qué va! —se rio Amelia—. Se trata solo de mi percepción. No existe ninguna teoría científica que lo avale. —Y agitó una mano al aire como para borrar lo dicho—. También ocupo parte de mi tiempo dando largos paseos, poniendo en orden el apartamento y, siempre que puedo y la diferencia horaria lo permite, me paso un buen rato haciendo videollamadas con mis hijos. Mando mensajes a los amigos, leo los suyos y me paso horas discutiendo con mi hermana.

—Pues nada. Aclarada mi duda: no te aburres. Y ¿tienes planes para el domingo por la mañana? —preguntó Maite, cerrando la carpeta de olores, colores y llamadas.

—Nada que sea obligatorio, ¿por?

—Bien. Te espero a las ocho en mi casa.

—¿Tan pronto? —se sorprendió Amelia.

—Ajá.

—¿Por qué tan pronto un domingo?

—Ven y lo sabrás.

Lo primero que Amelia vio el domingo, al llegar a casa de Marisol, fue el marco que le había regalado con la foto que se hicieron en el puerto. Lo tenía expuesto en el mueble de la entrada.

—Oye, pues quedamos muy bien —dijo Amelia, complacida.

—Claro, fue un día precioso y la belleza se refleja. Fíjate en lo que se ve detrás.

—El barco que tanto te gustó.

—El barco y el letrero que anuncia las excursiones —añadió Marisol—. De ahí saqué el número de teléfono. Se ve, ¿lo ves? Pues hala, a las ocho y media zarpamos. ¿Qué te parece?

—¡Qué dices!

—Lo que oyes. Que nos vamos a surcar los mares en busca de delfines —dijo Marisol con gesto de diva, apartándose la melena hacia atrás.

—¿Y si me mareo? ¿Tú no te mareas? —preguntó Amelia un tanto agobiada—. No navego desde que era pequeña.

—¿Te mareabas entonces?

—No, pero era una niña.

—Pues ya está. Ya has navegado más que yo. Venga, vámonos.

Al llegar al amarre había un hombre de espaldas en la cubierta del barco, medio agachado adujando cabos.

—¡Buenos días! —exclamó Marisol—. Somos las de la excursión.

El hombre se giró. Se incorporó y usó la mano derecha como visera para protegerse del sol y ver bien a sus clientas.

—Hola —les dijo—. ¿Habéis traído calzado de suela blanca y antideslizante?

Ambas se miraron como si acabaran de darse cuenta de haber perdido el tique del aparcamiento.

—Da igual —dijo el hombre—, me olvidé de comentarlo. Subid a bordo, por favor. Por la pasarela.

Primero subió Marisol, que aterrizó de un salto. Después, el patrón le ofreció la mano a Amelia, que permanecía indecisa en tierra. Aceptó, y el contacto cálido de aquella piel desconocida junto a la presión firme con la que la agarró hicieron que se sintiera a salvo. Sus ojos se encontraron en el momento en el que ella puso un pie a bordo. El hombre sonrió y le aguantó la mirada hasta que Amelia se ruborizó y retiró la mano.

—Soy Tim.

—Anda —dijo Marisol—. El primer Tim que conozco en mi vida. No es muy común por aquí.

—Es lo que pasa por tener sangre griega —aclaró—. Timoteo, como mi bisabuelo materno.

—Yo soy Marisol y ella es Amelia. —Amelia alzó un dedo para confirmar, sin que hiciera falta, su presencia.

—¿Habéis navegado alguna vez? —preguntó el griego.

—No —respondió Marisol.

—Yo sí —dijo Amelia—, pero hace muchos años. De pequeña veraneaba aquí, mi padre tenía un amigo que tenía una menorquina y alguna vez habíamos salido a pescar.

—Bien —dijo Tim—, entonces para ti será como regresar a la infancia, aunque sin pesca.

—Mejor —dijo Amelia—, me daba pena ver cómo se retorcían los peces con la boca atravesada por el anzuelo.

—Ya —dijo Tim—. Seguro que después no le haces ascos a una buena lubina a la sal. En fin... Tenía que acompañarnos una familia con dos chiquillos —continuó él—, pero uno de ellos tiene otitis y no vendrán. Saldremos los tres. Recojo esto —dijo señalando con la vista unos cubos y una montaña de chalecos salvavidas— y zarpamos. Tendremos buena mar.

Mientras se alejaban del puerto, a pocos nudos con el runrún del motor a sus espaldas, les contó que el nombre del barco era portugués.

—Saudade viene a ser lo que llamamos «nostalgia» y responde a un sentimiento de melancolía producido por la distancia, medida en tiempo o espacio, a algo amado. Una distancia que tira del deseo de acercamiento. Incluso puede tratarse de una nostalgia por algo que en realidad no existe. Una anemoia alucinante. Sería como echar de menos un pasado que no has vivido. Este nombre significa mucho más que un simple estado de ánimo.

—Qué bonito —dijo Marisol, entregada de lleno a la emoción del momento. Amelia permaneció callada y sintió que aquel concepto conectaba con ella—. ¿Y por qué le pusiste este nombre?

—Es el que tenía. La embarcación es de segunda mano —respondió Tim, borrando de un plumazo el encanto de su discurso anterior.

A unas cuantas millas apareció el primer delfín como un proyectil en misión de paz. Le siguieron otros cuatro. Saltaban y se cruzaban en una danza que parecía ensayada; una coreografía acuática

exquisita. Maite hizo mil fotos y Amelia sonreía igual que sonreímos todos cuando no somos conscientes de hacerlo. Con la pureza que nos habita.

Los delfines los acompañaron un buen rato, haciendo exhibición de su maestría nadadora, y después desaparecieron adentrándose en su mundo, también nuestro, pero tan distinto para cada cual y tan complejo para los que flotamos sobre barcos.

A media mañana fondearon en una cala para tomar un aperitivo. No había nadie más. El agua estaba tan transparente que se apreciaban las marcas de las corrientes submarinas en la arena. Vieron muchos peces. Eran rápidos, plateados y juguetones.

Tim les enseñó la embarcación por dentro.

—Es una maravilla lo bien aprovechado que está el espacio —dijo Marisol—. Me encantan estos armarios y cajones que sirven para tantas cosas. Debajo de cualquier lugar hay otro que esconde otro más. ¿Por qué no hacen los pisos así?

—Los suecos estos que están tan de moda ya lo intentan —se rio Tim—. Lo difícil es armarlo.

La estancia que hacía de salón, con cocina equipada, era amplia y de techo alto por tratarse de un yate. Resultaba acogedora. El barco disponía de dos baños con ducha y tres camarotes. El de Tim, situado en proa, era precioso. Había una cama con forma redondeada de gran tamaño en el centro. Las paredes estaban forradas de madera oscura y había muchos cajones secretos de esos que tanto le gustaron a Marisol. Un portillo ovalado en cada amura y una escotilla cuadrada en lo alto, que daba acceso a la cubierta, le aportaban luz y aire fresco.

—Huele a hogar —dijo Amelia— y me resulta muy curioso al ser un espacio relativamente pequeño y rodeado de humedad.

—Cualquier lugar se convierte en hogar si el que vive allí logra ser feliz en él —dijo Tim, que no paraba quieto. Parecía un hombre sencillo, de los que no necesitan más de lo que ya poseen y que gozan del atractivo natural que solo tienen los que no presumen de tenerlo. A pesar de su piel curtida por el sol, Tim aparentaba los cincuenta y siete que dijo acabar de cumplir.

—Tú vives aquí, ¿verdad? —continuó Amelia para saciar su curiosidad.

—Sí —respondió él—, el 15 de junio hará once años.

—Y ¿no te molesta que la gente entre en tu casa mientras trabajas? —le preguntó.

—No a todos los clientes les enseño los camarotes. Por norma general tienen acceso a bañarse en alta mar y a un aperitivo en cubierta.

—Pero para ir al lavabo hay que pasar por el salón —dijo Marisol.

—Tú lo has dicho: pasar. Y el que pasa no se queda. Además, ya sabemos que la mayoría aprovecha el chapuzón para vaciar la vejiga.

No preguntaron más y se quedaron con la sensación tan agradable de ser especiales, de haber sido invitadas a descubrir parte de la intimidad de aquel hombre solitario. No por ello huraño, al contrario; Tim era divertido. Les contó chistes sobre marineros y anécdotas tan sorprendentes que parecían inventadas. Ellas rieron y las risas lo animaron a seguir con sus historias. Pasaron la tarde alrededor de la mesa que él había dispuesto en la cubierta del barco, al frescor ligero de la brisa marina que aún corría recién estrenado junio.

Al regresar a tierra, les cobró menos de lo que habían acordado a cambio de pactar una salida nocturna para contemplar las estrellas en alta mar. Fue una manera original de echarles el anzuelo. Marisol pilló a Tim dándole un buen repaso a Amelia de arriba abajo al despedirse y aquel gesto, que quizá en otra situación le habría parecido vulgar, le supuso un chispeo de vida, una respuesta natural cuando algo nos llama la atención.

De vuelta al apartamento, Amelia volvió a sonreír en la intimidad. Sintió un pellizco de satisfacción y le mandó un mensaje a Marisol para pedirle copia de las fotos. Era hora de empezar un álbum.

8

El vecino

Junio avanzaba con calma, anunciando en voz baja la llegada del calor y de los primeros turistas. Gente ociosa y curiosa con ganas de construir y almacenar recuerdos gratos y de aligerar, durante las vacaciones, el peso de aquellos que no lo son tanto.

Marisol invitó a su amiga al apartamento la noche del primer sábado y en mitad de la cena, pasadas las diez, escucharon un golpe muy fuerte en el rellano acompañado de varios insultos. Se miraron y salieron disparadas hacia la puerta. Marisol se adueñó de la mirilla.

—¡Ssshhh! No hagas ruido —le pidió a Amelia, que la empujaba para hacerse un hueco.

—¿Qué ves?

—Es un hombre —susurró Marisol—. Mayor. Arrastra algo que parece muy pesado.

Otro golpe las asustó y se apartaron de la puerta de sopetón.

—Debe de ser el vecino nuevo del tercero —dijo Marisol, como el que revela información confidencial—. Ayer me dijo la del primero segunda que se lo han alquilado a un guardia.

—¿Un guardia? ¿Guardia urbano?

—No sé. Solo dijo «guardia».

—¿Y estos golpes? —preguntó Amelia. Marisol puso cara de no saber y regresó a la mirilla.

—¡Mierda! —exclamó y se apartó con rapidez—. Me ha visto.

—¿Cómo te va a ver si estás detrás de la puerta? —preguntó Amelia y se acercó ella al agujerito para espiar—. Pues sí —confirmó—. Te ha visto. Viene hacia aquí.

—¡Qué dices! —dijo Marisol. El timbre sonó.

—No abras —sugirió Amelia.

—Sabe que hay alguien —dijo Marisol—. Queda fatal. —El timbre volvió a sonar.

Las dos amigas se miraron y Marisol decidió abrir la puerta. Se encontraron con un hombre risueño, arrugado, con el cabello muy blanco, la frente sudada y la respiración agitada.

—Perdón —dijo mientras recobraba el aliento con una mano sobre el pecho—. Soy Ramiro, el recién llegado que ocupará el tercero primera.

—Bienvenido —dijo Marisol con una sonrisa forzada—. Es que hemos oído un golpe y...

—El baúl este, que pesa como un muerto —se excusó Ramiro y le dio una patada al trasto.

—¿Quiere que le ayudemos? —se ofreció Marisol.

—¡Por favor! —dijo el hombre con las manos en modo súplica—. Os lo agradezco en el alma. Mi vida va ahí dentro metida, y ya es mucha vida, y como no hay ascensor...

Se situaron ellas dos a un extremo del baúl y Ramiro, de avanzadilla, dio la orden de levantarlo. Pesaba, pero entre los tres no fue difícil maniobrar por las escaleras y llevarlo hasta su destino.

—Pasad —dijo Ramiro mientras metía la llave en la cerradura—. Os habéis ganado un vaso de horchata.

—¡Uf, no! A estas horas demasiado dulce para mí, gracias —dijo Amelia con la intención de volver a bajar.

—Yo sí quiero —dijo Marisol. Agarró a Amelia del brazo y tiró de ella para que se quedara.

Ramiro abrió la puerta del piso y un perro enorme saltó sobre él y no lo tiró al suelo de milagro.

—¡Casi! —exclamó Ramiro al recuperar el equilibrio—. Cualquier día me tumba. Calma, peludo —le dijo al perro—. Tranquilas, que no hace nada. Venga, va, marchando una horchata fresquita. Y para ti... —le dijo a Amelia— ¿una tónica?, ¿agua? No tengo más. Mañana haré la compra.

—No se preocupe —dijo ella—. Solo ha sido un piso. No estoy cansada ni sedienta.

Entraron y Ramiro aprovechó la pausa del refrigerio para abrir el baúl en mitad del salón y mostrar sin reparo lo que había dentro: ropa, utensilios de cocina, herramientas y, entre todas aquellas cosas, una pistola. Amelia y Marisol se miraron, pero guardaron

silencio. Él la dejó sobre la mesa y continuó con su inspección: varias linternas, una porra, unas esposas, un puñado de tebeos de Mortadelo y Filemón, una pila de libros, casi todos de Agatha Christie, y unos cuantos cuadernos.

—¡Aquí está! —dijo Ramiro con un estuche de botiquín en la mano—. Se sentó en el sofá y se subió la pernera izquierda del pantalón. Descubrió allí el bulto de un golpe reciente—. No es nada —dijo—, pero prefiero echarme Thrombocid o mañana tendré la pata de un elefante.

—¿A qué se dedica usted? —preguntó Amelia sin poder aguantar más el misterio de aquella arma.

—Estoy jubilado. Pero tuteadme, por favor, que me hacéis sentir mayor —dijo él, a la vez que se untaba crema en la zona del golpe—. Tengo setenta años, aunque no los aparente. —Sí que los aparentaba, incluso alguno más—. Trabajé tres décadas en un puesto de mucha responsabilidad. «Ojo de halcón», me llamaban. Aquí, al menda, no se le escapa ni una.

Se levantó del sofá y con un gesto rápido escondió el cuello entre los hombros, y con la cabeza ahí encajada, entrecerró los ojos con cara tenebrosa y empezó a girar el cuerpo entero, como un bloque, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Al estilo robot.

—Ni un solo caso sin resolver —continuó y recuperó su postura normal—. Y eso que aquel *parking* estaba en una zona mala.

—¿*Parking*? —preguntó Amelia.

—Treinta años vigilando coches. Tres plantas, con un total de cuatrocientas veinte plazas. Sin contar la zona de motos.

—Vigilante —se le escapó a Amelia.

—Más que eso —dijo Ramiro—. A los clientes amigos les limpiaba el auto y les suministraba aceite, líquido limpiaparabrisas, pañuelos de papel... El mejor vigilante de seguridad de la zona.

—Ojo de halcón —dijo Marisol y se mordió los labios para frenar la risa.

—A vuestro servicio —dijo Ramiro e hizo una especie de reverencia.

—¿Y la pistola? —preguntó Amelia, directa.

—¡Ah! Es de mentira, pero da el pego, ¿verdad? Pesa lo suyo. Me costó un buen dinero —dijo él—. Intimida mucho. —La agarró, la sacó de la funda, se plantó con las piernas separadas, una de ellas al aire con los pelos aplastados y pringosos por la pomada. Sujetó el arma con ambas manos y fingió disparar hacia la puerta de la entrada—. ¡Bang, bang! —soltó.

—Pues sí —dijo Amelia con cara de haberse tragado algo amargo—. Asusta.

—Nunca se sabe quién puede rondar por un aparcamiento. Mejor imponer respeto, ¿me explico? ¿Queréis probar? —les preguntó y les ofreció el arma.

—Otro día, quizá —dijo Amelia—. Y ¿por qué se ha, te has, perdón, mudado aquí? —preguntó.

—Y ¿por qué no? —respondió Ramiro—. Es un lugar precioso, tranquilo incluso en verano porque el turismo que le llega es familiar. Es un pueblo con un historial delictivo impecable. Aquí no ocurren cosas malas de las serias; de las que salen por la tele, ya me entendéis. Y no es un sitio caro. Mi pensión me lo permite.

El perro se acercó a Amelia y le lamió la mano con lentitud, con cariño perruno.

—¿Cómo se llama? —preguntó ella mientras lo acariciaba. Era una mezcla entre mastín y pastor alemán—. Parece un buen perro. Su mejor amigo, ¿no?

—Casi —dijo Ramiro—. Mejores amigos hay muy pocos.

—Claro, algún humano ocupará ese lugar —dijo Marisol—. Tiene mirada de bonachón.

—Lo es —dijo Ramiro—, pero me defendería de cualquier ataque, así que cuidadín —avisó con el índice en alto—. Lleva conmigo siete años y me ha sacado de unos cuantos apuros. Y yo a él —sonrió—. Lo abandonaron en el *parking* dentro de una caja de cartón cuando era un cachorrito. Escuché sus ladridos y, antes de llegar a la caja, una furgoneta maniobró hacia atrás y casi lo aplasta. Suerte que la detuve. Suerte para él y suerte para mí. Y así se llama.

—¿Cómo? ¿Suerte? —preguntó Amelia.

—Casi —dijo Ramiro.

—¿Fortuna? —probó Marisol.

—¿Qué? —preguntó Ramiro.

—Que ¿cómo se llama el perro? —insistió Amelia.

—Pues Casi —respondió desconcertado—. Ya os lo he dicho tres o cuatro veces. Como casi lo aplastaron, pues Casi lo llamé. Por cierto, ¿os apetece jugar a las cartas?

—¡No, qué va! —contestó Amelia, veloz—. Ya es muy tarde y mañana toca madrugar.

—¿Madrugáis los domingos? —preguntó Ramiro—. ¿Vais de excursión? A nosotros nos van las excursiones. ¿Verdad, Casi? —El perro soltó un ladrido.

—No —contestó Amelia—. Es que mañana vendrán a visitarme unos amigos y tengo lío —mintió. Se levantó del sofá y tiró de Marisol para largarse de allí cuanto antes.

—Pues nada, otro día será —dijo Ramiro sin dar importancia al asunto.

Marisol y Amelia regresaron al segundo primera y, una vez dentro y a salvo, se troncharon de la risa.

—Vaya rarito te ha tocado de vecino —dijo Amelia—. Ojo con abrirle la puerta; que empiezo a conocerte y eres demasiado generosa con la gente.

—Pobrecillo —dijo Marisol—, se ve buen hombre.

—¿Lo ves? Ya estamos... Sí, sí, no pongas esa cara. Como lo dejes entrar, ya no querrá salir.

—Tranquila, que ya me cuido yo de no dejar entrar a cualquiera.

9

El mercado de las coincidencias

Si una cosa atraía a la gente a Canesba, era el mercadillo de los martes. El paseo marítimo se llenaba de paradas ambulantes. Desde ropa y calzado a encurtidos, menaje de cocina, juguetes y libros de primera, segunda e infinita mano.

Amelia recordaba lo fuerte que se agarraba a su padre para no perderse entre aquel bullicio. Su madre tiraba de Maite y los cuatro avanzaban arrastrados por la corriente humana de un extremo a otro. Siempre compraban algo. Siempre encontraban algún tesoro que buscaba dueño. «La superganga», que decía su padre.

Pero aquel día de primeros de junio iba sola. Echó de menos aquel agarre cálido. La mano de alguien que te protege o la de alguien a quien proteger, porque ella también tiró de sus hijos entre el río de curiosos en busca de ofertas.

Olía a multitud, a ropa revuelta, al aceite de freír churros y cortezas de cerdo, a protector solar y a cuero repujado. Olía como entonces, pero, por suerte, le pudo más el deseo de encontrar algo especial que la mezcla de aromas que suelen arrastrar a la melancolía.

Compró un mantel de color salmón para la mesa de la terraza y otro, de colorines, para Marisol. Una blusa anchota, turquesa, para ir a la playa por las tardes, cuando la gente se retira y el sol no es más que una caricia. Unos pantalones frescos, azul marino, de los que no se arrugan. Un pareo gigante repleto de elefantes y flores y unos cuantos libros que la cautivaron por sus títulos al sentir que podría encontrarse en ellos: *Y retirarme para siempre de la realidad*, *Sumergida en mí*, *Tierra en la memoria* y *Una perfecta desconocida*. No quiso leer los textos de las contraportadas para no estropear la ilusión de descubrirse ahí dentro.

Se detuvo a preguntar por unas sandalias y, mientras regateaba el precio, sintió cómo alguien tiraba de sus bolsas. Se giró angustiada al pensar que intentaban robar una de sus gangas, pero descubrió que el supuesto mangante era Ramiro, el vecino de Marisol, con ganas de broma, y se olvidó del calzado.

—De compritas, ¿eh? —dijo él.

—¿Y tú?

—Yo también —dijo Ramiro levantando una mano cargada de paquetes—. Me chiflan los mercadillos.

—¿Algo interesante? —preguntó Amelia con los ojos en las bolsas de Ramiro.

—¡Uy, sí! Mira, te enseño. Espera, ¿quieres tomar algo? ¿Te apetece?

—Vale —dijo Amelia, cansada ya de su recorrido y dándole la razón a su amiga al reconocer que Ramiro parecía un buen hombre.

Escaparon entre empujones de aquel tránsito humano y se adueñaron de la primera mesa que encontraron libre en uno de los bares del paseo.

—¡Mujer seria! —escuchó Amelia a sus espaldas cuando retiraba una silla para sentarse. Se giró y vio a Tim con una jarra enorme de cerveza en la mano.

—¿Un lobo de mar en tierra firme? —preguntó ella.

—De vez en cuando toca pisar sólido —dijo Tim—. Sentaos conmigo, que me aburro.

Amelia le presentó a Ramiro y se notó, ya de primeras, que se cayeron bien.

—Y ¿qué es eso de que te aburres? —preguntó Ramiro—. ¿No te da vergüenza?

—Ya ves, con todo este jaleo me estreso y si me estreso me descoloco y si me descoloco no sé por dónde tirar, me apalanco y me aburro —contestó Tim—. Qué agobio de gente. Los martes por la mañana esto se pone intransitable.

—Esto le da vida al pueblo —dijo Ramiro—. Además, observar desde aquí no tiene precio. Fijaos bien.

Amelia y Tim centraron su atención hacia el mercadillo, pero no supieron ver nada destacable.

—Atentos —dijo Ramiro—. ¿Veis a esa mujer de la camiseta roja que va con un niño que lleva una gorra verde? —Ambos asintieron—. No tardará en mangar el juguete que tiene en la mano.

—¡Venga ya! —se quejó Amelia—. Tú ves sospechosos por todas partes.

Al instante, la mujer de rojo guardó el juguete en su bolso con disimulo, después fingió reñir al niño y se retiraron los dos de la parada como si nada.

—Ojo de halcón —dijo Ramiro y le guiñó un ojo a Tim.

—Fue vigilante en un aparcamiento de tres plantas —dijo Amelia con cierto tonito de burla.

—Tú riéte —dijo Ramiro—, pero a mí no me la dan con queso.

—¡Pero, bueno! —dijo una voz conocida. Amelia alzó la vista y descubrió a Marisol cargada de bolsas—. Una fiesta sin mí, qué malos amigos.

—¿No trabajas hoy? —preguntó Amelia.

—Le cambié mi turno libre del jueves a una compañera que tenía cita esta mañana en el médico y mira, he podido conocer, por fin, el mercadillo de Canesba. Es enooorme.

—Siéntate, bonita —le dijo Ramiro. Tim acercó su silla con rapidez hacia Amelia y dejó que Marisol se acomodara en el hueco que dejó al otro lado. Ese movimiento hizo que los brazos de Amelia y Tim se rozaran. Ella retiró el suyo al instante. Fue un acto reflejo. Él le agarró la mano y la colocó de nuevo sobre el reposabrazos.

—Tranquila, mujer seria —le dijo—, que no soy contagioso.

Amelia sonrió y se agarró a la silla con fuerza.

—¿Qué os apetece tomar? —preguntó Ramiro, ajeno al comentario.

—Yo quiero lo mismo que Tim —dijo Amelia e intentó relajarse.

—Para mí otra —dijo Marisol. Ramiro llamó al camarero y le pidió cuatro jarras de cerveza. La del lobo de mar ya estaba casi vacía.

—¿Cuándo haremos la salida nocturna? —preguntó Tim.

—¿Qué salida? —preguntó Ramiro, con ganas de entrar en el grupo.

—Saldremos a navegar una noche para ver las estrellas —dijo Marisol—. Tim tiene un barco precioso y hace excursiones para ver

delfines.

—¿Pueden ir perros? —preguntó Ramiro.

—Si no se marean, no se mean ni les da por arañar la madera, por mí no hay problema —contestó Tim.

—¿Cuándo, entonces? —preguntó Ramiro.

—¿Os va bien este viernes? —propuso Tim.

—Nos harás buen precio, ¿verdad? —preguntó Ramiro.

—Buenísimo —respondió Tim con un guiño.

—Fantástico —dijo Ramiro, complacido—. Deberíamos darnos los números de teléfono.

Cada uno se encargó de añadir al resto a sus contactos y aquel gesto significó cosas distintas para todos: seguridad para Marisol, oportunidad para Tim, apego para Ramiro y motivación para Amelia.

Llegó el camarero con las cervezas y derramó parte de su espuma al repartirlas. Alzaron las jarras y las unieron al centro.

—Por el viernes —dijo Marisol. Y el brindis confirmó el encuentro.

10

Curiosidad

Habían quedado a las ocho y media de la tarde en el portal de Marisol. Ramiro bajó antes para que Casi se aliviara y calmara su ansia de actividad. Amelia llegó puntual en su coche y aparcó en doble fila. Marisol bajó pasados cinco minutos de la hora pactada.

—Este es de los gordos —dijo Ramiro al subirse al asiento de atrás del coche, mientras sujetaba al perro para que se quedara tumbado sobre la alfombrilla—. En el *parking* había un par, pero nunca me monté en ninguno. Por dentro parece un cohete sideral.

—¿En coche? —preguntó Marisol al llegar—. Podríamos ir andando como siempre.

—Es que llevo una cesta con comida y bebida que pesa mucho —dijo Amelia— y tampoco sabemos a qué hora vamos a regresar. Esta vez, mejor en coche.

Aparcó dentro del puerto y Ramiro se ofreció a llevar la cesta. Al ver que con una mano no podía sostenerla, le cedió la correa de Casi a Amelia. Cuando llegaron al barco, Tim acababa de colocar la pasarela. Ramiro le pasó la cesta a Tim y después liberó a Casi. El perro se alejó un poco para olisquear la zona. Mientras Tim guardaba la cesta en la cocina subieron a bordo, excepto el perro, que no se atrevía a pisar aquella tabla basculante. Ramiro tuvo que agarrarlo y arrastrarlo hasta un punto crítico: o se tiraba al agua o subía al barco y Casi no se cayó por los pelos. Al final embarcó de un salto.

—¡Casi! —exclamó Ramiro—. ¿Lo veis? Es que el nombre le va que ni *pintao*.

—¿Alguien necesita Biodramina? —preguntó Tim sin entender la gracia. Nadie contestó. Repartió varias tareas de grumete a cada uno. No era de noche aún; les había prometido un atardecer memorable y zarparon con suavidad en dirección al sol sin intención

de atraparlo. Querían ver cómo escapaba, y observar su retirada les confirmó que el paso del tiempo es el castigo cruel que condena la belleza a lo efímero. Fugaz como un placer.

—¿Por qué el mar? —le preguntó Amelia a Tim, cautivada al verlo manejar el timón con suavidad de mano experta.

—Porque me enamoró su misterio.

—Eso ha sonado muy cursi —se rio Ramiro.

—Lo que tú digas —le respondió Tim—. Pero es que resulta que este es el único amor de todos que no duele —continuó—: el amor a la naturaleza. Al mar, al monte, al desierto... Es amor puro y unidireccional. La indiferencia del mar hacia mí no me duele, porque forma parte de una atracción incondicional y absoluta. Aquí el conquistado no espera conquistar. No hay desengaño porque sabes de antemano que no serás correspondido. Nada que ver con el amor y el deseo hacia otra persona.

—El capitán nos ha salido poeta —se burló Ramiro. Se rieron y Tim le lanzó una mirada a Amelia que a ella le supo a beso y tuvo que desviar la vista para disimular haber captado el mensaje.

La negrura se abrió paso y borró el horizonte. Mar y cielo se fusionaron en un solo color para recrear el infinito, pero poco a poco pudieron apreciar, cada vez con mayor intensidad, las pecas blancas de la noche. Había luna menguante. Un gajo de luz para encender un pedacito de cielo mientras, a lo lejos y en dirección opuesta, se perdían las bombillas de Canesba y con ellas la vida de muchos caminantes; historias sobre tierra.

Aquella noche, cada uno desveló algo esencial de su historia. Fue un juego que inició Ramiro de manera inocente; no pensó que romper el silencio de lo que se guarda dentro podría unirlos de ese modo y por tanto tiempo.

—Fijaos que los cuatro vivimos solos. Llegamos aquí con media vida vivida en otra parte. A este pueblo costero tan bonito. ¿Por qué? —preguntó Ramiro—. ¿Qué nos ha guiado hasta aquí? ¿Cuánto tiempo lleváis vosotros en Canesba?

Aceptaron la energía que les brindó la curiosidad del vigilante de coches como una antorcha simbólica para cederse el turno y, así,

cada historia iluminó a su narrador como si fuese una estrella; ni de cielo ni de mar, cada uno con un brillo distinto al ser de otro lugar.

Marisol fue la primera en exponerse. Lo hizo sin afán de generar compasión ni angustia. Lo hizo con la naturalidad y el sosiego del que narra una experiencia pasada.

—Me casé a los treinta y cinco —dijo para abrirse paso—. Con prisas y mal. Lo hice mal. Estaba harta de promesas falsas, de relaciones vacías y me tragué la película que me vendió Sancho.

11

Marisol

El amor no es una prueba de resistencia; al menos no debería serlo, pero para Marisol se convirtió en una maratón con dos posibles metas de llegada: vida o muerte. Su carrera de obstáculos llegó a un punto en el que su futuro se bifurcaba, y tuvo que desprenderse de mucho para aligerar la condena que arrastraba y lograr así el impulso que le permitió elegir camino. Quizá no fuese el mejor, aquel que ella había soñado, pero la ayudó a alejarse del otro que tanto miedo le daba.

—Me culpé durante mucho tiempo por lo que me ocurría —dijo con la mirada clavada en aquel mar tan negro—. Los animales como Sancho saben manipular a sus presas de tal manera que logran obediencia, sumisión absoluta e incluso respeto. Os aseguro que yo lo amé y llegué a admirarlo. Le construí un pedestal a base de sacrificios y me dolió descubrir que aquel que ha construido algo no siempre puede destruirlo.

Amelia se acercó a Marisol y se abrazó a ella por detrás, posando la cabeza en su hombro.

—La felicidad duró casi un año —continuó Marisol, después de aceptar el abrazo de Amelia y agarrarse a los brazos de su amiga—. Lo justo para quedar atrapada en su embuste. Después, mi deseo por recuperar los días bonitos se convirtió en una excusa para justificar su cambio. Qué equivocada estaba... —Hizo una pausa—. Pegar pegar, solo me pegó una vez. Una bofetada después de diecisiete años de maltrato psicológico. Fue una bofetada feroz, con la mano bien abierta. Retumbó en mi oído y entendí que aquello era el último aviso. La pauta había cambiado y se encendió una alerta que me quemó por dentro con sabor a sangre. Supe que tarde o temprano, o él me mataría, o yo me quitaría la vida. Tuve claro que iba a morir; y así no se vive. El miedo bloquea cualquier tipo de

disfrute. No era capaz de lograr ni una pizca de ilusión en mis días. Y eso es muy triste para alguien tan alegre como yo. No era justo. No estaba hecha para aquella vida y entonces pensé que, si no estaba preparada para vivirla, ¿cómo puñetas iba a estarlo para morirla? Y decidí que tenía que elegir entre entrenarme para una vida nueva o hacerlo para morir. Entonces sucedió algo: al sentir la muerte tan cerca, perdí el miedo a vivir. Dejé de escuchar sus amenazas y entendí que la gente que se suicida no lo hace porque quiera morir, lo hace porque no quiere seguir con la vida que tiene. Y yo quería sentirme viva, porque lo estaba y me lo merecía. Era todo o nada. Los monstruos del pasado se alejaron y me agarré a mis sueños para resistir. La desesperación por lograrlo eclipsó parte del sufrimiento y lo único que quería era continuar adelante. Elegí vida. El sacrificio fue extremo, en serio. Tenéis que creerme. Tuve que dejarlo todo. Y cuando digo todo, es todo. Miento: me llevé el dinero que había ahorrado durante los últimos cinco años y una maleta con lo básico: algo de ropa, mi documentación nueva y un álbum de fotos con los recuerdos buenos de mi pasado. No me llevé nada más. Ni mi móvil. Nada. Tenía que empezar de cero y borrar cualquier pista que pudiese llevarlo hasta mí. Por suerte no había demasiado papeleo que hacer, pues el piso lo heredó él de sus padres y no había nada a mi nombre. Me despedí, en secreto, de mi primo Manuel, el único familiar que tengo. Fui hija única. Mi madre murió dos años después de mi boda y mi padre lo hizo al año siguiente. Me despedí también, del mismo modo, de los pocos amigos que me quedaban; Anabel entre ellos —dijo buscando la mirada de Amelia—. La que no tiene olfato —aclaró. Se giró de nuevo hacia la oscuridad—. Sancho se había encargado de distanciarme del resto del mundo. Apenas podía quedar con las compañeras del trabajo y a eso también tuve que renunciar. Dejé mi empleo, cerré las cuentas de redes sociales y cancelé la del banco y la del móvil. —Marisol se dio la vuelta y los miró. Amelia se apartó para que su amiga tuviese el espacio necesario para continuar—. También me cambié el nombre. No tenía ni idea de que era tan sencillo hacerlo. Justifiqué un cambio de vida y dejé de ser Claudia García Pérez para ser Marisol Pérez García. Marisol, tal cual; nada de

María Soledad. Todo eso lo hice una vez dejé el trabajo, en horas laborables, para que él no sospechara nada, y así pude actuar tranquila mientras Sancho estaba ocupado en la fábrica. Tardé unos meses en hacerlo. El día anterior a mi marcha, llevé la maleta a la consigna de la estación de autobuses y regresé a casa con la esperanza de despertar tras la última noche a su lado. No hubo sobresaltos. La tortura fue la misma. Un poco más que ya me supo a menos. Estaba lista y no había posibilidad de arrepentimiento. A la mañana siguiente, después de que él se fuera a trabajar, le dejé una carta de despedida para que no denunciara mi desaparición, donde le explicaba que tanto Manuel como mis amigos y conocidos estaban al tanto de lo ocurrido, incluida mi marcha, y le avisé de que les había mandado copia de aquel escrito. Que no se molestara en preguntar, porque nadie conocía mi destino, y que no regresaría jamás. Y que cualquier intento por encontrarme acabaría en denuncia. Todo tiene un precio y el de mi libertad fue mi identidad. Aquel día me convertí en la persona que vosotros habéis conocido.

—Pero siempre hay un hilo del que tirar y encontrar lo que se busca —dijo Ramiro con cierta preocupación.

—Por eso me cambié el nombre y, además, nunca me quedo demasiado tiempo en un mismo lugar. Por suerte, mis apellidos son muy corrientes y difíciles de rastrear al haber cambiado su orden —explicó Marisol—. Aquel día me subí a un autobús cuyo trayecto me alejaba seis horas de aquel animal. Recuerdo que miraba el paisaje sin verlo, tratando de borrar lo vivido: los insultos, las bajezas, los reproches, la terrible ausencia. Ausencia de cariño, de humildad, de perdón, de caricias, de abrazos; ausencia de humanidad. Pretendía borrar la huella de sus pellizcos; nunca fueron golpes fuertes, salvo aquella bofetada. Quería olvidar las salpicaduras de agua hirviendo; jamás fueron quemaduras directas. Deseaba deshacerme de las marcas invisibles de sus desprecios, que dolían más que un latigazo. —Marisol cerró los ojos con fuerza. Lo hizo para coger impulso—. Una vez me drogó, fue la noche anterior a un evento muy importante para mí. Había hecho un curso de estética impartido por una marca de prestigio. Tres meses de clases teóricas y prácticas, un examen escrito y un proyecto final que podía abrirme una puerta

grande. Tenía que presentar mi trabajo delante de maestros y alumnos. Me drogó la noche anterior. Diluyó un somnífero potente en la infusión que siempre tomaba antes de acostarme y, en pleno sueño profundo, pintó mi cara hasta la raíz del cabello, cuello y escote con un rotulador de esos de punta gruesa permanente, de color rojo, incluidos párpados y labios. Varias capas debió de darme el muy cerdo. Cuando me desperté, medio aturdida a las ocho de la mañana, con la angustia de haber dormido más de la cuenta, con la preocupación por llegar tarde, y me vi en el espejo del baño..., me quise morir. Esa fue la primera vez en mi vida que deseé la muerte. No por la trastada en sí, sino porque me di cuenta de que ya no lo quería. Mi amor por él se había agotado. Cero. No quedaba nada. Ni una pizca de cariño. Y entendí que lo suyo era peor: no era que no me quisiera; él me odiaba, porque solo el odio puede llevarte a eso. Y yo no quería vivir en un hogar tan lleno de repulsión. No me dieron el título, claro. No tuve el valor de justificar mi falta de asistencia y no tuve fuerzas ni ganas de mentir y poner una excusa. Estaba exhausta. Vencida. Tardé días en poder eliminar del todo aquella mancha de tinta, que resultó ser más tóxica de lo que se apreciaba a simple vista, porque me tiñó dentro.

—Qué fuerte —susurró Amelia.

—En otra ocasión —siguió Marisol—, un día que tenía un examen de técnicas de masaje hizo lo mismo con mi desayuno y una cantidad desmesurada de laxante. Me descompuse de tal modo que tampoco pude asistir. Eran torturas de ese tipo. Humillantes. De las que ahogan los sueños por dentro. Se reía de mi desconsuelo a carcajadas, me señalaba con el dedo y me llamaba inútil. Me pegaba collejas, me empujaba contra la pared..., pero no buscaba hacerme daño físicamente. Lo que deseaba era hundirme la moral. Controlaba mis entradas y salidas, mis llamadas y mensajes. Mi ropa, mis peinados y mi maquillaje. Me obligaba a pesarme delante de él para poder burlarse del resultado de la balanza. Ahora lo pienso y no entiendo cómo no reaccioné antes. Lo podría haber matado. Yo también podría haberlo drogado y después quemarlo, apuñalarlo, despedazarlo...

—Tú no eres un ser despreciable como él —dijo Tim.

—¿Por qué no lo denunciaste? —preguntó Amelia.

—El miedo y la esperanza me lo impedían. Miedo a lo que podría pasarme y esperanza en lograr que cambiara. Más de una vez me advirtió que si algún día contaba algo de aquello, mi vida se convertiría en el peor tormento. Y os aseguro que no mentía. Le tenía pánico.

—Tu vida con él ya era un tormento inhumano—dijo Ramiro—. ¿Qué puede haber peor que eso?

—Tú no lo conoces —respondió Marisol—. Y tonta de mí, confiaba en que podía arreglarlo. Que si me esforzaba, él volvería a quererme y la felicidad regresaría. Me costó mucho darme cuenta de que nunca me quiso, que todo fue una farsa para capturarme y tardé diecisiete años en descubrir que podía escapar. Tardé, porque el pavor te domina, te anula y te aniquila.

—Y ¿cuánto tiempo hace que lograste salir de ahí? —preguntó Tim.

—Tres años. Cumplí los cincuenta y dos en una habitación de hotel. Sola, libre y asustada. Recuerdo ese momento como la celebración de algo muy importante y me prometí que jamás volvería a claudicar por temor. Había perdido mucho, pero en aquel momento recuperé lo que necesitaba.

Tim desapareció barco adentro y apareció a los dos minutos con una botella de vino blanco en una mano y cuatro copas en la otra. Le entregó las copas a Ramiro, que las repartió, quedándose con la suya y la de Tim a la espera de que se abriera la botella. La suave explosión del descorche puso punto final a la historia de Marisol. Tim llenó las copas y dijo:

—Por la nueva vida que cada uno ha elegido y que nos ha llevado hasta aquí. Que la marea se lleve lo sufrido. ¡Por nosotros! —exclamó, plantándole cara al silencio de la noche.

—¡Por nosotros! —repitieron.

Amelia no se esforzó en contener las lágrimas, porque sintió que eran parte de aquel ritual. Tenían el mismo sabor y olor que el mar. Culebrillas húmedas que al secarse dejarían aquel finísimo rastro blanco, casi transparente. Efímeras huellas de sal.

12

Ramiro

Ramiro le pegó un trago largo a la copa de vino y después inspiró con fuerza y sonoridad para anunciar que él iba a ser el siguiente.

—Mi juventud fue de lo más normal —dijo—. Siempre me llevé bien con mis cuatro hermanos, con mis padres, primos, tíos...; he tenido buenos amigos. Fui un pésimo estudiante, pero terminé el graduado escolar. Después trabajé unos años en el supermercado de un amigo de mi padre, que le debía un favor, y allí conocí a la que fue el amor de mi vida: su hija Felisa. Nos casamos y fuimos felices dos años. Al menos yo lo fui. Voy rápido porque no quiero alargarme mucho. —Sonrió—. La sorpresa llegó la noche que le propuse a Felisa, con toda mi ilusión, tener un hijo. Se puso muy seria y me dijo que ella tenía otros planes; que ya no me quería y que se había enamorado de otro.

—Jolín —dijo Marisol—. ¿Y te lo soltó así? ¿Tuvo que ser en aquel momento?

—Espera, que aún no ha llegado lo mejor —dijo Ramiro—. Resulta que el afortunado de su enamoramiento era mi padre.

—No me jodas —dijo Tim, ojiplático.

—Se ve que llevaban meses liados. Imaginaos lo que supuso aquello en mi familia y en mi pueblo. Mi madre cayó en una depresión sin fondo de la que nunca logró salir y lo peor fue que mis hermanos me culparon a mí.

—¿A ti? —preguntó Amelia.

—Dijeron que si yo no hubiese metido a Felisa en casa, eso no habría ocurrido.

—No me lo puedo creer —dijo Marisol.

—Resumiendo —dijo Ramiro—: perdí a mi mujer, a mis padres, a mis hermanos y perdí el trabajo. Estaba claro que mi jefe dejó de deberle nada a su amigo robahijas y me echó. No sabéis lo que es

andar por la calle y que te señalen, que se rían a tus espaldas o que vayas despertando lástima ahí por donde pisas...

—Pero es que yo no lo entiendo —dijo Amelia—. ¿Qué parte de culpa tuviste tú en esa historia tan lamentable? Sabemos que el amor puede surgir en cualquier momento, en cualquier parte y arrasar con todo a su paso, pero nadie debería haberte culpado a ti. La puñalada os alcanzó por igual a ti y a tu madre.

Ramiro se encogió de hombros y continuó:

—Me fui del pueblo. No solo por la pesadez de las críticas y por sentirme rechazado por mi propia familia; lo que de verdad me mató fue que al año y medio de haberme plantado, Felisa y mi padre tuvieron un hijo. Un niño que podría haber sido mi hijo, pero que en realidad es mi hermano pequeño. Un hermano que ni conozco ni sé si él sabrá de mí.

—Y te hundiste en la miseria —dijo Tim.

—La rocé, créeme, pero logré esquivarla —contestó—. Lo pasé muy mal, pero de algún modo inexplicable supe anteponer los recuerdos buenos de mi vida anterior a la tortura que supuso aquello.

Ramiro dio a entender que sin un pasado sólido es más fácil hundirse, porque los recuerdos turbios no aguantan el peso de una vida. Las memorias dulces deben ser claras y lo amargo a las arenas movedizas de lo incierto. Aseguró tener guardados pedacitos muy valiosos de su niñez y juventud; aunque también admitió que aquella época de desprecio permanecía en algún otro lugar encerrada.

Nadie habló por unos instantes y se generó un espacio vacío. Porque en la vida también habita la nada. Momentos que no es necesario llenar, porque su función es la de dar tregua entre los que ocupan demasiado. De otro modo, la existencia sería tan agotadora que muy pocos alcanzarían la vejez.

Aquel silencio se espesó como la nata, pero Ramiro logró atravesarlo:

—La vida es una lección constante —dijo con la voz rota—. Y yo aprendí como un campeón. Por suerte, no he perdido la fe en el ser humano y cada día me esfuerzo en ser un poquito mejor. Me gusta

observar, eso lo aprendí en el *parking*, y os sorprenderíais de la cantidad de personas buenas que hay por el mundo. La mayoría lo son.

—Yo también lo pienso —dijo Marisol.

—Pues mira que tú diste con Satanás —le recordó Amelia.

—Pero esos son minoría —contestó Marisol.

—Y ¿no tienes relación con nadie? —preguntó Tim—. Amigos, otros parientes...

—Claro que tengo amigos —dijo Ramiro—. En todas partes. Tema familia..., ya es otra historia. La última vez que vi a mis cuatro hermanos fue en el funeral de mi madre y fue un desastre. Mi padre y su nueva familia no aparecieron. Y no he vuelto al pueblo desde entonces; no sé nada de ellos. Supe construir una especie de familia con mi gente del *parking*. Fueron muchos años, quizá demasiados en un mismo lugar, y por eso ahora, con setenta que tengo, me apetecía un cambio. Ha habido otras dos mujeres importantes en mi vida, pero con ninguna de ellas logré sentir lo mismo que con Felisa, y la inercia, la pérdida de entusiasmo común y la misma vida se encargaron de terminar esas relaciones que tampoco conducían a nada. Después —continuó—, cuando te jubilas, al principio estás como desubicado. Al menos eso sentí yo. Te despiertas una mañana cualquiera y, de golpe, te das cuenta de lo que has ganado. Y no se trata del dinero que te toque de pensión o de tomar conciencia de los ahorros de los que podrás disponer, no, qué va. Has ganado tiempo. Tienes todo el tiempo que te queda hasta que te mueras. Todito entero. Y más en mi situación, que no tengo que compartirlo con nadie si no quiero. Bueno, sí, casi me olvido de ti —dijo mirando al perro—. ¿Lo veis? Otra vez le pega el nombre.

—¿Qué nombre? —preguntó Tim.

Casi ladró y con el morro empujó la mano de Ramiro para ganarse un par de caricias.

—El del perro —aclaró Amelia—. Se llama Casi porque casi lo aplastaron una vez, pero Ramiro lo salvó.

Tim puso cara de no entender muy bien la información recibida.

—Y decidiste mudarte a Canesba —dijo Marisol para retomar lo importante.

—Correcto —contestó Ramiro—. Es un lugar precioso, tranquilo pero con mucha vida. No sé si me explico. Tiene luz, color, tiene encanto. Y buena gente —añadió a la vez que le tendía la copa a Tim para que se la llenara de nuevo.

—Y... cuéntanos —le pidió Amelia—. ¿Cómo acabaste de vigilante en un garaje?

—Por recomendación impuesta —respondió Ramiro con sonrisa de vencedor—. Que a mí me hayan dado la patada unas cuantas veces no significa que yo no pueda ayudar a quien me lo pida, siempre que esté a mi alcance, claro, y siempre que considere que aquella persona merece mi favor. Y una vez, hace un montón de años, ayudé a una mujer a la que acababan de robar. No hice nada especial, simplemente la acompañé. La encontré temblando y llorando sentada en el suelo de un callejón. Tenía el labio partido y la blusa rasgada. La escuché, intenté calmarla y la convencí para ir a urgencias. No quiso llamar a su marido. Era muy discreta. La atendieron y estuve a su lado mientras la policía le tomaba declaración. Después la llevé a su casa. No hice nada más; no fue para tanto, la verdad. Unos meses más tarde, cuando ya lo había olvidado, me la encontré en el *parking*, mi *parking*. Fue mientras yo le entregaba el currículum al encargado y le hablaba de mi experiencia laboral. Ella me reconoció y se plantó a mi lado; se agarró a mi brazo y le exigió a ese buen hombre, porque era de los buenos, que me contratara, que ella daría la cara por mí si hiciera falta. Se ve que era una señora importante. El hombre arrugó mi currículum, lo tiró a la papelera y me tendió la mano derecha. Nos dimos un buen apretón y me dio la bienvenida.

—Ay, qué historia más bonita —dijo Marisol.

—He visto de todo al ser vigilante. De eso se trata: de observar y evaluar. De actuar según corresponda —dijo Ramiro, entregado a su relato—. Ha habido gente que me ha tratado con menosprecio, como si mi trabajo no estuviera a su nivel; sin embargo, otros han sabido agradecer mi labor —añadió con un guiño—. Todas las navidades recibía regalos: alguna botellita de licor, llaveros, agendas para el año venidero, embutidos, quesos... Una vez, un cliente me regaló una tarjeta de visita de color negro con letras doradas, muy

elegante, y me dijo que llamara de su parte, que me tratarían como a un emperador romano.

—No me digas —dijo Tim, que captó enseguida de qué iba aquello.

—No pensaba usarla, pero, oye, la vida está para vivirla y la usé. —Ramiro se ruborizó y soltó un par de carcajadas—. No sé cómo se las gastarían en Roma, pero os aseguro que me sentí emperador.

Marisol y Amelia negaron con la cabeza con la parsimonia del que tolera un agravio leve.

13

Amelia

—¿Y tú, mujer seria? —preguntó Tim desviando la conversación hacia ella—. ¿Cuál es tu historia?

—La mía es dulce comparada con las dos que hemos escuchado. No he sufrido ningún maltrato ni abandono. Tuve una infancia feliz, una adolescencia divertida; tengo una hermana que es un peñazo, pero a la que quiero mucho y que sé que me adora por más que se dedique a chincharme. Tengo dos hijos maravillosos que están estudiando lo que desean donde ellos quieren... Lo mío es ley de vida. Si vives, mueres. El precio de la vida es la muerte y tarde o temprano alguien o algo aparecerá para cobrar lo que se debe. Yo solo puedo quejarme del momento. No tocaba que ocurriera cuando ocurrió.

—Eso no lo controla nadie —dijo Ramiro—. A no ser que seas un asesino y decidas quién y cuándo, pero el resto de los mortales poco podemos hacer cuando toca morir.

—Pues eso —dijo Amelia—. Tocó. Para mí fue algo tan inesperado, tan fuera de toda lógica... que aún me cuesta aceptarlo. Seb era un hombre sano de complexión fuerte. Activo, con mucho sentido del humor. Tenía carácter, pero era un pedazo de pan. Respetuoso, amable, generoso y muy trabajador. Era un padre estupendo.

—Qué suerte de marido —dijo Marisol. Amelia asintió con pena.

—Algún defecto tendría —dijo Tim.

—Tenía muchos —contestó Amelia—, como todos, pero no eran importantes.

—Cuenta alguno —pidió Tim—. Estamos aquí confesando penurias y no puedes limitarte a idealizar tu desgracia como si se tratara de la vida de un santo.

Amelia le lanzó una mirada que de haberse materializado habría sido un empujón.

—No creo que esté bien sacar los trapos sucios de alguien que no puede defenderse ni dar su opinión al respecto —dijo Amelia.

—Pues nada —concluyó Tim—. Has tenido una vida perfecta con el hombre perfecto, los hijos perfectos, el trabajo perfecto... y el tiempo injusto.

—Pues nada, no —dijo ella—. Siempre hay algo, no solo el tiempo; pero a veces es algo muy íntimo que cuesta compartir.

Los tres la miraron a la espera de ser los primeros en descubrir un secreto oscuro, un defecto tan feo que siempre habría permanecido escondido, una metedura de pata de las que toca silenciar para no quedar marcado de por vida.

—Como por ejemplo... —dijo Tim para animarla a continuar la frase. Amelia apretó las mandíbulas y cedió.

—Hacía mucho tiempo que Seb y yo no hacíamos el amor —dijo con firmeza. Lo sirvió como se sirve la comida en las prisiones de máxima seguridad. En bandeja vieja de metal y sin contemplaciones—. ¿Cuenta eso como defecto? Un defecto bilateral, claro.

—¿Por qué no lo hacíais? —preguntó Ramiro. Tim llenó los pulmones de brisa marina por las fosas nasales, como si aquella confesión le hubiese entregado la llave de una primera puerta.

—No lo sé —respondió Amelia, más relajada—. Por una cosa u otra. Un día por mí, otro por él. Que si esto, que si aquello... Estábamos muy bien juntos, pero creo que la pasión se esfumó como se evapora la gota de un perfume tras impactar contra la piel: poquito a poco. De más a menos hasta desaparecer. Y pasamos a ser compañeros de vida. Os aseguro que de ese modo se está muy bien.

—¡Venga ya! —dijo Tim—. ¿No echabais de menos el sexo? ¿Ninguno de los dos?

—Pues no —dijo Amelia.

—Eso es que no lo hacíais bien —se burló Tim—. Habréis tenido algún amante, imagino.

—¡Claro que no! —contestó ella.

—Hablarás solo por ti —dijo él—. ¿Quién te asegura que él no tuvo algo fuera de casa?

—No lo creo —respondió Amelia con los ojos encendidos—. ¿Y qué más te da a ti? Ya nunca se sabrá. Y mi dolor es por su ausencia. Echo de menos su compañía, su apoyo, sus bromas, su cariño. No todo gira alrededor del sexo.

—Cierto —dijo Marisol—. Ojalá hubiese tenido yo un compañero así.

—Es una relación incompleta —dijo Tim—. Y me parece penoso en una pareja tan unida como la que tú nos pintas. Si hay un problema de ese tipo hay que intentar solucionarlo. No hacerlo sí que da pena.

—¿De qué vas? —preguntó Amelia—. Aquí todos hemos sufrido por algo y la lucha de cada uno es distinta. Yo sigo de duelo por haber perdido a mi marido. El sexo me importa un bledo.

—No discutáis, por favor —les rogó Ramiro—. Amelia tiene razón —dijo mirando a Tim—. Cada cual tiene lo suyo y aquí no habrá medalla para el más sufridor. Esto no es una competición de lamentos.

—Mi vida estaba organizada —siguió Amelia—. Habíamos hecho planes. El futuro era de los dos y Seb se largó dejándome sola. No hubo posibilidad de culpar a nadie y eso te deja con una sensación de vacío inmensa. Con un agujero horrible aquí en medio —dijo apretándose el pecho con un dedo— y no hay forma de cerrarlo.

—Lo siento —dijo Tim—. No era mi intención herirte.

—Quizá es cruel lo que voy a decir —continuó Amelia—, pero creo que me habría sido más fácil superar una infidelidad o un abandono, o un mal divorcio, que el hecho de tener que aceptar que una mierda de tumor cerebral se lo llevara. Sin más. Sin dar señales. Ahí te quedas. Con la vida rota, pero no te quejes porque no entras en el concepto de desgraciada. La gente te ve con dinero, la casa pagada, los niños estudiando en el extranjero en buenas universidades; te ven relativamente joven, con salud y lo primero que hacen después de darte el pésame es decirte: «Tranquila, que puedes rehacer tu vida». ¿Rehacer? Aquí no se ha deshecho nada. Se interrumpió lo que había. Punto. Toca continuar y cuesta mucho hacerlo, porque no se puede volver a empezar. La mayor parte de mi vida ya está vivida. Toca partir de lo que había y a mí me está

costando una barbaridad seguir adelante. Seré yo, que no valgo lo suficiente.

—No digas eso —dijo Tim—. A mí me pareces maravillosa. —Ramiro miró a Marisol y Marisol le sonrió. Amelia buscó la luna—. La gente, en estas ocasiones, solo intenta animar —siguió él— y a veces lo único que consigue es avivar la ira del que sufre.

—La gente no tiene ni idea de nada —se quejó Amelia.

—Lo importante es que has tomado una decisión muy valiente —dijo Marisol—. Has sido tú la que ha salido a buscarse, ¿recuerdas? Me lo dijiste en el restaurante donde nos conocimos.

—Sí —dijo Amelia.

—Pues no te rindas —añadió Marisol—. El que busca, encuentra. No puedes recuperar lo que has perdido, pero, quién sabe, quizá encuentres algo que resulte ser aún mejor.

—Exacto —dijo Tim con cara de «mírame, que aquí estoy yo». Ramiro se percató de la insinuación y se rio por lo bajini—. Igual deberías echarte un noviete.

Amelia le dedicó la típica mirada entrecerrada que reprime un capón.

—Lástima que la suerte, buena y mala, se reparte al azar —siguió Marisol—. Si ese maldito tumor hubiese ido a parar a la cabeza de Sancho, no habría vertido ni una sola lágrima por él. Os aseguro que me habría ahorrado muchos disgustos.

—¿Y por qué Canesba? —le preguntó Tim a Amelia.

—Por volver a sentir aromas conocidos y descubrir otros nuevos —respondió ella—. Necesitaba libertad para explorar a gusto, pero en un entorno que no ejerciera en mí la presión del cambio total. Me gusta sentirme protegida, aunque solo sea por el abrigo de la memoria.

—No eres tan intrépida entonces —dijo Tim.

—En ningún momento he dicho serlo.

—Para mí sí lo eres —dijo Marisol.

—Bueno, bueno... —dijo Ramiro reclamando la atención—. Impaciente estoy por escuchar la historia que falta.

14

Tim

Amelia expulsó con un suspiro lo que le había quedado por decir. Retenerlo dolía como una llaga. Después centró la atención en Tim, que no dejaba de mirarla. Le dio rabia sentir cierta atracción por él, porque lo veía venir y la situación la incomodaba.

—A mí me echaron de casa —dijo Tim como inicio a su relato.

—No sé por qué no me sorprende —dijo Amelia.

—Fui hijo único de un padre que también lo fue. Infancia normal, adolescencia alocada —siguió Tim—, primeros años de adultez bien aprovechados...

—¿Dónde vivías antes de instalarte en el mar? —preguntó Amelia.

—En una casita muy mona en la punta que hay más al sur del país —respondió él—. Con Agnes, mi mujer, y Damián, nuestro hijo.

—¿Y dónde están ellos ahora? —quiso saber Marisol.

—Agnes vive en Grecia. Heredé la casa de mi abuela paterna y cuando lo perdimos todo fue lo único que se salvó.

—¿Y tu ex habla griego? —preguntó Ramiro.

—Es griega —se rio Tim—. Nos conocimos un verano en Parikia, en el que aproveché mis vacaciones para aprender español. Nos conocimos en clase; ella era la maestra. Quizá por eso entre nosotros nunca nos hablamos en griego. En aquella época yo ya vivía en España, de ahí que quisiera aprender el idioma y, después de varios meses de viajes fugaces, de idas y venidas y de mucho sopesar ventajas y desventajas, venció el amor y Agnes se vino a vivir conmigo. Pasó de enseñar español a griegos a enseñar griego a españoles.

—¿Y por qué lo perdisteis todo? ¿Por qué ella aceptó regresar a Grecia sin ti? ¿Y vuestro hijo? —preguntó Marisol, extrañada.

—Esa es la parte triste de mi historia —dijo Tim—. No fue fácil para ninguno de los dos, pero fue una decisión acertada. Un par de

años después de su regreso a Grecia coincidió con el que había sido su primer amor y Agnes volvió a ser madre a los cuarenta y dos. Tienen una niña preciosa que ahora tendrá unos diez años; mientras que Damián está a punto de cumplir los treinta. Supongo que él seguirá rondando por el sur de España.

—¿Por qué lo supones? —preguntó Amelia—. ¿No mantienes relación con él?

—No —respondió tajante—. De Agnes sé algo muy de vez en cuando. Al terminar lo nuestro, le deseé lo mejor y creo que lo ha conseguido. Pero de Damián ni siquiera sé si sigue vivo. Nos rompí como familia. Nos destruyó a Agnes y a mí como pareja. Se aniquiló a sí mismo y nos arrastró a los tres cuesta abajo a toda leche.

—¿Cómo? —preguntó Amelia, arrepentida de haberlo atacado al principio.

—Nos engañó durante años. Primero nos robó lo que pudo y después nos culpó de algo que nosotros no habíamos hecho y que no teníamos ni idea de que estaba ocurriendo en nuestra propia casa. Nos dimos cuenta demasiado tarde. Putas drogas.

—Qué horror —susurró Marisol.

—Os aseguro que he estado en el infierno. —Tim sonrió con desdén—. Al principio, Agnes y yo nos unimos más que nunca para ayudarlo, para superarlo juntos como familia. No sirvió de nada. Me río yo de la educación recibida en casa y en la escuela. Me río de los genes y del cariño que se vende a tan alto precio como si fuera el antídoto a la infelicidad. Las amistades son el lazo de seda o la soga de esparto que te ata a la vida. La personalidad de cada uno condicionará su futuro según la suerte de dar con buena o mala gente. En tu caso la pareja —dijo mirando a Marisol—. El cariño recibido en casa hará su trabajo, cierto, pero solo por un tiempo limitado. Si la fuerza intrusa y dañina no se detiene, va en aumento y es mayor, acaba por derrotar al amor y a toda buena intención y rompe cualquier unión sentimental que exista, del mismo modo que una sola gota de un desengrasante potente aleja por completo lo que le estorba a su alrededor. Desde el centro hacia fuera: ¡flus! —exclamó junto con un gesto de expansión al mostrar un puño cerrado que abrió de sopetón—. A Agnes y a mí nos apartó de su

vida. Nos quedamos pegados en la esquina más grasienta sin poder escapar. Arruinados, desolados y sin nada que decirnos. Nos culpábamos el uno al otro cuando en realidad ninguno de los dos era culpable. No al menos de aquello tan gordo.

—Pero unos padres nunca se rinden cuando se trata de salvar a un hijo —dijo Ramiro.

—¿Rendirnos? —preguntó Tim con sorna—. Tú no estuviste allí. No viviste aquel suplicio el tiempo que duró. Cada día con todas sus horas, sus minutos y segundos durante años. Nos mudamos a un lugar más barato para poder pagarle el mejor centro de rehabilitación. Un montaje urdido por su pandilla que nos dejó sin blanca. No nos importó; era por su bien. Pero la deuda del alquiler aumentaba y yo debía ya tanto dinero en el trabajo —continuó— que me despidieron sin derecho a nada. Nos echaron de casa, nuestras amistades se alejaron y tuvimos que avanzar sin recursos para hacerlo. Agnes y yo tuvimos que arrastrar el recuerdo de haber logrado lo que siempre habíamos soñado junto con el sufrimiento de perderlo todo; con el peso añadido de la culpa sobre nuestras espaldas. Algo tuvimos que hacer mal, pero no logramos dar con ello para solucionarlo. Nos quedamos con el remordimiento de no haber sabido ver que había carcinoma en casa y cuando nos dimos cuenta ya se había zampado nuestro hogar. Entonces recibí la herencia. Bendita mi abuela —dijo mirando al cielo—, e hice lo que consideré justo y mejor. Puse la casa a nombre de Agnes y le cedí la oportunidad de salir del fango. No merecía estar en él.

—¿Y tú? —preguntó Ramiro—. ¿Por qué no os fuisteis juntos?

—Porque habíamos dejado de estarlo antes de que ella regresara a Grecia; ya no éramos una familia ni tampoco pareja y yo preferí quedarme. Aguanté un tiempo, como pude, para no perder a Damián del todo, pero él ya era mayor de edad y era muy difícil seguirle el rastro. Pasé muchas noches durmiendo en la playa, escondido, mendigando comida y ropa limpia. No sirvió de nada. Él desapareció y yo perdí. No me quedaban ganas de vivir, pero tampoco tuve valor para suicidarme y me sentí vendido. No era dueño de mi vida y entendí que tampoco lo era de mi muerte. Se me fue la cabeza y veía la muerte natural como una especie de

matrimonio concertado, porque si uno no puede elegir cómo y cuándo morir, no le queda otra que aceptar lo que de algún modo debe estar pactado. El suicidio, en cambio, es una opción personal —dijo con los puños apretados y la mirada intensa—. Y muchos dirán que siempre hay algo o alguien que empuja a tomar esa decisión, pero el final debe ser ejecutado por voluntad propia y por uno mismo sin la ayuda de nadie. De otro modo ya no se trataría de un suicidio. Sería quizá un asesinato encubierto; un homicidio para ayudar a morir. El suicidio verdadero es íntimo y único. Y hay que tener valor. Por más que parezca una salida fácil, un no luchar por superar la adversidad, una rendición o un acto cobarde. Hay que ser muy valiente en el instante preciso. Hay que tener agallas para lanzarse a la muerte de manera consciente. Para apagar la vida a sabiendas de que no hay nada que revierta esa osadía. Es muy difícil tomar esa decisión y mucho más aún ejecutarla. Yo no fui capaz.

—Pues me alegro mucho de que no lo fueras —dijo Amelia. Tim la miró y le regaló una sonrisa.

—Me salvó un pescador —dijo él, recuperando su tono de voz seductor—. Me propuso ayudarlo a cambio de comida y alojamiento y ahí empezó, a mis cuarenta y tantos, mi relación amorosa con el mar. Aprendí mucho de aquel hombre. Después trabajé un tiempo para otros y me saqué todos los títulos habidos y por haber. Agnes se enteró de mi situación y me ayudó. Supongo que se sentiría un poquito en deuda conmigo. Logró juntar un buen dinero solicitando ayuda al que ahora es su marido, a unos cuantos primos y tíos, y la suma alcanzó para comprar un barco.

—Este bicharraco de aquí —dijo Ramiro dando un par de golpes sobre el pasamanos de madera. Tim asintió.

—Hace once años que vivo en el Saudade. Este logro nunca compensará lo perdido. Lo sé. A veces pienso que todo habría sido más fácil si Damián hubiese muerto. Lo habríamos podido enterrar y, aunque dudo que lo hubiésemos superado, sí que habríamos podido desprendernos de la angustia infinita que crea saber que tu hijo anda por ahí malviviendo, haciéndose daño. —Tim negó con la cabeza y arrugó la nariz—. Nunca leo la prensa, huyo de las noticias digitales, del telediario...; temo verlo en primer plano en un titular

destacado. Algo malo, muy malo. Intento huir de lo que sé que tarde o temprano pasará. Este barco es un buen lugar para vivir y el medio de transporte ideal para que no me alcance lo que ocurre en tierra. Por eso me muevo —explicó—. De mediados de mayo a mediados de septiembre me quedo en Canesba y el resto del año lo paso en alguna isla canaria. Este pueblecito en invierno duerme y mi negocio se nutre del turista despierto.

—Cuando nos conocimos nos dijiste que tú no pescas —dijo Amelia—, pero fuiste pescador.

—Lo fui, sí, pero ya pesqué lo que tenía que pescar con mi salvador. Ahora ofrezco paseos en barco de disfrute. Baños en alta mar y, según la época, espectáculo de delfines y alguna que otra ballena. También he organizado bodas y fiestas de cumpleaños. En cuanto te van conociendo empiezan a proponerte de todo. Incluso me han ofrecido dinero para ceder mi palacio flotante como picadero.

—¿En serio? —preguntó Ramiro.

—Hay quien busca sorprender a su amor —dijo Tim con expresión divertida.

—¿Y lo alquilas para eso? —quiso saber Amelia.

—No, mujer —respondió—. Esta es mi casa. Pero, vamos, que sin trabajo no me quedaré nunca. Este barquito es una buena inversión.

—¿Y no has vuelto a tener pareja desde entonces? —preguntó Marisol. Amelia agradeció la pregunta y aguzó el oído.

—¿Tú qué crees? —respondió Tim.

—Que sí —se le escapó a Amelia. Tim la miró y sonrió sin responder.

Se quedaron los cuatro callados. Se escuchaba el ir y venir del mar, que golpeaba con suavidad el casco de la embarcación. Breves llamadas desde un lugar misterioso. Se estaba bien. El balanceo era agradable. Olía a noche de verano y la temperatura era perfecta.

—Menudo grupito hemos creado —dijo Ramiro pasados unos minutos, una vez saciados de aquella paz tan merecida.

—Deberíamos ponernos un nombre —dijo Tim.

—Ni hablar —dijo Amelia—, que os veo venir: los repudiados, los dolidos...

—Los renacidos —dijo Ramiro.

—¡Qué feo! —exclamó Marisol. Se rieron y la risa los alejó de la amargura con el mismo empuje con el que la corriente marina barre la suciedad.

—Lo que deberíamos hacer es unir nuestras fuerzas para ayudarnos —dijo Amelia.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ramiro.

—Los cuatro hemos sufrido mucho —respondió ella—. Los cuatro hemos logrado cerrar la puerta que deja atrás una etapa oscura, cierto, y salimos de casa en busca de una luz nueva; pero creo que nunca lograremos la satisfacción plena si no arreglamos los asuntos pendientes.

—Explícate —le pidió Marisol.

—No sé en qué consistirá la solución a mi conflicto —dijo. Miró a Tim de refilón y retiró la mirada con rapidez, antes de que el rubor la delatase—, pero creo que tú, Marisol, mereces poder regresar a tu barrio. No digo a tu casa y mucho menos con el desgraciado de tu marido, pero mereces volver a ver a tus amigos, a tu primo...; tienes derecho a pasearte con libertad por donde te dé la real gana sin tener que andar a escondidas.

—No sabes lo que dices —dijo Marisol—. Eso es imposible. Si regreso me matará. Las amenazas verbales eran un hecho real y estoy convencida de que al haberme marchado me odiará más que nunca.

—Podríamos acompañarte —dijo Ramiro—. Te protegeremos. — Marisol negó con la cabeza.

—Ramiro —siguió Amelia aprovechando su intervención—, tú deberías conocer a tu hermano pequeño. Tu padre y tu exmujer te destrozaron la vida, pero ese niño, que ahora ya es adulto, no tuvo ni tiene la culpa de nada. Puede que sea una bellísima persona; estoy segura de que lo es. Y tú le negaste, y te negaste a ti mismo, la oportunidad de trataros como hermanos que sois.

—Ese niño debería haber sido mi hijo —dijo Ramiro.

—No —contestó Amelia—. Ese niño es un hombre adulto y es tu hermano pequeño.

—Lo que pides es imposible —dijo Ramiro, coincidiendo con la respuesta de Marisol—. Mi padre murió hace mucho tiempo, de viejo y cabrón, me lo dijo uno del pueblo que aparcó una vez en mi *parking*, y me dijo que Felisa se había vuelto a casar. Con un portugués. Y que se mudó con él a un pueblo perdido cerca de Lisboa. El chaval se quedó en España, que ya era mayorcito, y localízalo tú ahora que tendrá unos..., déjame calcular..., cuarenta y un años.

—Sabiendo su nombre y apellidos, seguro que alguien de tu pueblo sabrá de él. ¿Tus hermanos, quizá? —dijo Marisol. Ramiro la miró extrañado al suponer que apoyaba el experimento de Amelia y dijo que no con el dedo.

—Y tú, Tim —siguió Amelia—, deberías localizar a tu hijo. Algún modo habrá de encontrarlo.

—¡Qué va! —dijo Tim—. No lo logré entonces cuando aquello era reciente, lo voy a conseguir ahora que ha pasado tanto tiempo.

—Quizá ahora sea más fácil —dijo Amelia—. Los métodos de búsqueda han cambiado.

—Si él quisiera encontrarnos, a Agnes o a mí, lo habría hecho ya. Nosotros no nos escondemos de nadie —dijo mirando a Marisol y apretó los labios con remordimiento.

—Pero igual no os busca por temor a vuestro rechazo y espera que seáis vosotros los que deis con él —insistió Amelia.

—Lo dudo mucho —dijo Tim.

—Lo que propones es muy bonito —dijo Marisol en dirección a Amelia—, pero me parece que lo único viable de todo esto es que tú te eches novio. El resto lo tenemos crudo.

—Yo no pienso avanzar si vosotros no os esforzáis en solucionar de algún modo lo vuestro —amenazó Amelia.

—Pues te veo pidiendo plaza en un convento, reina —se rio Ramiro.

—¡No digas eso, Ramiro! —se quejó Tim. Se golpeó el pecho con ambas manos y echó la cabeza hacia atrás fingiendo el dolor de una herida mortal. La risa regresó al Saudade y con ella se acercaron los cuatro, sin saberlo, hasta el punto donde despierta la emoción del cariño. Allí donde nace el amor antes de elegir camino. Se creó el

prodigio que aviva la esperanza en lo más difícil y, con ella empujando por la popa, regresaron a puerto con la satisfacción de haberse desprendido en alta mar de un buen pedazo de angustia.

15

Reto superado

Ramiro, Amelia y Marisol dejaron de ser clientes de Tim y pasaron a formar parte de la tripulación habitual del Saudade. Empezó a notarse la temporada alta y las reservas se acumulaban.

Ramiro iba siempre que Tim se lo pedía. Aprendió cuatro cosas básicas sobre navegación y Casi, su fiel amigo peludo, se convirtió en la mascota del barco. Marisol le bordó su nombre en un pañuelo azul y el perro lo lucía en el cuello con orgullo de grumete favorito. A los niños les hacía mucha gracia.

Amelia, cuando se apuntaba a alguna salida, preparaba ensaladas de verano muy variadas y litros de gazpacho. Le encantaba cocinar y hacerlo para ella sola le arañaba en el recuerdo, por lo que agradecía poder aumentar la cantidad a sus recetas.

Marisol solo disponía de los jueves, que libraba, y de los domingos, pero cuando coincidían todos a la vez, aquello se convertía en una fiesta. Tim apreciaba la ayuda y el resto lo vivía como una enriquecedora y placentera acción voluntaria que no dejaba de ser, en realidad, un disfrute entre amigos por el Mediterráneo.

Algunos días que no salían a navegar se juntaban en tierra, casi siempre en el apartamento de Amelia, que era el más grande, y podían ver el barco de Tim desde la terraza. No había obligación ni compromiso alguno en nada de aquello, por eso lo gozaban tanto. Compartían paseos al atardecer, desayunos en el puerto, sesiones de cine de verano en la playa y muchas partidas de cartas que, casi siempre, ganaba Tim.

El 21 de junio, Amelia los convocó para cenar en su casa. Tim no tenía ninguna salida programada para el día siguiente, Marisol libraba a primera hora por un cambio de turno y podía llegar al

Satori a las diez y Ramiro tenía la agenda en blanco para cualquier plan que surgiera.

Al llegar, encontraron la mesa de la terraza vestida de gala con una bandeja enorme repleta de marisco en el centro. Amelia se afanaba con los últimos detalles.

—¿Y este despilfarro? —preguntó Marisol.

—Poneos cómodos y que alguien llene las copas —propuso Amelia—. Esta noche estamos de celebración.

—¿Y qué celebramos? —preguntó Tim.

—Que hoy hace un mes que salí de casa —respondió Amelia—. En un ratito haremos una videollamada con la pesada de mi hermana; así os la presento y, después, le recordaré que su sentencia ha caducado, que he logrado superar ese triste mes que ella me daba y le diré que me quedo. Me quedo en Canesba hasta que me dé la gana.

—¡Bien! —celebró Tim.

Maite se sorprendió al ver a tanta gente en pantalla. Le gustó conocer a los tres amigos de los que le había hablado Amelia. Se alegró de ponerles cara y de ver lo contentos que estaban al saber que su hermana había decidido prolongar su estancia en Canesba, aunque en el fondo le fastidió que no regresara. Era la primera vez en sus vidas que llevaban un mes entero sin darse un abrazo y cruzar este tipo de barreras siempre genera una alarma.

—¿Vendrás al menos por mi cumpleaños? —preguntó Maite.

—¿Por qué no vienes tú y lo celebramos aquí? Será como cuando éramos pequeñas y dábamos por finalizadas las vacaciones. Desde luego, mira que eres *porculera* —se rio Amelia—. ¿A quién se le ocurre nacer el 31 de agosto?

—Felipe no quiere oír hablar de Canesba —contestó Maite.

—Pues que no venga —dijo Amelia—. Ven tú.

—Ya veremos. Todavía queda mucho verano.

Al cortar la llamada, Amelia sintió un pellizco de remordimiento. Fue como la picadura de un mosquito. Al fin y al cabo los remordimientos son como los insectos: molestos la mayoría de las veces, pero necesarios. Ahí están para hacer su trabajo; para garantizar el funcionamiento del mundo.

La cena acabó tarde y alargaron la velada con un cóctel que preparó Ramiro. Se le daba bien mezclar licores y sabores. Tanto como narrar historias, y los entretuvo con algunas anécdotas vividas en el *parking*. Daba gusto escucharlo. Era un lector voraz y eso se notaba en su manera de contar batallas. Descubría detalles de su pasado a golpe de memoria e imaginación. Cada dato, por pequeño que fuera, lo convertía en algo grande, en la justificación perfecta para remendar una vida sufrida y convertirla en otra versión mucho mejor vivida.

Pasadas las dos de la madrugada, Marisol, Ramiro y Casi se marcharon juntos; ser vecinos era una ventaja. Tim se quedó con la excusa de ayudar a Amelia a recoger. Quizá lo habían planeado así entre los tres invitados antes de llegar o quizá surgió de manera natural sin plan alguno. La cuestión es que Amelia y Tim se quedaron solos y parecía que acabaran de conocerse, pues ninguno de los dos decía nada. Hacían viajes de la terraza a la cocina y de la cocina a la terraza, con las manos llenas o vacías según el recorrido. Se cruzaban a medio camino, se miraban y sonreían.

Después, mientras Amelia llenaba el lavaplatos, Tim barría la terraza.

—Ya está, Tim, no te preocupes —le dijo interrumpiendo su tarea—. Ha quedado perfecto, gracias.

Tim se detuvo. Apoyó la escoba en la barandilla y aparcó el recogedor al lado.

—Me gusta ver el puerto desde aquí —dijo él—. Hasta donde alcanzan las luces que iluminan la entrada. De día es una vista fabulosa.

—Es lo más bonito del apartamento. En cuanto salí a la terraza supe que lo quería —dijo Amelia al aproximarse a la baranda—. Quiero ver el mar todos los días.

—¿Y qué más quieres? —preguntó Tim, apartando la vista del puerto para mirarla a ella.

—Poco más —respondió sin captar las intenciones de acercamiento.

—¿Sabes qué me apetece ahora?

—Ni idea. ¿No será comida? Yo estoy que reviento —dijo Amelia dándose un par de palmadas en la barriga.

—Me tomaría un granizado de limón de ese tan rico que preparas.

—Imposible —dijo ella.

—¿Por? Dijiste que se hacía en un minuto.

—Sí, pero la preparación hace mucho ruido; no son horas de ponerse a triturar hielo.

—Vaya. Pues... no sé, algo fresquito.

Amelia despertó de su inocencia y pilló el mensaje de Tim para prolongar la estancia. Sintió el cosquilleo de la timidez y le gustó.

—Te hago un té con menta y sandía —dijo ella—. Buenísimo, ya verás.

Tras preparar el té, salieron de nuevo a la terraza y se sentaron a la mesa, tan juntos que sus piernas se rozaban. Tim pegó un sorbo al té, recogió la humedad que le había quedado en los labios con la lengua y dejó el vaso sobre la mesa. Se inclinó un poquito hacia Amelia.

—Me tienes confundido —le dijo.

—¿Confundido?

—Sí. A veces creo que compartimos sentimientos y otras pienso que me detestas.

—No te detesto —respondió Amelia—. ¿Cómo puedes pensar eso?

—Entonces, ¿te gusto?

—Por Dios... —dijo ella con rubor—. Esto es un poquito infantil, ¿no crees?

—Para nada. Somos dos adultos libres que sienten, exploran y esperan encontrar. Bueno, yo ya lo he hecho. Te he encontrado a ti.

—¿Así es como las conquistas a todas? —se rio Amelia—. ¿Les hablas de la búsqueda del tesoro y quedan atrapadas en tus redes de pescador?

Tim no dijo nada. Se limitó a observarla con una sonrisa prudente.

—Mira —siguió ella—, eres estupendo, de verdad. Creo que si no estuviera de luto me dejaría conquistar.

Tim soltó una carcajada.

—¿Te dejarías conquistar?

—Es muy probable —dijo Amelia.

—¿A ti te apetece que avancemos en esto sí o no? —preguntó Tim sin más rodeos—. Solo hay que dejarse llevar.

—Ahora mismo, no puedo —respondió ella, algo decepcionada ante semejante pregunta tan directa—. Quizá solo es cuestión de tiempo.

—Venga ya, Amelia. ¿Qué significa que no puedes? ¿Quieres o no quieres? Me tienes en vilo con las miraditas y las sonrisas, los roces que nos hacemos continuamente en cubierta de aquí para allá, las cenas en tu casa, en casa de Ramiro o de Marisol, los paseos por la playa al atardecer... He recreado para ti todas las escenas románticas de todas las películas habidas y por haber. Solo me falta hundir el barco para tachar *Titanic* de la lista.

—No es buen momento —dijo ella sin reírle la gracia.

—Es el mejor, créeme. El presente siempre es buen momento.

—Pues este presente no lo es para mí. Sigo de luto. Para estas situaciones hay que guardar un tiempo —insistió ella.

—¿Cuánto tiempo? ¿Quién lo controla? Ya hace más de dos años que murió tu marido.

—Exacto —dijo Amelia—. Todavía estoy en fase de aceptación. ¿Sabías que el duelo tiene cinco fases? No, cinco no. Tiene ocho. Ahora no sé si eran cinco u ocho...

—Estas cosas no son matemáticas. Cada persona tiene su propio ritmo de superación y tú, aunque no te lo creas, ya lo has superado.

—¿Y tú qué sabes? ¿Eres psicólogo acaso?

—No —respondió Tim—, pero una persona deprimida no hace lo que tú haces con la alegría con la que lo haces. Has estado muy tocada, eso es cierto. Por eso te llamaba mujer seria, pero ya no. Ahora danzas ligera por cubierta. Ya no arrastras el lastre de la pena, al menos parece que haya menos pena.

—La cantidad de pena es la misma —dijo ella, ofendida—. ¿Qué te crees, que vas a ser mi salvador? ¿Vas a darme lecciones de superación?

Tim la miró con seriedad y la magia de la noche se esfumó por completo.

—No le debes nada a tu marido —dijo Tim—. Él no está. Y tú actúas como si pudieras juzgarte según tu comportamiento. Utilizas la excusa del luto para evitar enfrentarte a los retos cuando deberías plantarle cara a la vida.

—No digas tonterías —dijo Amelia echándose hacia atrás para poner distancia—. No se trata de ninguna deuda. Ya sé que no le debo nada a Seb. Se trata de un estado de ánimo; una sensación de vacío que debe llenarse de nuevas emociones. Necesito encontrar lo que busco, pero todavía no sé qué es.

—Cuando no se sabe lo que se quiere, a veces es mejor dejar de buscar —dijo Tim—. Quizá eres tú lo que alguien busca. El deseo encontrado. Hay que aprender a pausar la exploración para valorar la suerte de ser el sueño de alguien hecho realidad. Es otra forma de lograr plenitud y satisfacción.

—¿Y si los sueños no coinciden? ¿Y si de gusto pasa a disgusto?

—Eso no lo sabrás si no das un paso adelante. Intenta ceder un poco. Puedes empeñarte en dar importancia a lo que has perdido o esforzarte en valorar lo que tienes. Lo que eres. Lo que vales y lo que se te ofrece.

Se quedaron callados sin dejar de mirarse. Ambos sentían, pero no lograban descifrar los sentimientos y mucho menos sincronizarlos.

—¿Has pensado en el modo de localizar a Damián? —preguntó Amelia, cambiando de tema.

—No me salgas con esto ahora, por favor —dijo Tim y resopló con fastidio.

—Es tarde —dijo ella y se levantó de la silla—. Será mejor que te marches.

Tim se puso de pie, se acercó a la barandilla y cogió la escoba y el recogedor con la intención de guardarlos en su sitio, pero Amelia se arrepintió de haber dicho aquello, de tirar sin abrir el regalo que acababan de hacerle, y se acercó a él y puso las manos sobre las suyas para detenerlo.

—Esas cosas no se preguntan —dijo Amelia—. «¿Te gusto?» —preguntó con voz de niño pequeño, burlándose de la puesta en escena de Tim. Entonces Amelia se acercó un poquito más, empujada por un coraje desconocido; quizá por una atracción

ineludible, hasta percibir el calor que emanaba él, y se quedó quieta. Cerró los ojos y esperó.

—Tienes razón —dijo Tim, con su boca rozando la de ella—. No es el momento.

El orgullo venció y se marchó con muchas ganas de haberla besado, el pundonor tocado y una presión considerable oculta tras la bragueta.

16

Un amanecer distinto

Tim no llegó a pulsar el botón del ascensor. Se dio la vuelta y regresó a la puerta de Amelia. Antes de tocar el timbre, la puerta se abrió. Ella lo había espiado por la mirilla; no había entendido aquella reacción de rechazo tan repentina. La había dejado con la respiración cortada y con muchas ganas de llorar.

No dijeron nada. Tim la agarró por la cintura, la acercó a él y se besaron.

—Sabes a mar —dijo él en voz baja. Amelia sonrió sin ser consciente de sus lágrimas ni de su temblor—. ¿Te apetece que mañana salgamos a navegar? —propuso. Ella asintió. Se besaron otra vez. Fue un beso breve, menos intenso y más tierno. Se despegaron con lentitud, como si temieran levantarse la piel al hacerlo. Se desearon buenas noches y prolongaron el instante de la despedida con la mirada, hasta que Tim entró en el ascensor y la puerta se cerró.

Amelia no pudo dormir. No soportó permanecer en la cama despierta y se levantó. Salió a la terraza, cogió los prismáticos, acercó una silla a la barandilla y buscó el Saudade con la esperanza de descubrir a Tim desvelado como ella y sentado en la cubierta. No hubo suerte. La calma dominaba la imagen del puerto. Eterna calma forzada por el control humano de aquellas aguas.

Amaneció y se notó distinta. Sintió que algo se había desprendido de ella. Fue como la caída de la costra cuando una herida ha sanado y deja a la vista una marca rosada. Al tacto ya no hay relieve. Tampoco duele. Sabes que está sin necesidad de mirarla. Así sintió su dolor. Como una señal de lo sufrido que ha dejado de ser rugosa. Que cambiará de color con el tiempo; demasiado grande para desaparecer del todo. Se quedará como el reflejo de uno más de los

momentos que se acumulan y puntúan en lo vivido, como arrugas en la piel. Necesarias para curtir el alma. Buscó su cuaderno de dibujo y pintó el olor que percibía. Era rojizo como el cielo, con pinceladas naranjas y amarillas. Un toque malva. Azul y blanco. Le resultó hermoso, lo tituló *Amanecer distinto*, puso la fecha, Canesba, y cerró el cuaderno.

Después se acostó un rato y durmió hasta las diez. La despertó la llamada de Tim.

—¿A qué hora vendrás? —le preguntó.

—En un ratito —dijo ella—. Me costó dormir.

—Intenta, por favor, llegar antes de las once y media. Y no se te ocurra traer nada; yo me encargo de todo.

Amelia llamó a Marisol y le contó lo ocurrido.

—¡Lo sabía! —dijo Marisol—. Lo supe desde el primer día que fuimos a navegar. Te miró de un modo especial. Y me alegro mucho, Amelia. Te lo digo en serio.

—Pues yo no sé si alegrarme o no. Ahora mismo estoy de los nervios. ¿Qué hago? Si voy es como decirle que sí. Será darle carta blanca.

—¡Qué va! —soltó Marisol—. No te montes películas. Si vas es porque te apetece estar con él. De carta blanca, nada. Eres libre de marcar los tiempos, la distancia que quieras que os separe, el límite de acercamiento... Tú no eres como era yo. No seas tonta y deja de comerte el coco de esta manera. Le gustas a Tim. ¿Te gusta él a ti?

—Creo que sí.

—Eso no es respuesta. Tienes dos opciones: sí o no. Las creencias aquí sobran. Te lo vuelvo a preguntar: ¿Te gusta Tim?

—Sí.

—Pues ya está —dijo Marisol—. No pasará nada que tú no quieras que pase. Tim es un buen tipo.

—Tampoco lo conocemos tanto.

—Lo suficiente. A nuestra edad hay que lanzarse un poquito. La experiencia cuenta y te permite saltarte algunos pasos. Y mejor que sea así, ¿no crees? No estamos ya para pedidas de mano.

—Habló la que ha tenido decenas de parejas desde que plantó a su marido.

—Mi caso es distinto. Yo sigo luchando para mantener el miedo a raya.

—Lo sé. Perdóname —dijo Amelia—. Es que apenas lo conozco. ¿Sabes lo que quiero decir? Hay cosas que una va descubriendo con el tiempo.

—Pues ya las descubrirás. Te mereces esta oportunidad. El valor del tiempo no solo se mide en cantidad, también puntúa la calidad.

—Lo sé, pero hay emociones que solo se logran con la suma de muchos momentos. Los años compartidos dan para apreciar los detalles más íntimos desde cerca. Con lentitud, como el crecimiento de un cabello. Piénsalo —dijo, con la vista perdida en la pared, como si se tratara de una pizarra de la que tuviese que resolver un enigma—, cada corte de pelo implica un proceso previo de evolución; cada cana significa el transcurso de la edad. ¿Me entiendes?

—Lo intento —dijo Marisol.

—Pues todos esos cambios los vivimos juntos, Seb y yo —continuó Amelia—. Hasta el día que sus cabellos dejaron de crecer, de volverse blancos e incluso de caer. Aquel día enredé mis dedos entre sus ondas plateadas y tan quietas. Supe que aquella era nuestra última vez. Fue un impulso. Le retiré el cabello de la frente, ya fría, con mis dedos templados. Sentí el contraste entre la muerte y la vida. Seb allí y yo aquí. Y deseé agarrarme a su pelo para retenerlo conmigo, pero tuve que dejarle ir. Miento. Él se quedó y yo me fui.

Marisol soltó una carcajada que el altavoz del teléfono amplificó.

—¿Te hace gracia? —preguntó Amelia, desconcertada.

—No, no. Ha sido muy bonito, de verdad —se disculpó—. Muy poético. Pero no he podido evitar imaginarme la situación si tu marido hubiese sido calvo como Sancho.

—Eres idiota —soltó Amelia—. Lo sabes, ¿verdad? —Y no pudo resistirse al contagio de la risa de Marisol.

—Ve a esa cita, Amelia, y no pienses en nada más que en disfrutar. Además, Tim tiene una buena mata de pelo, si es eso lo que te preocupa. Y esta historia rara que me has contado no la entiendo.

—Es que estoy nerviosa. ¿Y si quiere temita?

—Pues al lío.

—Y una porra.

—¿Por qué no? —preguntó Marisol—. A ver, ¿qué puede salir mal?

—Todo.

—No seas ceniza.

—Es que hace como ocho años que no lo hago.

—¿Ocho años?! —exclamó Marisol—. Si llevas dos de viuda, ¿hacía seis que no tenías relaciones sexuales con Seb?

—Más o menos.

—Es muy fuerte, Amelia. No me digas que no. ¿Alguno de los dos tenía algún problema físico o psicológico?

—No.

—¿Y entonces?

—No sé. Dejamos de buscarnos en ese aspecto. No nos apetecía. No hablábamos nunca del tema.

—¿Y tú lo ves normal?

—Al principio no mucho —confesó Amelia—, pero como yo estaba bien así, pues tampoco traté de solucionarlo.

—No lo entiendo —dijo Marisol.

—Ay, chica, yo qué sé. Era muy monótono. Algunas veces había final feliz y otras no. Supongo que nos daba pereza. Y nos queríamos mucho y estábamos muy bien juntos. Compartíamos aficiones e ilusiones. El sexo quedó olvidado. No era primordial y punto.

—Pues me da a mí que el capitán griego está bien instruido en el tema.

—Pues no voy.

—¡Claro que vas! Y tanto que vas. Escucha, Amelia, deja de agobiarte porque igual hoy no pasa nada.

—Con lo tranquilita que estaba yo y llega este e interrumpe mi paz emocional. ¿Con qué derecho? En el fondo es como si alguien intentara forzar la puerta que encierra mi dolor para entrar y sacarlo de allí a empujones. La cerré yo, ¿sabes?, y lo hice a conciencia. Es mi dolor y hasta ahora estaba más o menos controlado.

—Pues no cierres tanto y ventila. Siempre hay que ventilar —dijo Marisol—. Libérate.

—Es que en el fondo creo que la angustia me protege. No sé qué hacer.

—Ojalá yo pudiera elegir como tú.

Amelia no respondió al comentario. No pudo. Sabía que tenía mejores cartas que Marisol y encima era mano. Solo tenía que apostar por ella misma.

—Iré —dijo al fin—. Y viviré lo me que toca vivir.

—¡Esta es mi aviadora! Claro que sí. Y después me llamas y me lo cuentas.

17

Una idea equivocada

Al llegar al puerto, Amelia estaba tan concentrada en cada paso que daba que era capaz de acompañar pisadas con latidos. Le marcaban el ritmo a seguir. Pum-pum, pum-pum. Como un acorde musical de los que generan suspense.

Tim la esperaba en el pantalán, justo delante de su amarre. Le pareció sereno, como si no hubiese pasado nada la noche anterior. Como cualquier mañana de las que quedaban para pasear o ir a la playa. Y esa tranquilidad la inquietó.

Se saludaron con dos besos, como solían hacer entre los cuatro a cada encuentro. Ella se dispuso a subir al barco, pero Tim la frenó.

—Al final no saldremos a navegar —le dijo.

—¿Y eso? —preguntó Amelia.

—Es una sorpresa —dijo—. Tenemos que ir en coche.

Fueron al aparcamiento del piso de Amelia. Al llegar, Amelia sacó las llaves del Range Rover del bolso y se las ofreció.

—Conduce tú —le dijo—. Hoy he decidido dejarme llevar.

El comentario fue bien recibido.

—Hace mucho que no me manejo sobre ruedas —dijo él, sentado en el asiento del conductor. Arrancó el motor y sonrió—. Pórtate bien, grandullón —le dijo al coche y acarició el volante.

Abandonaron Canesba y se alejaron unos quince kilómetros del pueblo. Después, Tim se metió por un camino de tierra. Condujo algo más de media hora entre curvas, cuesta arriba, hasta llegar a un jardín privado sembrado de una variedad infinita de cactus. Era la entrada a una casa grande, preciosa, que se integraba a la perfección con el paisaje.

—¿Y este lugar? —preguntó Amelia—. ¿Desde cuándo está esto aquí?

—Para nosotros, desde hoy. También es mi primera vez.

Aparcaron el coche y se dirigieron a la entrada. Bloques de piedra intercalados rompían el blanco de la fachada y le daban un toque rústico y auténtico a la casa.

La puerta estaba abierta. Tim le cedió el paso a Amelia y entraron los dos. A ella le sorprendió el grosor imponente de los muros. La invadió un frescor que olía a Lanzarote y recordó, por unos segundos, las vacaciones que pasó en esa isla con unas amigas antes de conocer a Sebastián.

—Buenos días —dijo la mujer que había en recepción.

—Hola —dijo Tim—. Esta mañana he hecho una reserva a primera hora.

Amelia se puso nerviosa al imaginarse en la *suite* nupcial. En una cama *king size* con una cesta de frutas al lado y una botella de champán como regalo de bienvenida.

—¿Señor Makris? —quiso adivinar la mujer.

—Sí —confirmó él—. Timoteo Makris.

—Bienvenidos —dijo—. Pueden salir a la terraza; les servirán una limonada mientras aviso de su llegada. Enseguida los vendrán a buscar.

El misterio despistó a Amelia y la calmó en cierto modo. Salieron a la terraza y se sentaron a una mesa cerca de la baranda. La vista era un espectáculo.

—¿Adónde me has traído? —preguntó Amelia.

—La verdad: no estoy muy seguro —se rio Tim—. Bueno, sí, pero me refiero a que no sé muy bien si funcionará.

A cada sorbo de limonada, la excitación provocada por lo desconocido aumentaba.

—¿Quién nos tiene que venir a buscar? ¿De qué va esto? —quiso saber Amelia.

—Ya lo verás. Confía en mí —le dijo—. Lo necesitamos.

—¿Lo necesitamos?

—Has dicho que hoy te dejarás llevar.

Antes de terminar la bebida se les acercó una chica y los invitó a que la acompañaran.

—¿Lo han hecho otras veces? —les preguntó. El nerviosismo regresó al cuerpo de Amelia. Se vio haciendo intercambio de pareja

cuando ni siquiera tenía una. Le sudaban las manos. Tim negó en silencio mientras se mordía el labio. La chica les sonrió—. La primera vez cuesta soltarse —dijo—, pero, por norma general, la gente repite.

Subieron un tramo de escaleras de piedra que daba a un descampado con una torre muy alta en el centro. Se acercaron a la torre y se montaron los tres a un ascensor. Al salir, se encontraron en la cima de todo. Una sala espaciosa y abierta, sin cristal en las ventanas. Suelo, techo y paredes de madera. Una barandilla a la altura del pecho los separaba del abismo. Había una puerta, de la misma altura que la baranda, que daba a una muerte segura. El aire corría salvaje. Había cables de acero sujetos a la estructura del lugar. Cortavientos de metacrilato grueso en cada esquina y una zona con un estante repleto de cascos, mosquetones y correas. Había una mujer y un chico, ambos con el mismo uniforme que la chica que los había llevado hasta allí.

Amelia miró a Tim con cara de susto. Percibió un olor picante, mezcla de miedo y aventura.

—Vamos a volar —dijo él, emocionado—. En tirolina. Los dos juntos.

—¿Qué?! —soltó Amelia.

—Quiero que grites y que te liberes —dijo Tim—. Que descargues la rabia que sientes dentro por lo sufrido. Yo también gritaré. Mucho. Tenemos que resetearnos.

—Estás chalado. Podemos gritar en alta mar desde tu barco.

—No es lo mismo. Sería algo forzado. Premeditado. Esto será espontáneo. Nos saldrá de dentro, ya lo verás. Y no es peligroso. Es más suave que lanzarse en paracaídas.

—Pero chalado chalado de verdad —insistió Amelia.

—Pensé en volar en parapente, pero entonces iríamos separados y quiero estar a tu lado, Amelia. Quiero que soltemos juntos lo que podamos de nuestra angustia.

Amelia sintió un escalofrío de emoción. Aquella propuesta destilaba un sentimiento noble y puro. No había maldad. No quería hacerla sufrir; al contrario. Tim le proponía dar un paso más; un salto, en realidad, hacia el objetivo de esa búsqueda enigmática.

—Me da miedo —confesó ella.

—Tranquila, señora —dijo el chico, que se afanaba en preparar un arnés—. Es una de las tirolinas más altas y largas de Europa, pero apenas entraña peligro. Está controlado. Usted solo tiene que coger impulso y saltar.

—Esto se avisa —dijo Amelia.

—No, si pretendo lograr lo que busco. Hagámoslo, venga. Mano a mano.

Amelia inspiró y el aroma anterior había cambiado. Lo picante se transformó en pureza, en vida por estrenar. Miró a Tim, soltó el aire, sonrió y cerró los ojos un par de segundos para tomar conciencia del momento. Aceptó.

El muchacho les ofreció un mono de tela fuerte a cada uno para que estuvieran más protegidos. Se lo colocaron sobre su ropa y, una vez vestidos, les colocó los arneses y revisó los anclajes. La mujer les dio varias instrucciones y les entregó un par de cascos. Les advirtió que, por la diferencia de peso y según la posición de sus brazos y piernas, la velocidad podía variar y eso haría que se distanciaran el uno del otro. Les indicó cómo frenar y cómo acelerar. Amelia y Tim asintieron con interés mientras se ajustaban la correa del casco y se colocaban, los dos juntos, a unos tres metros frente a la puertecita de madera que ya no daba a la muerte, sino que estaba a punto de abrirse a lo posible.

—Recuerden —les dijo la mujer—: al saltar, brazos hacia delante y piernas estiradas.

Ambos asintieron. El chico abrió la puerta y a Amelia le pareció que la intensidad del viento aumentaba. Tim la animó a coger carrerilla y se lanzaron los dos sin saber a dónde irían a parar.

Amelia gritó. Gritó con toda su alma y Tim no dejaba de pedirle que gritara con más fuerza. Tenía razón. Aquello salía de dentro; de un lugar incontrolable y liberador.

Los alaridos de él se perdían entre los de ella. Y algo sucedió. La impresión de vuelo libre, a pesar de estar sujeta a un cable, apagó el agobio que había sentido antes de saltar. Tim se adelantó unos metros e hizo lo que le habían indicado para reducir velocidad y regresar junto a Amelia. El bosque corría veloz bajo sus pies

mientras el mar se distinguía con claridad al fondo. Amelia no dejaba de percibir olores. Eran limpios, cálidos; de colores pastel casi transparentes. No se veía el final del trayecto y el clamor se agotó dando paso a una sensación plena de disfrute. Amelia volvió a sentirse águila, pero esta vez transformada. Aquellas alas eran nuevas, pero dirigidas por alguien con experiencia, por ella, y sintió que el mundo era abarcable. Se hizo menudo en comparación con la brutal inmensidad de sus ganas de amar.

Pasados unos minutos, a lo lejos, se dibujó la plataforma de llegada, que aumentaba de tamaño a una velocidad considerable, y la figura de un operario empezó a hacer señales para avisarlos de por dónde debían entrar y repetía, de manera exagerada, los gestos de frenada que les había enseñado la mujer de la torre.

Al pisar suelo, Amelia no pudo contener la emoción y se abrazó a Tim.

Se despojaron de los arneses y de los cascos. Se quitaron el mono y lo dejaron todo allí, como si aquellas cosas fueran la materialización de su angustia y se hubieran desprendido de ella como el que se sacude la arena de los pies al abandonar la playa.

—Gracias —dijo ella y Tim le llenó la cara de besos. Se abrazaron de nuevo con ímpetu, con un leve temblor después de tanta emoción y con una risa tonta e incontrolable. Después, los trasladaron hasta el jardín de los cactus en un *buggy* eléctrico. Repitieron limonada y repitieron carcajadas al recordar el instante de duda que acabó convertido en un impulso de intrepidez acertado.

A veces, sucede algo que nos desconcierta; desconfiamos, tememos equivocarnos, nos angustiamos... Aquella vez fue una de esas veces y Amelia se atrevió a coger carrerilla y saltar, porque la noche anterior había aprendido la lección de que el que vive poco muere demasiado. Cada día un rato durante toda su vida. Le cede terreno en exceso a la muerte. Sin embargo, el que vive con plenitud muere una vez. La única y definitiva. Hay que intentar desequilibrar la balanza hacia el lado bueno: mucha vida para una muerte.

18

La torpeza de lo bello

De camino a Canesba pararon para comer en el restaurante de unos amigos de Tim. Solían recomendarse mutuamente y ambos negocios lo agradecían.

Hacía demasiado que Amelia no apreciaba la sensación de estar en pareja. Se sintió acompañada de un modo distinto a cuando estaba con Marisol, con Maite o con sus hijos. Y la embargó una emoción extraña: se sintió mal por sentirse bien.

Tras la comida, Tim condujo hasta el puerto y le propuso a Amelia un paseo por el mar. Al subir al barco le ofreció un café y el café se quedó frío en la encimera. Ninguno de los dos supo cómo parar aquello. Se besaron con prisa, como si quisieran aprovechar ese raudal de pasión y saciarse de cariño, como un aljibe vivo que ansiara llenarse de lluvia. Tim la llevó, haciéndola caminar marcha atrás entre besos y caricias, hasta su camarote. Antes de entrar, Amelia ya no llevaba puesta la blusa. Sus pechos grandes asomaban bajo el encaje del sujetador y Tim se lanzó a descubrirlos.

—Espera —pidió ella—. Igual es mejor quedarse en ropa interior.

—¿Por?

—Es más bonito así. Es que a nuestra edad hay cosas que pierden firmeza. Mi cuerpo no es el de antes. Ya me entiendes —dijo sonrojada, con una mano custodiando su canalillo.

Tim acercó su cara a pocos centímetros de la de ella.

—Mírame a los ojos —le dijo.

—Así tan cerca y sin las gafas de leer te veo borroso —se rio Amelia y lo empujó un poco para apartarlo y enfocarlo mejor.

—Pues eso —dijo Tim—. La visión se adapta a los estragos del tiempo, no sufras. A mí me gustas como eres; no conozco otra versión de ti. Para mí no existe el antes. Nos conocemos de ahora. Y eres preciosa.

Logró desabrocharle el sujetador y su cara de excitación hizo que Amelia recuperara cierto grado de confianza en su poder de seducción. La tumbó sobre la cama y le quitó el pantalón de lino. Después se desnudó él, al completo, y esperó la reacción de ella. Amelia se despojó, muy despacio, bajo el ronroneo silencioso del deseo, de la única prenda que le quedaba. Tim se echó a su lado y los besos regresaron. Boca, cuello, escote, pezón, ombligo, monte de Venus, ingle, y justo cuando iba a besar allí donde Amelia más quería, a ella se le escapó un rodillazo que desestabilizó a Tim y lo hizo caer hacia un lateral de la cama. Se golpeó en la ceja con la esquina de un cajón mal cerrado, de esos que tanto gustaban a Marisol, y se hizo un buen corte. La sangre empezó a brotar de manera escandalosa.

—¡Ay, madre! —exclamó ella—. Perdón, perdón, perdón... ¿Estás bien?

—Sí, sí. Tranquila, no es nada.

—Ha sido un acto reflejo. Sin querer —dijo Amelia para justificar la agresión—. Sangras mucho. Espera, hay que taponar la herida. — Amelia se levantó y se fue al baño a por papel y una toalla. Al regresar, Tim presionaba la herida con un paño.

—Ya está —dijo Tim—. No te preocupes.

—Hay que ir al médico —dijo Amelia al ver tanta sangre—. Tienen que cerrarte la brecha. De verdad que lo siento.

Se vistieron con torpeza. Entre risas, jadeos y besos que seguían llegando sin control. Él no dejaba de presionar la zona del golpe. Ayudó tener el coche aparcado en el puerto. Fueron directos a la entrada de urgencias del ambulatorio y esperaron a ser atendidos. Amelia se revolvía en el asiento y no dejaba de ajustarse la blusa. La estiraba con la aparente intención de hacerla más larga.

—¿Qué haces? —le preguntó Tim.

—Estoy incómoda —susurró—. Con las prisas no me he puesto ni el sujetador ni las bragas.

Llamaron a Tim y entraron juntos por la puerta indicada.

—Cuénteme —le dijo el doctor al lesionado.

—Nada. Un encontronazo traicionero por no prestar atención —dijo él. Amelia no paraba quieta en la silla.

El médico se acercó para examinar la herida. Le pidió a Tim que retirara la mano y el doctor pinzó con dos dedos el trapo que taponaba el corte. Al separarlo de la piel de Tim, el trapo de desplegó y resultaron ser las bragas de Amelia. El hombre la miró en busca de una explicación y ella sonrió con las piernas apretadas.

La escena acabó con cuatro puntos de sutura y la receta de un analgésico.

—¿Tenía que ser con mis bragas? —preguntó Amelia, de vuelta al interior del coche.

—Es lo primero que encontré —dijo él, muerto de risa—. Siento que el doctor Finolis las haya tirado a la basura.

—Da igual —se rio ella—. Así ya no hay que buscarlas.

Desistieron de más intentos de carantoñas por aquel día. Aparcaron y se sentaron en una terraza del paseo marítimo, y fue acomodarse y ver a Ramiro paseando al perro. Lo llamaron y se unió a ellos.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Ramiro.

—Doña Amelia, que es puro fuego y pasión —dijo Tim para picarla. Ella le dio un empujoncito en el hombro y le exigió discreción con la mirada.

—¿Habéis...? —preguntó Ramiro con sonrisa maliciosa y un gesto un tanto obsceno.

—¡Casi! —se rio Tim. Y el perro le saltó encima—. ¡Quita, chucho! —se quejó—. Cámbiale el nombre, por favor.

La risa aumentó.

—¿Tres cañas? —preguntó el camarero, que apareció de la nada con su libretita en mano.

—Para mí un irlandés —dijo Amelia. Miró a Tim y añadió—: Me apetece algo más que una cerveza.

—Llama a Marisol, anda —le dijo Ramiro, ajeno a la tensión sexual que flotaba en el ambiente—. Igual se apunta.

Y Marisol se apuntó sintiendo que su presencia sumaba. Estaba allí porque ellos querían que estuviera. Y ella quería estar.

Les contó que esa misma mañana había acudido al centro de estética una *influencer* muy famosa y que le tocó a ella atenderla. La

chica la felicitó por su trabajo y le dio doscientos euros de propina. Algo insólito y digno de celebrar.

—El jueves os invito a un arroz caldoso con bogavante —dijo, y Amelia consideró el infortunio del rodillazo como otra treta del destino para reunirlos de nuevo.

Decidieron cenar allí mismo y al terminar, Ramiro, Casi y Marisol se marcharon hacia la derecha, mientras que Amelia y Tim viraron rumbo a la izquierda.

Aquella noche se amaron. Amelia y Tim durmieron juntos en el apartamento de ella y Amelia sintió una felicidad inaudita. Nada de lo ocurrido en esa habitación con vistas al puerto de Canesba pudo compararse con lo vivido con Sebastián. Fue muy distinto. Y es que el amor, a la hora de amar, se despliega en una variedad infinita de olores, y aquella excitación nueva olía a ternura mezclada con pasión y madurez y Amelia pensó en las tonalidades que necesitaría para colorear tanta emoción.

Se durmió abrazada a Tim y al despertar lo observó en silencio y palpó su propio cuerpo como si se buscara y sintió una satisfacción inmensa al encontrarse.

Él abrió los ojos, mecido por el oleaje de las sábanas. Le costó unos segundos ubicarse, después sonrió y volvieron a amarse.

19

Felicidad quebrada

Pasaron los días y Amelia se sentía muy a gusto entre tanta dulzura.

No se atrevió a contarles nada a sus hijos, pero Samanta percibió algo diferente en su madre y tuvo la certeza de que había conocido a alguien especial. Fue prudente y no preguntó.

Tampoco le contó nada a Maite y decidió concederse un espacio privado de disfrute. Sin dar explicaciones, sin tener que justificarse, sin comparar, sin tener que adornar o tener que quitar. Solo quería mantener aquella sensación de placer lo máximo posible. Y la vida fluyó con el gozo que produce el roce de una ola menuda.

Marisol pagó con gusto el caldoso con bogavante prometido y después, aquel mismo jueves, decidieron salir a navegar. A Tim le habían anulado una reserva y la idea era pasar un buen rato a flote sin mirar el reloj.

Ninguno pudo imaginar que aquel paseo en barco cambiaría sus vidas.

Embarcaron con la libertad a favor y aceptaron la sensación de mar abierto en el cuerpo como un regalo espléndido, pero Casi no dejaba de ladrar y de agitarse más inquieto de lo normal.

—Dile al casi humano que se calme o será el primer perro en hacer esquí acuático —amenazó Tim con guasa, un poco harto ya de tanto ladrido.

—Calla, Casi —ordenó Ramiro—. Es que no sé qué le ocurre. Está raro. —El perro empezó a olisquear el suelo y a dar vueltas por la cubierta con desespero.

—Igual es por el olor —dijo Amelia—. Al subir a bordo, ¿no habéis notado un olor fuerte?

—Como a gasolina, ¿verdad? —dijo Marisol—. Yo sí lo he notado.

—Qué pesaditas sois siempre con los olores —se quejó Tim.

—Huele por ahí —dijo Ramiro, con la nariz apuntando a popa—. ¿Echaste combustible? Quizá se derramó un poco.

—Llené los depósitos hace dos días y quedó limpio.

—Igual te salpicó el vecino o se te olvidaría algún trapo sucio enredado en las cuerdas del barco —dijo Ramiro.

—Cabos, Ramiro. Las cuerdas aquí se llaman cabos —dijo Tim para chincharlo.

—¡A la orden, mi capitán! —exclamó Ramiro en plan saludo militar. Se cuadró y se puso firme para completar la pantomima.

Tim arrancó los motores y el olor quedó eclipsado por el borboteo de agua batida al iniciar la marcha.

Navegaron una hora hacia el horizonte. El mar estaba tan quieto que parecía falso. Solo la estela del Saudade rompía la quietud como el esquador que se desliza sobre nieve virgen dejando un trazo fugaz.

Cuando Tim consideró que se habían alejado lo suficiente, paró los motores y dejó que el barco descansara a la deriva.

Había alguna embarcación a lo lejos, pero el espacio entre ellos les permitía gozar de intimidad.

—¿Nos bañamos en bolas? —propuso Ramiro con cara chistosa.

Amelia puso la misma expresión que si le acabaran de entregar una multa de las gordas de manera inesperada. Marisol se rio al verla y después miró a Tim, que asintió en silencio con sonrisa provocadora.

—Ni hablar —dijo Amelia al pillar a Tim—. Bueno, vosotros haced lo que queráis, pero yo ya no estoy para lucirme de esa manera.

—Pero si estás buenísima —dijo Tim. Marisol y Ramiro se rieron y Amelia le clavó una mirada de primer aviso.

—¿Una cervecita, entonces? —propuso Ramiro—. Si no hay despelote, al menos que fluya el alcohol. ¡Música, capitán!

Tim eligió una lista de reproducción desde el móvil y se escuchó a Manu Chao por los altavoces. Ramiro entró a por la bebida. El perro empezó a ladrar de nuevo y se subió al espacio que ellos ocuparían como asiento; empezó a arañar la colchoneta que lo cubría y a emitir quejidos agudos y molestos.

—¡Como se cargue la tapicería me hago un chaleco peludo! —amenazó Tim. Agarró a Casi por la correa y lo obligó a bajarse de allí. Después lo achuchó con un abrazo para calmarlo y le plantó un beso en la cabezota. Casi agradeció el gesto con un lametón.

—Es ese olor —dijo Amelia.

—Mira a ver —sugirió Marisol—. Igual sí que hay algo. El perro no para quieto y oler, huele.

—¿Qué va a haber? —preguntó Tim mientras dejaba en el suelo un cuenco con agua fresca para el perro—. Esto está siempre cerrado; sin vuelta de llave ni candado, pero os aseguro que la tapa no se abre sola. Ahí guardo cabos de repuesto, una manguera vieja y trastos. No puede colarse ningún bicho. —Se acercó al lugar de las sospechas—. Bueno, un poco fuerte sí que huele. Me habéis sugestionado entre todos —dijo mirando a Amelia. Levantó la tapa y la soltó de golpe a la vez que se echó hacia atrás con rapidez, perdió el equilibrio y se cayó de culo al suelo—. ¡Dios! —exclamó con los ojos grandes y brillantes como bolas de Navidad.

—¿Algún animalillo? ¿Una gaviota, quizá? —preguntó Ramiro.

—Hay un... —balbuceó Tim, pálido, mientras señalaba hacia allí.

—¿Un pez? —dijo Ramiro.

—Un grrr... muerto —susurró Tim.

—Ayer hubo mala mar —dijo Ramiro—; se colaría de algún modo, el pobre, y después no supo salir.

—Es un grrr... —dijo Tim, sin apenas separar los labios.

Ramiro, Marisol y Amelia se acercaron a él.

—¿Qué es? —preguntó Amelia.

Tim se puso de rodillas y gateó hasta el lugar fétido. Miró hacia atrás, vio que los tres estaban pendientes de su maniobra; la curiosidad convirtió sus latidos en un redoble de tambor. Empezó a levantar la tapa muy despacio, solo un poco, y desveló con sumo cuidado, como si el contenido del cofre hubiese podido escapar igual que un genio de una lámpara, aquel misterio terrorífico.

—¡¡Socooooorro!! —gritó Marisol. Y empezó a dar saltos con cara de pánico acompañados de unos ruiditos que no llegaban a ser palabras. Amelia y Ramiro se quedaron paralizados con la mirada congelada.

Tim dejó caer la tapa otra vez.

—Es un hombre —dijo Amelia, descompuesta. Y se cubrió la boca con una mano.

—¿Quién es? —preguntó Ramiro con los pelos de punta.

—¡Y yo qué sé! —exclamó Tim—. Me cago en la mar. No puede ser. Esto no puede ser. —Se incorporó veloz y, sin querer, pisó a Casi, que gimió, derramó el agua del cuenco y se escondió en un camarote.

Amelia agarró el móvil y lo desbloqueó.

—¿Qué haces?! —exclamó Tim.

—Hay que llamar a la policía —dijo ella.

—Ni hablar —dijo Tim—. Así no. —Posó su mano sobre la de Amelia.

—Es verdad —dijo Ramiro—. Tiene que ser a través de la emisora.

—Esperad, por favor —rogó Tim—. Pensemos.

—¿Pensemos? —repitió Amelia—. Pensar ¿qué?

—Si viene la policía hará preguntas y nos pedirá cosas.

—Claro, de eso se trata —dijo Marisol sin parar de saltar.

—Me quitarán la licencia, ¿es que no lo veis? —dijo Tim—. Mi vida depende de este barco.

—Pero es que hay un muerto en tu barco —dijo Amelia—. Tiene muy mala pinta. Está destrozado y lo han rociado con gasolina; de ahí la peste. ¡Es horrible!

—Ya lo he visto —dijo Tim con un tono de voz cortante.

—Hay que cerrar bien el baúl —dijo Ramiro.

—Se llama tambucho —corrigió Tim sin darse cuenta, preso de la angustia.

—¡Te pillé! —exclamó Ramiro mientras lo señalaba con el dedo—. Has dicho que no lo conocías.

—¿Lo conoces? —preguntó Amelia con cara de decepción.

—¿Yo? ¡Qué va! No lo había visto en mi vida —se defendió Tim.

—¿Cómo sabes su nombre entonces, eh? —insistió Ramiro, dándole golpecitos con el dedo índice en el hombro.

—¿Qué nombre? —preguntó Tim y apartó el dedo acusador de Ramiro de un manotazo—. No tengo ni idea de quién es ni de cómo se llama.

—Tambucho —dijo Ramiro con los ojos entrecerrados para intimidar.

Tim se pellizcó el entrecejo y cerró los ojos.

—Eso es el nombre del cajón, imbécil —aclaró Tim.

—Sin faltar, ¿eh? —dijo Ramiro—. Ahora resulta que pones nombres a tus muebles.

—Es el nombre que tiene, so merluzo. Nomenclatura náutica.

—Tú siempre con tus palabrejas. Ya sé lo que es un tambucho. No solo sirve para tu barco, pero hay gente que se apellida con nombres de cosas o lugares. No sé... Mesa, Puerta, Castillo... —se quejó Ramiro—. Agustín Tambucho, por ejemplo.

—Esto no está ocurriendo —dijo Tim con la mirada fija en el dichoso tambucho.

—Está bien —continuó Ramiro con voz tranquilizadora, acompañada del descenso de ambas manos con las palmas hacia abajo—. Calmémonos. Ha sido un momento de confusión. Perdona, Tim. Lo que está claro es que en esa banqueta-cajón-tambucho hay un fiambre desconocido.

—¿Estáis tontos o qué? —dijo Marisol, quieta al fin—. Aquí hay un hombre muerto al que se nota que han torturado, y mucho, y el tiempo corre. Cada minuto que pasa es una sospecha más para la policía.

—Hay que deshacerse de él —dijo Ramiro, de vuelta al bando de su amigo.

—De eso nada —dijo Amelia—. Esto hay que denunciarlo o iremos a la cárcel.

—Entonces, Tim perderá el barco —dijo Ramiro.

—No tiene por qué ser así —dijo Amelia—. Tim es inocente. Eres inocente, ¿verdad? —preguntó hacia Tim.

—Os juro que no sé nada de este hombre. Por favor. ¿En serio pensáis que he podido ser yo? Y ¿soy tan inútil de dejarlo ahí metido, como si nada, y salir a navegar tan pancho con vosotros? ¡Venga ya! Si no me llegan a cancelar la reserva, ahora mismo el barco estaría lleno de gente.

—¿Habéis visto *Dexter*? —preguntó Marisol. Amelia la miró con la boca abierta.

—¿Qué es eso? —preguntó Ramiro.

—Una serie de televisión —contestó Amelia mientras negaba con la cabeza.

—Va de un analista forense que trabaja con la policía de Miami —explicó Marisol— y se carga a los malos sin que nadie se entere, los descuartiza y los echa al mar repartidos en bolsas.

—No me fastidies —dijo Ramiro—. Yo no soy capaz ni de limpiar pescado. No pienso trocear a nadie.

—Pues sin trocear —concluyó Marisol, agarrada a la tela de su camiseta—. Así entero.

—Conmigo no contéis —dijo Amelia—. Yo no quiero saber nada —continuó mientras sacudía las manos como el que quiere apartar un bicho—. Esto va en serio. Y el que juegue a las películas irá derechito a la cárcel. Sumad la edad de todos y ese es el tiempo que pasaréis entre rejas. Además —continuó—, Dexter se cargaba a los malos. ¿Cómo sabemos si este pobre hombre lo era? Igual lo está buscando su familia.

—No puedo avisar a la policía —suplicó Tim—. Estas cosas prenden como una cerilla y la llama se extiende imparable porque el morbo atrae y fulmina. Perdería mi reputación y con ella a los clientes. Y por otra parte, tengo un pasado repleto de deudas, ya lo sabéis, y esto caería sobre mí como un bloque de acero. Y... tengo antecedentes.

—¿Ya habías matado antes? —preguntó Ramiro.

—Tú estás chalado —le recriminó Tim—. Yo no he matado nunca. Ni antes ni ahora. Jamás. Os conté que pasé por una época muy complicada. Mendigaba lo que podía y si no conseguía lo suficiente para sobrevivir, robaba. Y una vez me pillaron y me detuvieron. Además, el barco está a nombre de Agnes. Yo no puedo tener nada a mi nombre. Esto la salpicaría y ella no pinta nada.

—¿Y nosotros sí? —preguntó Marisol.

—No, claro que no —dijo Tim—. Yo tampoco pinto nada en este asunto. Pero nosotros estamos aquí y eso nos implica por igual, en cierto modo. Es más, precisamente a ti, Marisol, no creo que te venga bien un escándalo de este tipo. Alguien que huyó y que se

cambió el nombre. Si esto salta como noticia, tu identidad quedará expuesta al público.

Marisol se mordió el labio y cerró los puños con fuerza.

—Pero ¿por qué lo habrán escondido ahí dentro? —preguntó Ramiro, otra vez en su papel detectivesco.

—No lo sé —dijo Tim con los ojos encharcados y la frente cubierta de gotitas de sudor—. Alguien habrá pensado que era un buen lugar para ocultarlo. ¡Qué sé yo! O simplemente lo han dejado aquí para cargarle el muerto a otro.

—Nunca mejor dicho —dijo Ramiro—. Está claro que este tiparraco no ha entrado él solito ahí por gusto. Y ¿cómo y cuándo lo habrán metido?

Tim miró a Amelia y alzó las cejas.

—Habrà sido durante esta noche pasada —dijo—. Amelia y yo dormimos juntos en su apartamento.

—Buena coartada —aplaudió Ramiro—. Inocente total, ¿lo veis?

—Por el olor, seguro que tenían pensado quemarlo —dijo Amelia sin poder escapar de su angustia—. No les daría tiempo.

—Ay, va, por favor —se quejó Marisol—. Tenemos que hacer algo. Lo que sea, pero algo.

20

Delito compartido

El mar seguía en calma, pero el oleaje de nervios era tan fuerte que incluso Tim se mareó.

—Descansemos un poco —propuso Ramiro—. Esperemos a que anochezca y decidimos.

—Hagamos una votación —sugirió Marisol.

—No —dijo Amelia—. No es necesario. Lo haremos, pero hay que tener una cosa bien clara: nunca jamás se lo contaremos a nadie. Nuestra libertad depende de nuestro silencio. Esta decisión marcará nuestras vidas. Y que conste que para vosotros resulta más fácil que para mí, porque en el pasado renunciasteis a vuestras familias y amistades, pero yo no. Yo tengo dos hijos, una hermana y un montón de gente con la que mantengo contacto. Mi vida, por muy lejos que me vaya, sigue sujeta a sus raíces.

—Será nuestro secreto —dijo Ramiro—. Y este es de los que unen para siempre. —Hizo una cruz con los dedos índice y la besó.

—Da igual. Olvidadlo —dijo Tim—. No saldría bien. Os agradezco la intención de ayuda, de verdad, pero no tengo material para llevar a cabo semejante barbaridad.

—Es cuestión de hundirlo —dijo Ramiro—. ¿No tienes plomos de buzo o algo así?

—No para mantenerlo sumergido en el fondo de manera permanente. Mi cinturón de lastre no es suficiente. Tarde o temprano flotará.

—Pues que flote —dijo Marisol—. Lo lanzamos y que se lo lleve el mar.

—Si lo encuentran, nos encontrarán —dijo Tim.

—¿A nosotros? ¿Por qué? —preguntó Amelia—. ¿Cómo van a relacionarnos con un muerto desconocido? No es nuestro.

—Preguntarán por todo el puerto. La policía sabe lo que hace —aclaró Tim—. Y seguro que encontrarían pruebas en el barco, o nuestras respuestas a sus preguntas nos delatarían. Y está prohibido lanzar muertos al mar.

—La poli está entrenada para sospechar —añadió Ramiro—. Tim tiene razón. Hay que hundirlo. Sin cuerpo no hay delito.

—Pero es que nosotros no lo hemos matado. No hemos hecho nada —dijo Marisol.

—Ya —contestó Ramiro—, pero ahora ha pasado a ser nuestro muerto y vamos a deshacernos de él y eso es delito.

—¿Y si le atamos el ancla? —propuso Marisol—. Después ya te comprarás otra.

—No —dijo Tim—. Precisamente te pillan por estas chorradas. El que bautizó el barco tuvo la brillante idea de grabar «Saudade» en ella. Si encuentran lo que no queremos que encuentren, esa palabra en el ancla los llevaría directos hasta mí.

Ramiro miró la hora.

—Tenemos tiempo —dijo, con el brío del que acaba de tener una gran idea—. Regresemos a puerto y hagamos dos grupos. Amelia y yo a la tienda de deportes esa gigante que hay a las afueras del pueblo, y Marisol y tú —dijo hacia Tim— en el barco, de guardia custodiando el paquete.

—¿Qué grupos? ¿De qué hablas? —preguntó Amelia.

—Tú conduces y yo te ayudo a cargar —dijo Ramiro—. Compraremos pesas de las gordas. Mancuernas de las que se venden sueltas. Una docena o más de diez kilos. Lo que haga falta. Eso servirá, ¿no? Y también una lona o un saco. No sé..., una funda resistente para guardar un cacharro de los que están tan de moda y que la gente usa para remar de pie. Algo tamaño humano.

—Servirá —dijo Tim con el ánimo recuperado.

—¿Cómo podéis pensar con esta frialdad? —preguntó Amelia.

—Trabajar de vigilante de seguridad te enseña a guardar las distancias y te agudiza el ingenio, te lo aseguro.

—Ya veo —dijo Marisol—. Y yo que siempre he pensado que ese trabajo tiene que ser de lo más aburrido...

—Para nada —dijo Ramiro—. Solo se aburre el que no tiene inventiva. ¡Venga! Pon rumbo a puerto, Tim. No podemos perder tiempo.

Nunca habían navegado a tantos nudos. La hora de ida se redujo a treinta minutos de vuelta, y la sensación de velocidad caló en sus cuerpos como una inyección de bravura.

Al llegar hicieron lo dicho y se separaron en dos grupos. Ramiro le ordenó a Casi que se quedara en el barco y el perro obedeció.

El par de horas que ocuparon las misiones de compra y guardia hicieron que cada uno de ellos asumiera su grado de implicación en todo aquello y, curiosamente, en lugar de hacerlos recapacitar para arrepentirse de semejante decisión delictiva, los armó de un coraje asombroso y asumieron que su aporte personal sería lo que salvaría el pellejo de los demás. Meterse en el papel que el azar les repartió aquel día, flotando en mitad del mar, hizo que su actitud y el rumbo de sus vidas cambiaran por completo.

—Lo tenemos —dijo Ramiro al regresar al amarre—. Hemos comprado también un carrito para transportar las pesas. Nos hemos separado dentro de la tienda para que no nos relacionen. Yo me he encargado de las mancuernas y del carrito y ella de la funda. Después hemos parado en el gran bazar a por unas bridas de las más largas y un paquete de guantes de látex. Habrá que arreglar cuentas con Amelia.

—No hace falta —dijo ella—. Y para tranquilidad del personal, se ha pagado todo en efectivo para que no quede ningún nombre registrado en las tiendas.

—Esperamos a que anochezca y actuamos —dijo Ramiro.

—Uf, madre mía —dijo Marisol mientras se abanicaba con las manos—. Debo de tener la adrenalina por las nubes. Me río yo de los sofocos de la menopausia. A ver con qué cara voy mañana a trabajar.

Las horas se deslizaron como pinceladas de barniz sobre madera; arrastradas con la suavidad de una brocha gorda.

Amelia no apartaba la vista de Tim. Apremiar su preocupación la llenaba de ternura, mientras que la sensación de peligro estimulaba en su interior una excitación desconocida. Se preguntó si sería capaz

de amarlo y desechó cualquier posible respuesta por miedo a descubrir que ya había empezado a hacerlo.

De vez en cuando alguno de ellos soltaba un comentario.

—Hay algo que no me cuadra —dijo Tim—. Parece un trabajo profesional. Tal y como está el cuerpo tuvieron que ensuciar la cubierta al meterlo y, sin embargo, no había rastro alguno. Todo impecable. No había ni una sola mancha que delatara lo ocurrido.

—El olor —dijo Amelia.

—Solo el olor —confirmó Tim—. Y alguien profesional tiene que saber que este barco está operativo. Que tarde o temprano el patrón encontrará el cuerpo y lo denunciará.

—O no —dijo Amelia—. Tú no vas a denunciarlo.

—Pero ellos no lo saben —dijo él.

—¿Cómo sabes que son ellos y no ellas? —preguntó Marisol.

—Eso da igual. Y mejor no saberlo —dijo Ramiro—. Si fuese un fardo de coca regresarían a buscarlo, pero a este desgraciado lo han abandonado aquí para que se pudra.

—Y si pensaban quemarlo una vez aquí metido y que con ello ardiera el barco, ¿para qué limpiarlo todo? —preguntó Amelia.

—Por eso digo que algo no me cuadra —respondió Tim.

El sol se escondió y la conciencia se vistió con ropa de camuflaje.

—Dame las llaves del coche —le dijo Ramiro a Amelia—. Vamos, Tim. Ellas que se queden aquí con Casi.

Desde la embarcación se veía el coche y ambas observaron cómo cargaban los paquetes de mancuernas en el carrito junto con la funda protectora de una tabla de *paddle surf*. Todo en bolsas para que no se viera el contenido.

Subieron al Saudade y actuaron con disimulo. Como si aquello formase parte de una excursión organizada. Como si los bultos que transportaban no pesaran y fueran otra cosa. No querían levantar sospechas. Hubo sonrisas fingidas, saludos a los vecinos y comentarios tan alegres como falsos.

Tim arrancó los motores. Ramiro ayudó a soltar amarras y después, una vez abandonaron el puerto, subió las defensas como si nada y se agruparon los cuatro en el puesto de mandos. El perro se quedó en guardia junto al tambucho.

—No pararé hasta llegar al lugar perfecto —dijo Tim en dirección a la negrura más absoluta.

Tras dos horas de navegación mar adentro, Tim consultó los datos del Navionics, que le ofrecía información veraz y actualizada. Apagó motores.

El mar se despertó de su letargo y las olas acunaron el barco con manos traviesas.

—¿Aquí? —preguntó Amelia.

—Hay más de setecientos metros de profundidad —dijo Tim, señalando un punto en la carta de navegación.

—¿Y ahora qué? —dijo Marisol.

Tim agarró los prismáticos de visión nocturna y observó a su alrededor para asegurarse de que estaban solos.

—Despejado —dijo.

—Hay que sacarlo del tambucho —dijo Ramiro—. Le ataremos las pesas al cuerpo con bridas, lo meteremos dentro de la funda y le daremos otro repaso con más bridas, para que quede apretado. Hay que reforzarlo bien. Después lo lanzaremos al mar y haremos un esfuerzo para olvidarlo.

21

Hombre al agua

Fue un desastre. El muerto se había quedado encajado y no había manera de sacarlo de allí. Tim encendió la luz del interior de la cabina pensando que al restar oscuridad se manejarían mejor.

—Está fatal —dijo Amelia muy afectada—. Vaya paliza le dieron. Qué horror...

—Tendrá unos cuarenta años —dijo Marisol—. Y debe de ser extranjero. Nórdico.

—¿Cómo puedes saberlo si tiene la cara hecha polvo? —preguntó Tim.

—Por la piel del cuello y de los brazos —respondió ella—. Y nórdico por las cejas tan claras y el cabello largo y rubio. No parece teñido por la longitud de las canas. Tiene pocas y apenas se distinguen, pero tiene —dijo mientras lo enfocaba con la linterna del móvil.

—Lo que sí tiene es un tatuaje, ¿lo habéis visto? —añadió Ramiro señalándose a sí mismo la zona del antebrazo donde el muerto lucía el dibujo—. Es un insecto raro. Y lleva el pelo recogido en una coleta y un pendiente. Parece un matón. No sé si nórdico, sureño o centrocampista, pero un matón de manual.

—Hoy en día todo el mundo se tatúa, no me seas carca —dijo Tim—. Eso no hace buena o mala a la gente. Ni el peinado, ni la ropa ni los pendientes en cualquier parte.

—A mí no me acaba de convencer —dijo Ramiro.

—Dejaos de charleta y pensemos en cómo sacarlo de ahí —los riñó Amelia.

—A malas, tiramos de sierra y agrandamos el hueco —propuso Ramiro.

—Ni hablar —dijo Tim—. Si ha entrado, tiene que salir.

Entre los cuatro lo manipularon decenas de veces, con tres capas de guantes de látex cada uno, hasta que lograron sacar el cuerpo del dichoso tambucho. El balanceo, el trajín, el olor a gasolina y las múltiples heridas que presentaba el desconocido los hicieron sudar y sentir náuseas. Aguantaron. Por suerte, no era un hombre corpulento. Vestía unos vaqueros, una camiseta negra de manga corta con cuello redondo y unas deportivas de marca.

Lo dejaron tumbado en la cubierta y se quedaron quietos y callados a su alrededor. Después, Ramiro buscó en los bolsillos del difunto cualquier tipo de documentación que pudiese identificarlo. Nada. Ni dinero, llaves, tarjetas, móvil... No encontraron nada. No llevaba alianza ni ninguna otra joya aparte del pendiente en el lóbulo izquierdo. Un brillante cuadrado de un tamaño considerable. Si era auténtico o no les resultó indiferente.

—¿Quién será? —preguntó Marisol.

—Fuera quien fuera, ha dejado de serlo —dijo Ramiro—. Se han cebado con él. A saber qué información guardaría que le costó la vida.

—Está muy muerto —dijo Amelia y le dio un toquecito con el pie de manera inconsciente.

—Muerto y punto —dijo Tim—. Uno puede estar vivo, muy vivo o sin ganas de vivir, pero cuando te mueres pasas a estar muerto. No hay grados de muerte.

—Sí las hay —dijo Amelia—. No es lo mismo un muerto reciente que uno de tres días u otro de cien años. Este está un poco verde, ¿lo veis? —Marisol le enfocó el rostro y asintió—, y ya no tiene *rigor mortis*. Llevará más de un día muerto.

—Pues con este calor... —dijo Marisol—. Si te llegas a marchar unos días de vacaciones se habría liado una buena en tu barco.

—Un día o diez minutos; da igual —siguió Tim—. La muerte es muerte. No hay vuelta atrás.

—Cuando acabéis de jugar al CSI, me avisáis y continuamos —dijo Ramiro.

Ya no discutieron más sobre vivos ni muertos y se centraron en la tarea de atar mancuernas al cuerpo inerte de aquel hombre.

—¡Listo! —exclamó Ramiro, satisfecho con el resultado—. Ahora, hay que meterlo en el saco. —Abrieron la bolsa junto al cadáver y voltearon el cuerpo, despacio y con esfuerzo, para colocarlo dentro. El ancho era perfecto, pero le sobraba longitud. Cerraron bien la cremallera, doblaron la parte sobrante hacia arriba y después comprimieron el bulto con cinturones improvisados hechos con bridas.

—¿En el mar hay cámaras? —preguntó Marisol.

—En alta mar, no —respondió Tim—. Aunque no te extrañe que pronto haya drones patrullando de manera estratégica, capaces de captar imágenes desde cualquier parte.

—Por suerte aún no y aquí no hay nadie —dijo Amelia—. Hagámoslo ya, por favor. Quiero acabar con esto de una vez.

No hubo manera de levantarlo.

—Nos hemos pasado tres pueblos con el peso —dijo Marisol.

—Va, no os quejéis tanto —dijo Ramiro para animarlos—. Entre todos podemos. Venga, si han sido tres pueblos, pues a la de tres.

Imposible. Aquello pesaba más que un piano de cola y tampoco tenían demasiado espacio para maniobrar.

—Lo arrastraremos hasta la plataforma de baño de popa y lo haremos rodar para que caiga solo —dijo Tim.

Abrió la puertecita que daba acceso a dicha zona, apagó la luz que había encendido antes y entre los cuatro lo arrastraron y empujaron hasta el borde.

—¿Unas palabras? —preguntó Ramiro mientras recuperaba el aliento.

—Igual no era religioso —dijo Marisol—. ¿Qué decimos? ¿Rezamos?

—No sé —dijo Ramiro. Se puso tieso y carraspeó—. Descansa en paz —dijo con voz solemne.

—Amén —dijo Amelia. Y se santiguó.

Bastó un último empujón a ocho manos para hacerlo rodar y que cayera al agua: «Paf». El cuerpo se inclinó por el lugar donde había más peso y se hundió con bastante rapidez.

El mar lo engulló y volvió a quedar negro como el cielo de aquella noche. Causaba pavor. Y eso que el verano temple los miedos a su

inmensidad. Una caída al agua en invierno puede acabar en desastre, mientras que en julio podría ser motivo de risa y convertirse en una anécdota a la que recurrir en momentos de añoranza, pero en aquel instante no. Entonces habría dado pánico, y mucho. En aquel momento habría significado caer al pozo infinito del luto, donde deben yacer incontables muertos troceados y enteros.

Regresaron a puerto en silencio. Estaba hecho. Compartían la culpabilidad de un delito amarrado a un secreto. Los bichos del remordimiento regresaron al rincón donde suelen anidar y depositaron ahí un montón de huevos.

Para Amelia, aquella sensación de culpa olía a cueva. A sombra húmeda rodeada de paredes rugosas. Y no le quedó otro remedio que adentrarse en ella, con el fin de descubrir si en algún punto de la oscuridad aparecería un destello al que poder dirigirse para salvar su conciencia.

22

Escondidita como siempre

—¿Te quedas? —le preguntó Tim a Amelia al finalizar el atraque.

—Esta noche no, lo siento —dijo ella.

—¿Quieres que me quede yo? —preguntó Ramiro.

—No, tranquilo —se rio Tim.

—No deberías pasar la noche aquí tú solo —dijo Marisol.

—Claudicar por miedo te convierte en esclavo de tu futuro —dijo Tim—. No voy a abandonar el barco. Es mi hogar.

El grupo se separó y cada uno se dirigió con pesadez hacia su cama, incluido Casi, que, al llegar a casa, arrastró su colchoneta hasta colocarla a los pies de Ramiro.

Amelia, al final, entre el miedo, la angustia y la culpa, sin ser capaz de calibrar el grado de ninguna de las tres cosas, se derrumbó sobre las sábanas vestida y sin desmaquillar, como solía hacer de joven al regresar de una buena juerga, solo que aquella noche no hubo ni rastro de fiesta.

Al día siguiente, Marisol llamó al trabajo para informar de que estaba indispuesta. No se sintió con ánimos de tocar a nadie. Cualquier contacto con otra piel la habría derrumbado. Después, llamó a Amelia para saber cómo se encontraba y le comentó que no iría a trabajar.

Al rato, Amelia se presentó en el apartamento de su amiga y le sorprendió encontrar la puerta abierta.

—Pasa, pasa —dijo Marisol. Amelia entró y cerró la puerta—. Pensaba que serías Ramiro; acaba de decirme que ahora baja. El pobre no ha pegado ojo en toda la noche.

—Ni él ni nadie —dijo Amelia—. Esto es horrible. No me lo saco de la cabeza. ¿Y si su familia lo está buscando?

—No sabemos quién era. No tenemos ni un nombre para poder dar parte de su desaparición. Seguro que fue un ajuste de cuentas.

—Pero no nos tocaba a nosotros darle ese final, ¿no crees?

—Estas cosas no se eligen. Ocurren sin más.

—A la gente corriente, no.

—Pues será que somos especiales —dijo Marisol para zanjar ahí la conversación. Entró al baño y Amelia se quedó plantada en el salón, agarrotada como el día que se conocieron. Sin saber si sentarse o permanecer de pie para poder huir si hiciera falta.

Sonó el timbre de la puerta y Amelia abrió convencida de que se iba a encontrar con un Ramiro ojeroso y taciturno, pero en su lugar había un hombre serio, de cabello castaño y muy rizado, con gafas de sol y bigote, vestido con un chándal negro. Llevaba guantes y una mochila del mismo color que el chándal.

Se miraron unos segundos sin decir nada. El hombre la empujó hacia dentro y la hizo recular asustada. Después pegó una patada hacia atrás para cerrar la puerta y le propinó otro empujón a Amelia. Y otro, y otro más.

—¿Dónde está? —preguntó el desconocido.

—¿Quién? —dijo Amelia, aterrorizada. Enseguida pensó en el muerto.

—¿Quién, quién? —repitió él, con guasa—. No me digas que ahora se ha vuelto bollera —continuó. La agarró por el cuello y apretó fuerte. Amelia se aferró a las manos que la asfixiaban. Los guantes olían a sudor avinagrado y sintió que su cuerpo se apagaba.

Marisol salió del baño, distraída con la cremallera del pantalón, y se quedó parada al alzar la vista. El hombre soltó el cuello de Amelia y la estampó con fuerza contra la pared. Amelia se golpeó en la cabeza y cayó al suelo, inconsciente. Él se giró hacia Marisol y sonrió. Se arrancó el cabello, que resultó ser una peluca, y dejó su calvicie al descubierto. Lanzó las gafas a un lado y se quitó el bigote de un tirón seco.

—¡Sorpresa! —exclamó.

—Sancho... —murmuró Marisol. Sintió que algo se estropeaba en su interior. Como si la sangre se le hubiese cortado igual que se corta una mayonesa mal hecha.

—Putade mierda —dijo él—. Me ha costado tres malditos años encontrarte. No tienes ni idea del dinero que he perdido buscándote.

Y me lo vas a devolver. Vaya que sí. Ya te lo digo yo. Y no será con monedas.

—Vete —susurró Marisol, alzando las manos en dirección a él para que no avanzara más. El miedo se adueñó del volumen de su voz y, por más que lo intentaba, no lograba gritar—. Lo nuestro se acabó —murmuró de manera casi inaudible—. Te lo dejé bien claro.

Le temblaba la boca y el terror perdido regresó con fuerza para delatar sin clemencia su fragilidad. Trepó veloz por sus piernas y quedó arremolinado en su estómago arrugándola por dentro, como si estuviese hecha de papel. Sancho se echó a reír.

—Llevo cuatro días en este pueblo. Observándote. Tardé horas en llegar hasta aquí, porque vine de pueblo en pueblo en autocar. Yo. Metido en un autocar. ¿Te lo puedes creer? Malgastando mis vacaciones. Bueno, quizá no sea malgastar. Si todo sale bien habrá sido una inversión. Porque las cosas hay que hacerlas con cabeza, ¿verdad? No quiero que mi coche salga en una grabación de alguna cámara de este sitio asqueroso. No quiero que nada me relacione contigo. Ni con tu amiga rarita —dijo con el pulgar señalando hacia atrás. Hacia una Amelia que parecía un maniquí roto, viejo y descolorido—. Esto me va a complicar un pelín la cosa. —Hizo crujir los dedos de ambas manos con lentitud. Primero una, después la otra; del derecho y del revés.

—Voy a llamar a la policía —amenazó Marisol—. Te avisé de que si volvía a verte te denunciaría. —Se giró para localizar el móvil. Lo vio sobre la mesita de mármol que tenía detrás e hizo el intento de alcanzarlo, pero Sancho fue más rápido y la detuvo agarrándola con violencia.

—Aquí nadie llama a nadie —le dijo pegado a su boca. Escupiendo odio y saliva.

Amelia se revolvió un poco sin recuperar del todo la consciencia.

—Dime, Claudia —dijo Sancho—. ¡Uy, no!, que ahora la señora se hace llamar Marisol... Dime, Marisol, ¿por qué tuviste que arruinar mi vida de esa manera? —le preguntó mientras le retorció el brazo por detrás de la espalda—. ¿Tú sabes la vergüenza que me has hecho pasar dando explicaciones? Con lo bien que estábamos los dos...

—Me haces daño —lloró Marisol, presa del pánico.

—¡Que te calles! —gritó Sancho—. Suerte de las redes sociales. Bendito invento. La inútil que limpia en la fábrica sigue a todas estas mamarrachas que tanto triunfan. Con los morritos así y asá. Con esos trapitos diminutos que me llevan, enseñándolo todo. Y luego se quejan de que pasa lo que pasa y nosotros somos los culpables..., claaaro. El hombre es malo y la mujer una santa. Pues mira tú por dónde —continuó, cada vez más pegado a ella—, hace unos días, nos enseñó a la fulanita de tal que se hizo un tratamiento estrella en un centro de estética de lujo. En un pueblucho que nadie conoce. Y ¿quién sale en la foto junto a la famosa de turno? —La presión que ejerció sobre el brazo de Marisol hizo que a ella se le doblaran las piernas—. ¡Tú! Hay que joderse... Al fondo, escondidita como siempre —dijo apretando los dientes.

—No pienso volver —dijo Marisol con la voz entrecortada. Las lágrimas le caían empujadas por el exceso de miedo que ya no le cabía dentro. Espesas como el cemento; de esa lava gris que acaba convertida en piedra.

—Nadie te ha pedido que vuelvas —dijo él—. Solo he venido a cobrar lo que se me debe. No sé qué porquería de horario haces en ese salón de belleza, pero me he pasado horas haciendo guardia. Del salón a este apartamento roñoso, de aquí al puerto..., horas y horas en el dichoso puerto. Hasta las tantas. Y tú con la rarita, un perro, un viejo y un *hippie*. ¿Qué hacías tanto rato? ¡¿Eh?! —La sacudió con fuerza.

—Amelia no es rara, Ramiro no es viejo y Tim no es *hippie* —contestó Marisol con rabia.

Amelia volvió en sí y logró levantarse medio aturdida. Al ver a Marisol en apuros no se lo pensó ni un segundo: cogió el impulso de un toro enfurecido y se abalanzó sobre Sancho con los ojos cerrados. Cayeron los tres en bloque y, de camino al suelo, hubo una breve sacudida; fue una milésima de segundo. Un golpe de refilón contra la mesita de mármol acompañado de un crujido seco que desvió su trayectoria. Después se hizo el silencio. Ninguno se movió.

—Amelia —logró susurrar Marisol pasados unos segundos—. No... puedo... respirar.

Amelia rodó hacia la izquierda y se levantó como pudo. Vio que aquel hombre permanecía tumbado, inmóvil, sobre Marisol. Entre las dos le dieron la vuelta para apartarlo y Marisol se incorporó encorvada, como si el terror sufrido le hubiese encogido los músculos de la espalda. Él se quedó bocarriba con los ojos cerrados. Tuvo una especie de espasmo, entreabrió los ojos, soltó un bufido que sonó a muerte y su cabeza cayó vencida hacia un lado. Lo observaron durante unos segundos sin decir nada. Después, Marisol miró a su amiga.

—No ha sido culpa tuya —le dijo al ver su cara de espanto.

—¿Se ha muerto?

—Escúchame, Amelia —insistió Marisol—. Pase lo que pase, yo me hago responsable, ¿entendido? —Y se puso bien derecha al recuperar la valentía.

—¿Y el otro? —preguntó Amelia, presa de un temblor incontrolable. Incapaz de girarse por si había alguien detrás.

—¿Qué otro?

—El del pelo rizado —dijo Amelia sin poder apartar la vista del calvo.

—Es el mismo. Llevaba peluca. Es Sancho, Amelia. El desgraciado de Sancho.

Amelia abrió la boca y miró a Marisol como si acabara de descubrir la entrada al infierno.

—¿Se puede? —preguntó Ramiro desde el recibidor. La puerta no había cerrado bien con la cox de Sancho y Ramiro avanzó hasta el salón con la tranquilidad del que presupone que tiene permiso para hacerlo—. ¿Qué ha pasado? —preguntó al toparse con aquella escena espeluznante. Y empezó a desvariar—: ¿Están dejando un cuerpo en cada casa? ¿Por qué? ¿Quién? Virgen Santa. —Se llevó las manos a la cabeza—. ¿Qué conexión habrá entre nosotros que quieren torturarnos de esta manera? Primero en el barco de Tim, hoy aquí, mañana tocará en mi casa y pasado dejarán otro regalito en la tuya —dijo en dirección a Amelia.

—No —dijo Marisol.

—¿Crees que será el revés? —preguntó Ramiro, confuso—. ¿Primero en la de Amelia y después en la mía? ¿Cómo lo sabes?

—Que no —insistió Marisol.

—¿En las dos casas a la vez? —Ramiro sintió un mareo—. Eso rompería el patrón.

—¡Basta, Ramiro! —gritó Marisol, alterada—. No inventes tanto. Es Sancho.

—¿Sancho? ¿Qué Sancho? ¿A este sí lo conocemos?

—Lo conozco yo. Tú no. Ni Amelia. Es mi marido.

—No me digas —dijo alucinado. Aquella información tan precisa pausó su acelerón—. ¿Este es el perturbado que te hacía la vida imposible? —preguntó más calmado.

—Sí —respondió Marisol.

Lo observó unos instantes en silencio. Después, se acercó cauteloso.

—Está muerto —dijo.

—Eso creemos —dijo Marisol—. No le hemos comprobado el pulso, pero esa mirada perdida y esa quietud tan quieta...

—Y ¿qué hace aquí? ¿Os lo habéis encontrado así?

—No —respondió Amelia—. Lo he matado yo.

—Ha sido un empujón en defensa propia —aclaró Marisol—. Ella no ha matado a nadie. Él solito se ha golpeado al caer.

—Entiendo —dijo Ramiro sin que la confesión le causara impacto—. Pues lo veo poquita cosa. —Ladeó la cabeza para verlo desde otro ángulo—. Tú pareces más alta.

—Según él, me saca un par de centímetros, pero yo creo que somos iguales.

—Erais —corrigió Amelia con las manos ceñidas al cuello, sostenida a su disgusto. Le sorprendía que Marisol estuviera tan tranquila, pero no había reparado en que, en aquel preciso instante, se habían roto las cadenas que amarraban a su amiga a una condena injusta. Aquel empujón había liberado a Marisol, que, sin ser consciente de ello, había empezado a florecer.

—Yo te veo más alta a ti —siguió Ramiro. Yendo y viniendo con la mirada de Marisol a Sancho y de Sancho a Marisol.

—Eso es porque vosotros me habéis conocido con tacones y casi libre. Sancho me tenía prohibido usar tacón alto y la libertad te añade un par de centímetros. Bueno, más bien la no libertad te

encoge, y ahora voy bien recta y mido lo que soy: una mujer de metro sesenta y dos.

—¿De verdad estamos hablando de altura a estas alturas? —se quejó Amelia.

—Tienes razón —dijo Ramiro—. Dejémonos de chorradas. ¿Qué hace aquí, cómo te ha encontrado y qué ha pasado?

—Hay que llamar a la policía —dijo Amelia con la emoción de un autómata.

—De eso nada —dijo Marisol—. Al menos de momento. Sentémonos y pensemos.

—¿Otra vez? —preguntó Amelia.

—Las prisas son traicioneras —dijo Ramiro—. Contadme.

Le narraron con detalle lo ocurrido; desde la llamada a la puerta hasta la embestida de Amelia contra Sancho.

—Se habrá golpeado contra la mesita en un punto clave —explicó Amelia— y...

—Nos iba a matar —la interrumpió Marisol—. Eso está claro.

—Matar matar..., no creo —dijo Amelia—, pero se notaba que no traía buenas intenciones. A mí me estranguló un buen rato y después me estampó contra la pared. Fue horrible. Este hombre da mucho miedo. No sé cómo pudiste sobrevivir tanto tiempo a su lado.

—Tú lo has dicho —dijo Marisol—. Por miedo.

—Pues eso se acabó —dijo Ramiro—. Punto final.

23

Una idea de muerte

—Me pudriré en la cárcel —dijo Amelia.

—Que no, que ha sido en defensa propia —insistió Marisol.

—Exacto —dijo Ramiro—. Has hecho lo que había que hacer.

—Eso da igual —continuó Amelia, sumida en un dolor que la abarcaba entera.

—No da igual —dijo Marisol—. Nos has salvado a las dos.

Marisol abrazó a Amelia y lloraron como llora un recién nacido. Como solo lloran los inocentes.

—Lo tiraremos al mar como hicimos con el otro muerto —concluyó Ramiro.

El llanto quedó interrumpido. Ambas se giraron y lo miraron como si acabaran de entrar los tres en un ascensor y el último, tras el cierre de puertas, soltara una traca de gases sin miramientos. Algo totalmente inesperado y fuera de lugar.

—¡Buena idea! —exclamó Marisol después de procesar la información.

—¿Estamos locos? —dijo Amelia.

—Salió bien —dijo Ramiro—. Es cuestión de repetir los mismos pasos.

—Pero ¿qué pasos? —dijo Amelia—. El otro muerto ya estaba muerto y estaba en el barco. Fue esperar a que oscureciera y echarlo por la borda. Este estaba vivo y, aunque ahora ya no lo está, está aquí, en tu casa —dijo hacia Marisol—, y ya me diréis a mí cómo narices lo llevamos hasta el barco sin que nadie sospeche.

—Podemos fingir que está borracho —propuso Marisol— y lo llevamos entre dos, con unas risas y tal...

—Sí, hombre —dijo Amelia—. Así segurísimo que pasamos desapercibidos y cuando alguien denuncie su desaparición y lo

busquen y salga su foto por la tele, todos los dedos apuntarán en la misma dirección. Anda que...

—Amelia tiene razón —dijo Ramiro—. La discreción es esencial y eso llamaría la atención. —Se quedó pensativo—. ¡Lo tengo! Lo trasladaremos hasta el puerto metido en mi baúl. Algo bueno tenía que tener este malnacido y es el hecho de ser menudo. Dobladito cabrá.

—Necesito morirme ahora —susurró Amelia.

—No más muertes, por favor —dijo Ramiro—. Eso sí —añadió—, hay que doblarlo ya. Si le coge el *rigor mortis* ese de los fiambres, no habrá cómo meterlo ahí dentro. Hay que darle forma ahora que está blandito para que quepa bien.

—Vale —dijo Marisol, centrada en su papel colaborador.

—Yo lo metería en la bañera —sugirió Ramiro—. Nos servirá de molde. Allí será más fácil recogerlo sobre sí mismo en posición fetal.

Amelia temblaba bajo una alarmante palidez.

—¿En qué nos hemos convertido? —preguntó.

—En supervivientes —aclaró Ramiro—. Venga, ayudadme.

Lo levantaron entre los tres. Amelia recordó el día que conocieron a Ramiro y le ayudaron a cargar con el baúl escaleras arriba. Ahora tocaría hacerlo escaleras abajo.

Le quitaron la mochila a Sancho y lo dejaron en la bañera bien encogido.

—Hay que vaciarle los bolsillos —dijo Ramiro.

Encontraron una cartera, un manojo de llaves y un móvil. En la mochila había otra peluca de hombre, morena y lacia, una barba postiza del mismo tono, unas gafas de sol muy oscuras, una gorra negra con visera, una camiseta blanca, un pantalón corto azul, varios frascos con un líquido transparente, tres jeringas, varias agujas huecas cortadas a bisel, cinta americana, bridas, un cúter, guantes de látex, unos cuantos trapos, una botella de agua fuerte y otra de lejía.

Marisol se tapó la boca y negó en silencio.

—El tío lo tenía todo previsto —dijo Ramiro.

—Sí que iba a matarte —dijo Amelia—. ¿Por qué? ¿Cómo puede haber gente así en el mundo?

—Chicas —dijo Ramiro para aligerar el asunto—, hay que ir a por el baúl. Después ya nos preguntaremos lo que haga falta.

Guardaron las pertenencias de Sancho dentro de su mochila. Ramiro dijo saber cómo deshacerse de todo sin problema. Subieron al tercero primera los tres pegados. Amelia y Marisol agarradas a la camisa de Ramiro. Al abrir la puerta, Casi los recibió con alegría, pero fue ignorado.

—¿Llamo a Tim para avisarlo? —preguntó Amelia.

—Sí. No —respondió Ramiro—. Llámalo y dile que vamos para allá, pero no le cuentes nada de lo ocurrido. Por teléfono, no. Hoy en día las conversaciones quedan colgando en el cielo.

—En la nube —corrigió Marisol.

—No contesta —dijo Amelia con el móvil en la mano.

—No importa —contestó Ramiro—. Hacemos lo que hemos dicho y cuando lleguemos al barco ya lo pondremos al día. Mejor así. No podrá negarse —dijo con un guiño.

Regresaron al segundo primera con el baúl y lo dejaron en el salón. Marisol se sentó sobre él. El perro salió disparado hacia el baño y empezó a ladrar con desespero. Ramiro lo calmó.

—¿No sería mejor hacerlo de noche? —preguntó Amelia.

—Parecería sospechoso —dijo Ramiro—. Cargar un baúl en un coche de noche... Mejor actuar a plena luz del día. Sin nada que esconder. Lo feo estará dentro.

—Al lío —dijo Marisol y se levantó con energía.

Trasladaron a Sancho de la bañera al baúl como quien pasa a un enfermo de la cama a una silla de ruedas. Cupo justito, pero entró.

Antes de bajar a la calle, limpiaron bien la escena del crimen. El atuendo de Sancho les ahorró mucho trabajo, pero, a pesar de que el intruso llevaba guantes, limpiaron el suelo, la mesita de mármol, la bañera y la puerta de la entrada. Por suerte, el golpe mortal no causó herida abierta y no hubo sangre, y como era calvo no hubo que preocuparse por el posible hallazgo de algún pelo traicionero que revelase su ADN.

Amelia se fue a buscar el coche y aparcó en doble fila frente al portal de sus cómplices. Dejó puestas las luces de emergencia y subió a casa de Marisol a una velocidad inusitada. Entre los tres

bajaron el baúl, que se les escurrió en un tramo entre el segundo y el primer piso y se estrelló contra la puerta de una vecina, que por suerte no estaba en casa. A cada giro, el baúl golpeaba y arañaba las paredes de la escalera sin clemencia, dejando cicatrices en el yeso que, aunque alguien decidiera taparlas algún día, nunca llegarían a desaparecer del todo, porque ese tipo de marcas van ligadas a una emoción tan fuerte que, aunque no se vean, se sienten.

Al final, con mucho esfuerzo y con la ayuda de un repartidor de cerveza, que había aparcado justo detrás del coche de Amelia para servir un pedido en el bar de la esquina, lograron cargarlo en el maletero.

—Son libros de segunda mano para vender al peso —le explicó Ramiro al chaval.

—Pues os sacaréis una buena pasta —bromeó el chico.

Los nervios se acrecentaron de camino al puerto. Dentro del coche regresó el olor a cueva. A culpa maciza. Amelia condujo erguida, seria y concentrada en llegar sin tener ningún percance. Como si aquellos metros que debía recorrer fuesen una carrera de obstáculos para lograr un premio. Y el premio estaba claro: si se deshacían de Sancho, Amelia mantendría su libertad y Marisol recuperaría del todo la suya. Libertad distinta, pero escrita con las mismas letras.

24

Cambio de planes

Amelia volvió a llamar a Tim antes de bajar del coche. No hubo respuesta.

—La pasarela está puesta —dijo Ramiro—. Se ve desde aquí. Tim tiene que estar. Si no está, siempre la deja elevada para que nadie pueda entrar.

—Me parece que ese gesto de precaución, visto lo visto, o, mejor dicho, encontrado lo encontrado, no sirve de mucho —dijo Amelia.

Dejaron el baúl en el maletero y se acercaron los tres hasta el Saudade. Casi se quedó algo rezagado olisqueando la zona. Ramiro subió a bordo. Ellas esperaron en el pantalán.

—¡Auxilio! —exclamó Ramiro con el rostro encendido.

Amelia le pegó un empujón a Marisol para abrirse paso y aterrizó en la cubierta de un salto, mientras que su amiga se cayó al agua sin decir ni mu.

Tim estaba en el suelo de la cabina, ensangrentado e inconsciente.

—¡Nooo! —gritó Amelia—. Tim..., por favor. —Empezó a llorar.

Casi ladraba desde fuera alertando de que Marisol necesitaba ayuda, pero Ramiro y Amelia estaban demasiado ocupados en reanimar a Tim como para prestarle atención.

Ramiro llenó un vaso de agua y la vertió de una sola vez sobre la cara de Tim. Este reaccionó y empezó a toser y a retorcerse y a quejarse de dolor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ramiro.

—Tim, por favor, por favor... —repetía Amelia sujeta a una mano del malherido.

Tim se incorporó como pudo y apoyó la espalda en la puerta del baño.

—Se equivocaron de barco —dijo—. Fue un puñetero error y volvieron a por el muerto llenos de rabia. —Tosió un par de veces y escupió restos de sangre sobre el dorso de su mano. Tenía un buen corte en el labio.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Quién? —preguntó Ramiro.

—No lo sé —contestó Tim con los ojos cerrados y apretados. Como si el sufrimiento pudiese remitir en la oscuridad que tenemos dentro.

El perro seguía ladrando con desesperación.

—Dile a Casi que se calle —dijo Amelia— o vendrá alguien para ver qué pasa.

Ramiro salió y vio que Casi estaba a punto de lanzarse al agua. Miró hacia donde él miraba y vio a Marisol chapoteando desesperada.

—¡Marisol! —exclamó Ramiro—. ¡Amelia, ayúdame!

Entre los dos lograron acercarla a la escalerita de popa con la ayuda del bichero y después tiraron de ella hasta subirla a bordo. Se quedaron los tres agotados y empapados sentados en el suelo de cubierta. Marisol miró hacia el interior del barco y vio a Tim, que la saludaba con mano lenta y pesada. El perro entró y empezó a lamer a Tim. Pocas muestras hay de amor tan puro como el lametón de un animal. Sanador física y emocionalmente.

Amelia repartió toallas, que ya sabía dónde estaban, y se acurrucaron junto a Tim con la intención de protegerse en grupo y calmar la ansiedad.

—Menos mal que el barco vecino no está —dijo Marisol—; de lo contrario me habría estampado como un pájaro contra un cristal.

—Lo siento —dijo Amelia, con la capacidad humana de soportar sustos al límite.

—Lo sé, tranquila —respondió Marisol—. La cosa tiene mandanga —dijo—: por poco me ahogo, pero yo agarrada al bolso. —Se rio y lo acarició como si se tratara de un gatito.

—Las mujeres y vuestros bolsos —dijo Ramiro con ternura—. Qué gran misterio.

—A ti tendría que verte un médico —le dijo Amelia a Tim.

—¿El doctor Finolis? —bromeó él—. Necesito unas bragas, por favor.

—¿Una bragas? —preguntó Ramiro— ¿Ves borroso? —continuó al pensar que desvariaba—. ¿Cuántos dedos hay aquí? —preguntó alzando una mano con dos dedos temblorosos.

—Estoy bien —dijo Tim—. Es una broma que tengo con Amelia. Fue más el pánico que sentí que otra cosa. No hay nada roto —dijo palpándose las costillas con lentitud.

—¿Qué pasó? —preguntó Marisol, tiritando sin control por los nervios.

—Era muy tarde —explicó él—. Yo ya estaba acostado, pero no podía dormir.

—Bienvenido al club —dijo Ramiro.

—Escuché un ruido y me levanté con miedo; no os voy a mentir. Vi un bulto trajinar por la popa. Era un hombre vestido de oscuro con un pasamontañas. Levantó el tambucho, lo dejó caer y maldijo en voz alta. Hizo un gesto hacia el pantalán, por lo que deduje que no estaba solo. Después se giró, miró hacia dentro y me vio. —Amelia se mordió el labio—. Pensé que iba a morir —continuó Tim—. Entró y me amenazó con una pistola. Se acercó hasta que el arma topó contra mi frente y me preguntó qué había hecho con el despojo.

—¿Lo llamó despojo? —preguntó Marisol. Tim asintió.

—Le expliqué que lo había lanzado al mar —siguió—. Y empezó a empujarme con violencia. Me dijo que tenía que devolvérselo. Gritaba e insultaba. Insistía en que necesitaba el cuerpo. Me atizó con la culata de la pistola y creo que me desmayé. Después vi sombras y sentí un dolor insoportable en la cabeza. El hombre seguía aquí. Sentado allí —dijo señalando una zona concreta del sofá que bordeaba la mesa—. Forcé la vista y pude ver que tenía el mismo tatuaje que el muerto. En el mismo lugar. No pude verle el rostro porque en ningún momento se quitó el pasamontañas, pero parecía joven. Os aseguro que esos ojos no se me van a olvidar en la vida. Eran de color odio.

—Deben de formar parte de una banda criminal organizada —advirtió Ramiro.

—¿Cómo hemos podido ser tan ingenuos al pensar que uno puede deshacerse de un muerto sin que haya consecuencias? —preguntó Amelia.

—Me dijo que esta noche —continuó Tim; se estiró un poco y gimió de dolor—vendrá a buscarlo y que, si no está, él mismo se encargará de que yo ocupe su lugar.

—Pues lo pescamos y se lo devolvemos —dijo Marisol—. Y así nos libramos nosotros de haber hecho algo que no debíamos.

—¿Cómo lo vamos a pescar? —se rio Tim.

—¿Guardaste las coordenadas? —preguntó Ramiro.

—Eso da igual —respondió el griego—. No podemos recuperar algo tan pesado que está a más de setecientos metros de profundidad. ¿No os dais cuenta de que es imposible?

—Pues le pegamos el cambiazo y santas pascuas —dijo Ramiro.

—¿Qué cambiazo? —preguntó Tim.

—Un muerto por otro —siguió Ramiro. Tim lo miró aterrorizado.

—No colará —dijo Amelia—. Son muy distintos.

—Yo no quiero morir —dijo Tim.

—No, no, tranquilo. Tú no —dijo Ramiro—. Tenemos un muerto de repuesto.

Se atropellaron los tres al hablar para explicarle a Tim lo ocurrido en casa de Marisol. Tim cerró los ojos, se cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar.

—Ya es hora de llamar a la policía —dijo Amelia—. Esto no hay por dónde arreglarlo. Nosotros no podemos arreglarlo.

—Si entra en juego la policía, habrá más muertes —dijo Tim—. Ese desgraciado me lo dejó bien claro.

—Y, además —añadió Marisol—, ¿cómo explicaríamos lo de Sancho acurrucado dentro de un baúl y el hecho de habernos deshecho de un cadáver que no era nuestro y que no podemos devolver?

—No queda otra que seguir adelante —dijo Ramiro—. Cuesta entender que el tipo se largara y te diera una oportunidad, pero lo hizo, y hay que aprovecharla.

—No me mató porque creyó que el muerto es recuperable. Que lo tenía localizado y se lo podía devolver. No se me ocurrió otra cosa; necesitaba ganar tiempo.

—Eso es tener sangre fría —aplaudió Ramiro—. Sí, señor. Menudo farol que te has marcado. Y ¿qué me dices de la suerte que has tenido ahora con el regalito que te traemos, eh?

—Pero ¿cómo sabes que se equivocaron de barco? —preguntó Amelia con la intención de entender algo de todo aquello.

—El hombre hablaba y hablaba..., despotricaba y lanzaba insultos —dijo Tim—. Decía: «¡Sandrine! ¡Es el Sandrine!».

—¿Qué significa eso? —preguntó Ramiro.

—El Sandrine es otro barco. Uno que está en la misma posición que el mío, pero dos pantalanés más hacia el faro. Es parecido a este, aunque está hecho polvo. No sé si estará abandonado, la verdad. Nunca sale a la mar.

—Y ¿por qué quiere el cuerpo? —preguntó Amelia—. En realidad hemos hecho el trabajo feo. Debería estar agradecido.

—No lo sé —dijo Tim—. Será la prueba de algún encargo. Lo quiere y punto.

—Pues lo dicho —dijo Ramiro—: un muerto a cambio de otro. Solo hay que tunearlo. ¿De cuánto tiempo disponemos?

—Me dijo que volvería a la misma hora. Que esperaba encontrarlo donde debía estar y que más me valía no rondar por el puerto cuando él volviera. Que si había sorpresas, lo pagaría muy caro —dijo Tim—. Y me ofreció un adelanto.

—Y eso fue a las... —insistió Ramiro.

—Serían las tres de la madrugada —dijo Tim.

—Tenemos trece horas —dijo Marisol, después de consultar de reojo el reloj del microondas.

—¿Habéis comido? —preguntó Ramiro. Negaron los tres con un gesto—. Pues comemos algo y pensamos cómo organizarnos.

—Yo no tengo hambre —dijo Amelia.

—Nadie tiene —dijo Ramiro—, pero ¿cenasteis ayer? —Volvieron a negar en silencio—. ¿Habéis desayunado como es debido esta mañana? —La respuesta fue la misma—. Pues, si queremos hacerlo bien y tener fuerzas para no cagarla, hay que comer.

25

El valor de cada detalle

Amelia se encargó de las magulladuras de Tim como hacía con sus hijos cuando eran pequeños y llegaban a casa con rasguños, cortes y moratones. Agua oxigenada, yodo, besos que curan y tiritas.

Tim les prestó ropa seca y salieron los cuatro del barco con unas pintas tremendas.

Al pasar junto al coche, miraron hacia el maletero, pero no dijeron nada y fueron derechos al bar que había en la entrada del puerto. Marisol no podía rondar por el pueblo por si se topaba con alguna compañera del trabajo. Las «indispuestas» no quedan con los amigos para comer. Tenía que ser discreta.

Solo Ramiro pudo terminarse la comida. El resto jugó con ella en el plato con la buena intención de comérsela, pero apenas lograron engullir cuatro bocados.

—Necesitaré mi maletín de maquillaje —dijo Marisol—. Alguien tendrá que ir a mi casa.

—Hecho —dijo Ramiro.

—Y necesitaremos una peluca rubia, lacia y larga de buena calidad. Pegamento extrafuerte, tinte rubio para cejas y ropa parecida a la que llevaba el muerto —continuó Marisol.

—Hecho —repitió Ramiro.

—A ti, en el fondo, te mola todo esto, ¿verdad? —le preguntó Tim a Ramiro.

—No, para nada —se excusó—. Es un marrón. Pero no deja de ser una misión especial. Somos los Jujus. —Ramiro alzó los brazos como si celebrara algo.

—¿Los qué? —preguntó Amelia.

—Los Jujus —volvió a decir Ramiro—. Jubilados justicieros.

—¡Vete por ahí! —se rio Tim—. Aquí solo tú estás jubilado y, por lo visto, poco entendemos de justicia.

—Amelia también está jubilada —dijo Ramiro—. ¿O no? —le preguntó.

—Pero yo no quiero formar parte de tus Jujus —dijo ella. La risa aplacó un poco la tensión.

—Venga —dijo Marisol—, hay que organizarse.

—Yo me encargo de tu estuche de maquillaje —dijo Amelia—. Dime dónde está y, si se te ocurre algo más mientras voy de camino, me mandas un mensaje.

—Imposible —dijo su amiga—. Mi móvil no funciona después del chapuzón.

—Debes sumergirlo en un tarro lleno de arroz —dijo Tim.

—Luego lo hago —dijo ella.

—¿Y quién se encarga del tema de la peluca y del tinte de cejas? —preguntó Ramiro—. Yo no entiendo de calidades de estas cosas.

—Me encargo yo —dijo Amelia—. Buscaré tiendas especializadas cerca de aquí, pero en otro pueblo. Y tú te encargas de la ropa, Ramiro. Acuérdate: pantalones vaqueros azul desgastado, camiseta negra de manga corta con cuello redondo y deportivas blancas marca Nike. El logo en negro.

—No se te escapa ni un detalle —dijo Tim.

—Tantos años detrás del mostrador de la perfumería también te agudizan la atención —dijo Amelia en dirección a Ramiro. Este asintió al sentirse parte del mismo equipo.

—Habrás que ponerle un pendiente —añadió Marisol—. No nos olvidemos.

—Yo lo compro —dijo Amelia.

—Anota, Ramiro —dijo Marisol—: Pantalones talla cuarenta, camiseta talla mediana como mucho y, las deportivas, un cuarenta y uno.

—Y habrá que hacerle el tatuaje del insecto —dijo Ramiro—. ¿Alguien se acuerda de la forma exacta que tenía? Era como un saltamontes, ¿no?

—Más o menos —dijo Marisol—, pero era negro y con las extremidades más gruesas.

—Yo se lo vi al agresor y os aseguro que era el mismo bicho —dijo Tim—, pero no sabría dibujarlo.

—Lo haré yo —dijo Marisol—. Mira tú por dónde, podré devolverle la sesión de pintura artística al capullo este. Alucinaréis —continuó—. Soy una experta en maquillaje. En mi antiguo lugar de trabajo hacían cola para la noche de Halloween y en Carnaval.

—¿En serio? —preguntó Ramiro con ilusión.

—¿Alguien sabe si al golpear a un muerto se produce inflamación y aparecen hematomas? —preguntó Marisol—. Eso ayudaría a obtener el resultado deseado.

—Vaya porquería de misión más nauseabunda —dijo Tim—. Esto es una pesadilla. No podemos golpear a un muerto. Me niego. Y dudo mucho que haya inflamación después de morir. No lo sé. No tengo ni idea ni quiero saberlo.

—A mí, ganas de descubrirlo no me faltan —dijo Marisol.

—Ya, pero no es plan —dijo Amelia—. Intentemos reducir la violencia lo máximo posible, por favor, que ya hemos tenido bastante.

—Es verdad, lo siento —concluyó Marisol—. Con el maquillaje bastará, ya lo veréis. Lo dejaré hecho un cristo.

—¡Ah! —exclamó Ramiro—. Y tendremos que rociarlo con gasolina.

—Eso que lo haga el que venga a buscarlo y, a poder ser, que lo haga en otro sitio. Se supone que lo sacaré del mar. En todo caso habrá que mojar la ropa. Lo que hagan después con él no nos incumbe —dijo Tim—. Paso de verter combustible sobre la cubierta.

—¿Listos? —preguntó Amelia.

—Listos —dijeron los demás.

—Subimos el baúl a bordo y os marcháis —dijo Tim—. Es mejor hacerlo ahora. Le está dando el sol de lleno y, además, Amelia necesita el coche para desplazarse con rapidez. No me parece buena idea que se pasee por ahí, ella sola, con un cadáver en el maletero.

Entre los cuatro pudieron bajar el baúl del coche sin apenas dificultad, y eso que Tim estaba dolorido, pero subirlo a bordo por la pasarela ya fue otra cosa. Estuvieron a punto de caer al agua un par de veces, pero el pánico a verse sin muerto de repente les brindó la dosis de concentración y fuerza que necesitaban.

Casi los miraba y ladeaba la cabeza. Quizá pensó que los humanos hacen cosas muy raras, pero sabía que estaban juntos en aquello y tenía claro que los defendería a cualquier precio.

Concluida con éxito esa primera parte del plan, Amelia se subió al coche. Antes de colocarse el cinturón inspiró a conciencia, con la curiosidad por descubrir la esencia que deja el rastro de la muerte, pero no logró distinguirla del resto de los aromas que la acompañaban. Arrancó y se dirigió en primer lugar al apartamento de Marisol, mientras que Ramiro se fue caminando a la zona comercial del pueblo con la esperanza de beneficiarse de las rebajas de verano.

26

Tensión al límite

Amelia condujo con la adrenalina a punto de rebosar y con la cordura adulterada; por suerte, el olor a Tim que le llegaba de la camiseta prestada destacó sobre todo lo demás y le recordó que debía continuar, aunque algo la había descolocado por dentro de tal modo que se vio obligada a estrenar otra realidad. Y, justo en aquel momento de transformación, la llamó su hermana.

—¿No piensas volver nunca o qué? —le preguntó Maite—. Ya van dos meses.

—Ahora mismo no puedo hablar —respondió agarrada con fuerza al volante.

—Apenas me llamas y, cuando lo haces, te noto rara.

—Maite, mejor te llamo yo cuando pueda. Me pillas muy liada.

—¿Liada con qué? ¿Ha pasado algo que deba saber?

—Si yo te contara... —murmuró Amelia.

—Repíteme, que no te he oído.

—Nada, Maite, liada con Tim —soltó para que la dejara en paz—. Estamos juntos.

—¿Qué quiere decir juntos?

—Pues que nos hemos enrollado.

—¿Tú estás loca o qué?! —gritó Maite—. Si no lo conoces de nada.

—De eso se trata: de conocernos.

—No te reconozco —dijo Maite con un tonillo de desprecio—. ¡Qué vergüenza!

—Me importa un bledo lo que digas, ya lo sabes. Deja de juzgarme, por favor. En todo caso, júzgate a ti misma. Deberías aplaudirme en lugar de avergonzarte.

—No estás bien, Amelia —le dijo—. No quisiste ir al psicólogo y mira lo que pasa.

—¿Qué pasa?

—Pues que andas perdida y actúas sin pensar. Te dejas manipular.

—No digas chorradas. Estoy bien, créeme —dijo para no preocuparla más de la cuenta y poder terminar la conversación—. Ya te llamaré en otro momento y te lo contaré con calma. Lo que hay entre nosotros es bonito.

La charla terminó y Amelia hizo un balance rápido de lo sucedido durante los dos meses que llevaba en Canesba y fue suficiente para culminar su transformación.

A las seis se juntaron de nuevo en el barco.

—¿Lo tenemos todo? —preguntó Tim.

Amelia dejó el maletín de maquillaje sobre la mesa del salón. Era enorme; de los que se van desplegando en pisos y más pisos, compartimentos y cajones. También dejó allí una funda de tela que contenía la peluca rubia y el tinte para cejas. Se sacó del bolsillo un paquetito y lo mostró en alto.

—El pendiente —dijo—. Es el más parecido que he encontrado.

Ramiro alzó los brazos con varias bolsas y sacó, una a una, las prendas que había comprado.

—Perfecto —dijo Tim—. Segunda parte concluida con éxito.

—¿Cuál era la primera? —preguntó Ramiro.

—Subir el baúl a bordo —le recordó Amelia. Ramiro abrió la boca sin decir nada y asintió.

—¿Dónde lo haremos? —preguntó Marisol—. Yo necesito un buen rato para hacerlo bien.

—Es mejor hacerlo en alta mar —dijo Tim—. Aquí no.

Tim arrancó motores y se alejaron del puerto rumbo al desafío consciente de reincidir.

—¿Aquí es donde está el otro? —preguntó Amelia cuando los motores callaron y se hizo el silencio sobre el mar.

—No, qué va —dijo Tim—. Eso queda mucho más lejos y unos grados al Este.

—Da igual —dijo Ramiro—. A este hay que devolverlo a puerto.

—Exacto —dijo Tim—. Y no hay nadie a la vista. No hay peligro. Aunque tenemos que estar atentos y vigilar a 360°.

Empezaba a oscurecer. Sacaron a Sancho del baúl, lo dejaron en el suelo y el cuerpo se quedó con la forma de un riñón mustio. Por suerte, no estaba rígido del todo y pudieron desnudarlo. Al quitarle los guantes a Marisol le sorprendió que llevara puesto el anillo de casado. Después se puso las gafas para ver de cerca y acto seguido empezó a llorar.

—No lloro por él —dijo—. Es... No sé qué es, pero no puedo parar. Lo siento.

—Tranquila —dijo Amelia—. Esto es demasiado. Y mucho más para ti al tratarse de quien se trata.

Marisol asintió repetidas veces, como un perrito de esos que antes solían decorar los salpicaderos de los coches, y continuó entre sollozos, como si se tratara de un tic nervioso imposible de controlar. De vez en cuando soltaba una carcajada y, después, lloraba de nuevo y se limpiaba el hilillo de mocos con un pellizco en la nariz.

Guardaron las cosas de Sancho en una bolsa de basura para deshacerse de ellas en tierra. Lo vistieron con las prendas que había comprado Ramiro y, al terminar, Marisol pidió un instante para calmarse y poder empezar a trabajar con el maquillaje. La concentración detuvo el llanto.

Lo primero que hizo fue pedirle una aguja a Tim para perforar el lóbulo de la oreja izquierda de la bestia-riñón-mustio e insertarle el pendiente. La aguja resultó ser demasiado fina y tuvo que ayudarse con un palillo de acero de los de asar pinchitos. No sangró.

Después le aplicó el tinte en las cejas y, mientras el producto actuaba, le colocó la peluca con la ayuda de Amelia; bien pegada y recogida en una coleta baja. Igual que la que llevaba el muerto desconocido. Cortaron el largo que sobraba.

Amelia empezó a buscar tipos de insectos por internet para ver si daba con el que necesitaban. Ese detalle era decisivo. Y Marisol comenzó a darle a Sancho una base de color claro por la cara y el cuello.

—¡Lo tengo! —dijo Amelia y mostró la foto que aparecía en la pantalla de su móvil—. Es un insecto palo de Lord Howe. Aquí pone que forma parte del listado de las especies Lázaro. Se daba por extinto, pero ha vuelto. Era este, ¿verdad?

—Yo juraría que sí —dijo Ramiro.

—Si no lo es, se le parece mucho —dijo Tim. Marisol lo miró con detenimiento y asintió dándolo por válido.

Tardó más de dos horas en terminar su trabajo artístico. Desde luego, aquel hombre que yacía en la cubierta del Saudade ya no tenía nada que ver con Sancho. Se había convertido en el otro. En el muerto desconocido y torturado. En el despojo que el encapuchado le reclamó a Tim a golpe de pistola. Marisol había hecho un trabajo excelente. Era cierto lo que le dijo a Amelia el día que se conocieron: era buena en lo suyo. Muy muy buena.

—Impresionante —dijo Ramiro—. Con bultos y todo.

—Los morados están superlogrados —dijo Amelia—. Y la sangre seca es muy real.

—Incluso las facciones parecen distintas —añadió Tim.

Marisol se sintió satisfecha. No por vengarse del maltratador que le había arrebatado, uno a uno, sus sueños; sino porque Sancho había dejado de existir para siempre. Dejó de estar allí aun estando y eso le hizo sentir un alivio enorme.

—Da el pego —dijo Ramiro—. Ahora toca hacerle el tatuaje.

Marisol copió el dibujo que aparecía en la pantalla del móvil de Amelia en el mismo lugar donde lo llevaba el muerto anónimo. Se ayudó de unos perfiladores de ojos, resistentes al agua, de punta finísima y quedó perfecto.

—Hay que meterlo en el tambucho —dijo Tim, y sonrió sin querer tras pronunciar la palabra—. Después, regresamos a puerto y nos largamos del barco. Ya no voy a chulear con aquello de no querer abandonar mi hogar. Elijo vida.

Le echaron unos cuantos cubos de agua salada para que pareciera sacado del mar, evitando empapar demasiado la zona del rostro. Le doblaron las piernas y le colocaron los brazos recogidos sobre el pecho. Lo alzaron entre todos y lo acoplaron hasta llenar el espacio disponible. Después lo miraron como se mira desde la vida hacia la muerte, sin decir nada, pero con ese respeto extraño que causa algo tan definitivo e inexplorado. El tambucho se convirtió en ataúd y Marisol dejó caer la tapa con el asco con el que solemos desprendernos de la basura orgánica que apesta.

—Si os parece bien —dijo Amelia—, cenamos en mi casa y el que quiera que se quede a dormir. Hay dos habitaciones libres y desde la terraza podremos vigilar el barco.

—Yo me apunto —dijo Marisol—. No quiero ir a mi apartamento, pero mañana tendré que ir a trabajar. Los sábados estamos a tope; me necesitan y eso me distraerá. Alguien tendrá que ir a por mi uniforme.

—Iré yo —dijo Ramiro—. Y de paso cogeré mi pijama y algo de comida para Casi, que nosotros también nos sumamos a la acampada.

Tim besó a Amelia y le dio las gracias.

27

La noche más larga

Al entrar al puerto, Tim les señaló el Sandrine. El barco parecía realmente abandonado y destilaba un halo tenebroso. Amelia percibió olor a venganza sucia y a sangre fermentada.

Atracaron y pisaron tierra con la intranquilidad del que ha causado un estropicio en la cocina y sale con disimulo a sabiendas de que, tarde o temprano, el destrozo será descubierto. Lo importante es salir impoluto de puntillas y quedar libre de sospechas.

Habían limpiado el baúl para borrar cualquier rastro humano de su interior y lo cargaron de nuevo en el maletero del Range Rover. Baúl vacío y conciencias llenas. Aparcaron en el *parking* del apartamento de Amelia y dejaron el baúl en el trastero.

Amelia no tuvo ánimos para cocinar y encargó unas *pizzas* que apenas tocaron. Se instalaron en la terraza, sin perder de vista la embarcación. Los prismáticos se paseaban de mano en mano como si aquello se tratara de ver el mejor eclipse de luna del siglo. Pero la luna se lució entera aquella noche. Radiante y más grande que nunca.

—Todo en calma —dijo Ramiro.

—Aún es pronto —señaló Marisol—. Son las diez y media.

Amelia descorchó un buen vino y el roce que produjo aquel sabor en sus papilas gustativas los untó de sosiego por dentro.

—Dos días —dijo Amelia—. Han bastado dos días para que nuestras vidas hayan dado un giro brutal. Nunca volveremos a ser los mismos.

—Seremos mejores de lo que éramos —dijo Tim.

—Lo que hemos hecho no está bien —dijo ella—. No nos hará mejores ni de coña.

—Para mí sí —dijo Marisol—. Sé que soy muy egoísta al decirlo, pero a mí me habéis arreglado el futuro. Tú —añadió mirando a

Amelia— me has salvado la vida.

—El error de un asesino lerdo que confunde barcos nos metió en un lío bien gordo —dijo Ramiro—, y un golpe tonto y certero que recibió otro desalmado nos sacará de él. ¿Qué es la vida? Decidme.

—Esperanza —dijo Marisol.

—¿Has pensado qué vas a hacer? —le preguntó Amelia—. ¿Volverás a tu casa?

—¡Ni se te ocurra, Marisol! —exclamó Ramiro—. Tarde o temprano buscarán al imbécil de tu marido y, cuando no lo encuentren, te buscarán a ti aunque te hayas cambiado el nombre. Algún registro habrá de ese cambio y deberás justificar fechas, lugares y razones que te exculpen de su desaparición.

—Lo tendrá fácil —dijo Amelia—. Todo el esfuerzo que hizo el muy mala bestia para actuar de incógnito la beneficiará a ella. Además —añadió—, según le dijo a Marisol, estaba de vacaciones. Tardarán en darlo por desaparecido. Vino en autocar. Por lo tanto, su coche seguirá donde quedó aparcado. No habrá registro alguno de compra de billetes de avión ni de tren... Viajó disfrazado para no levantar sospechas. Se presentó con guantes. En realidad, él mismo ha borrado su rastro.

—Y encima, nos sirve de comodín para librarnos de los asesinos del primer muerto —dijo Marisol—. Me tomaré el detalle como su herencia. —Alzó la copa y exigió un brindis.

—Por cierto —dijo Ramiro—, ya me deshice de sus pertenencias; mochila y ropa incluida. Ha quedado todo reducido a pedacitos minúsculos y, después, he repartido el resultado en diferentes bolsas que he tirado en contenedores distintos. Móvil machacado a conciencia y fulminado en la trituradora de hielo. También raspé la inscripción del interior de su alianza, la deformé a golpe de martillo y la metí dentro de un limón que he tirado donde lo orgánico. Se esfumó.

—Entonces, ¿no regresarás a tu pueblo? —insistió Amelia.

—A sabiendas de que van a buscarlo —respondió Marisol—, esperaré primero a que me encuentre a mí quien me tenga que encontrar, para que compruebe que no he mantenido relación con él. Que después de la separación rehíce mi vida por mi cuenta.

Puedo mostrar una copia de la carta que le dejé a Sancho antes de irme y daré los nombres de las personas que sabían de la decisión que tomé hace tres años y que también recibieron la misma nota. En ese sentido tengo las de ganar. A partir de ese momento mi regreso quedará justificado.

—Lo ideal sería que tarde o temprano lo dieran por muerto —dijo Ramiro—. Así cobrarías la pensión de viudedad que te corresponde.

—No la quiero —dijo Marisol—. No quiero nada de Sancho. No quiero su casa ni lo que pueda haber en ella. Ni el dinero que pueda tener en el banco. Nada.

—Pues te pertenece —dijo Tim.

—Me da igual —siguió ella—. Se lo regalo a quien lo necesite. Solo quiero regresar a mi pueblo cuando sea seguro hacerlo.

—Si llegado el día te corresponde su patrimonio como herencia —dijo Amelia—, acéptalo. Vende la casa y junta todo el dinero y haz realidad tu sueño: monta tu propio centro de estética.

Marisol sonrió y se iluminó con candidez.

—Mi sueño es poder ver a Anabel y a su familia, a mi primo Manuel, a mis antiguas compañeras de trabajo..., pero, oye, lo que dices no es mala idea.

Ramiro, que estaba sentado a su lado, la rodeó con un brazo, la acercó a él y la besó en la sien.

—Tengo la sensación, ahora mismo, de que la vida me está grande —dijo Amelia mientras descorchaba otra botella.

—La vida es de talla única y unisex —dijo Tim—. Como unas mallas de licra que se ajustan al cuerpo de cualquiera. Por eso la muerte tampoco tiene problema en llevarse a quien sea. No importan edad, tamaño ni género.

—No sé qué decirte —dijo Ramiro—. Hay gente que vive vidas alucinantes. Hay vidas grandiosas y otras miserables y ridículas.

—Esa es la apreciación del trayecto —dijo Tim—. Nos empeñamos en valorarlo, medirlo y etiquetarlo todo. No hay tallas de vida ni de muerte. Principio y fin idénticos para cualquier ser vivo. Dicho de otro modo: si cabes en la vida, cabrás en la muerte.

—A mí —dijo Marisol—, lo que me da rabia es reconocer que, muchas veces, valoro más lo vivido por otros que mi propia vida.

Qué pérdida de energía más absurda. Es bueno desear, pero hay que ser consciente de que el deseo implica futuro y vivir a la espera te condiciona y resulta agotador. No es que no valore mi presente; no se trata de eso. Ni tampoco pienso dejar de soñar. Pero este golpe tan fuerte de realidad puntúa, y mucho, y siento que a partir de este mismo instante voy a sacarle todo el jugo a cada segundo de mi existencia.

—Se acabó lo malo —dijo Amelia—. El problema es que hemos escuchado demasiadas veces, sin prestar atención, aquello de que la vida es bella, y ¿qué ocurre?, pues que la belleza dura un momento. Echemos cuentas. ¿Cuánto rato de vida digna nos queda?

—El suficiente —dijo Tim, y tras su respuesta se quedaron en silencio.

La pregunta de Amelia había sonado a advertencia. Vibró en sus mentes como el aviso de algo inalterable. Sin vuelta atrás. Fue como si les hubiese indicado que había llegado el momento de mudar la piel. Tocaba desprenderse del pesado abrigo de la angustia para aligerar el alma. Ella lo hizo al marcharse de casa. Pero ¿cuántas pieles podemos mudar? ¿Acaso existe algún modo de saber cuándo se llega a la definitiva?

A las doce y media, achispados por el vino y embriagados de tanta reflexión trascendental, decidieron apostar por el café. Gozaban de primera fila pegados a la barandilla de la terraza. Cada uno acomodado en su butaca como si estuvieran en un palco del Real.

—Van dos de cuatro —dijo Amelia.

—¿De qué? —preguntó Ramiro.

—De los asuntos pendientes —contestó—. Yo he dado un paso importante en la superación del duelo abriéndome a emociones nuevas y Marisol se ha librado de la amenaza de su marido. Faltáis vosotros dos: tú tienes que conocer a tu hermano y Tim debe encontrar a su hijo.

Ramiro y Tim se miraron con cara de haber sido pillados en un renuncio.

—Nadie prometió resolver ningún asunto —dijo Tim.

—Exacto —dijo Ramiro—. Lo que ha pasado, ha pasado sin buscarlo. Ni una cosa ni otra estaban planeadas. Ha ocurrido de manera inesperada. Llamémoslo azar.

—Lámalo como quieras —dijo Amelia—. Lo importante son los resultados.

—Podríais intentarlo, al menos —dijo Marisol.

—Cerremos primero este marrón tan gordo que sigue abierto —dijo Ramiro apuntando al puerto—. Después, ya veremos.

Tim lo miró y la expresión de Ramiro con la que se topó le sonó a justificante para ganar tiempo. Se encogió de hombros y Amelia lo aceptó, con inocencia, como un gesto de buena voluntad.

28

Rutina rota

A las dos y media de la madrugada se abrió la compuerta de los nervios y estos entraron apiñados dándose empujones. Ni un solo movimiento extraño en el puerto. La misma quietud nocturna de siempre. El mismo aroma a salitre veraniego. La paz más desquiciante ante una espera forzada.

—¿Y si descubren el engaño? —preguntó Marisol—. Como lo agarren por el pelo para sacarlo del tambucho...

—Esa peluca no la despegas ni un huracán —dijo Amelia—. Y dudo que un muerto sude por el calor, así que el maquillaje no pelagra.

—No, el maquillaje no me preocupa —dijo Marisol—. Es resistente al agua y os aseguro que aguantará.

—Pues ya está —dijo Ramiro—. Solo hay que esperar. Vendrán, se lo llevarán y se acabó la historia.

A las tres estaban tensos como el que ansía que suenen los cuartos que preceden a las campanadas de fin de año, con el aliento contenido, atentos para celebrar que algo concluye y poder dar paso a algo mejor. Pero allí no iba a sonar campanada alguna ni había copas de champán; sin embargo, la expectación por presenciar el instante que iba a salvarlos empezaba a oler a cotillón barato.

Dieron las tres y media, las cuatro, las cuatro y media... A las cinco estalló la desesperación.

—¿Seguro que no te dijo que tenías que esperarte ahí? —preguntó Ramiro.

—¿Yo? —preguntó Tim señalándose a sí mismo—. Aquel tipo no me dijo nada de eso. Me amenazó con matarme si no encontraba el despojo donde lo dejaron, pero en ningún momento me invitó a la fiesta del reencuentro. Todo lo contrario.

—Deben estar vigilando desde algún lugar —dijo Amelia—. Quizá desde el barco abandonado.

—¡Qué va! —dijo Tim—. Yo ya miro allí cuando me tocan los prismáticos. No hay nadie.

—Pues no lo entiendo —dijo Ramiro—. Si tanto les urgía, ¿por qué no van a buscarlo? Déjame ver...

—Darán por hecho que Tim no está a bordo —dijo Marisol tras cederle a Ramiro el turno de espía— y se lo estarán tomando con calma. Total, el muerto no va a impacientarse. ¿Qué prisa hay?

—Pues que pronto amanecerá —dijo Ramiro—. Y dudo mucho que quieran actuar a plena luz del día. Además —continuó, mientras ajustaba el enfoque del chisme—, la gente que sale a pescar por diversión madruga. ¿Verdad?

—Cierto —dijo Tim.

—En nada empezará el desfile de barcos —siguió Ramiro.

—Algo no va bien —dijo Tim.

—Se habrán oído que el muerto es falso —dijo Marisol, apenada al temer que no quisieran llevarse al impostor maquillado.

—El muerto no es falso —dijo Ramiro—. Es un muerto de verdad. En todo caso no es el que dejaron ellos, pero es una buena imitación.

—Ni que fuese un reloj —dijo Amelia.

Por primera vez, la luz oscureció el día. A las ocho, Marisol se duchó y se vistió con el uniforme del Satori. Tenía mala cara, pero debía retomar la rutina si quería avanzar en su vida. El resto permaneció en la terraza. El único que había dormido era Casi, que se desperezó con el trajín de Marisol y, cuando ella se dispuso a marchar, se acercó a Ramiro para reclamar su paseo matutino.

—Te acompañamos un trocito —dijo Ramiro y bajaron los tres a la calle.

Amelia y Tim se quedaron vigilando el barco. No tenía sentido permanecer en guardia a esas horas, pero el desconcierto se convirtió en una especie de inercia adquirida por la costumbre de aquella noche en vela.

A los veinte minutos sonó el interfono. Eran Ramiro y Casi con tres cruasanes de mantequilla recién hechos. Amelia preparó más café.

—¿Y si lo recogieron mientras estábamos de camino hacia aquí? —cuestionó ella mientras removía el azúcar en su taza.

—¿Tan pronto? —preguntó Tim—. Me dijo a la misma hora. Tenía que ser a las tres. Hora arriba, hora abajo, si tú quieres, pero está claro que se refería a noche cerrada. Es más, cuando nosotros nos fuimos había gente paseando por el puerto. Es verano. Demasiado arriesgado. Imposible.

—Pues no queda otra que ir a comprobar si el muerto sigue allí —dijo Ramiro.

—¿Y si es una trampa? —preguntó Amelia.

—¿Una trampa? ¿Para quién? —preguntó Tim— No tiene sentido.

El interfono volvió a sonar. Era Marisol. Entró sofocada y con la cara de haber presenciado algo muy feo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Amelia—. ¿No trabajas al final?

—El salón está lleno de policías —explicó alterada—. La chica que abre el local por las mañanas se ha encontrado con un cadáver en la puerta: un tipo vestido de negro con un pasamontañas.

—¡Bingo! —soltó Ramiro—. Ahí va el justificante del plantón.

—Por lo visto —continuó Marisol—, lo han apuñalado. Según una vecina, una furgoneta blanca se detuvo justo allí, abrieron la puerta lateral, lanzaron el cuerpo y se largaron a toda pastilla. La mujer no se fijó en la matrícula ni en la marca del vehículo. Es una señora mayor, la pobre. Estaba en *shock*.

—Siéntate, Marisol —dijo Amelia—. Te preparo una tila.

—Cuando he llegado estaban acordonando la zona y no dejaban pasar a nadie. Había tipos de esos que toman muestras de todo —continuó Marisol—. Una compañera me ha dicho que se trata del hijo de la jefa. Llevaba meses sin aparecer por Canesba; desde que se unió a los Howe. Era uno de ellos.

—¿Uno de quiénes? —preguntó Ramiro.

—De los Howe —repitió Marisol—. Los llaman así por el tatuaje que llevan en el antebrazo. El dichoso insecto que tiene ese nombre. Acertaste de lleno, Amelia.

—¡Menudo culebrón! —exclamó Ramiro.

—Me río de ti —dijo Amelia en dirección a Ramiro—, que te viniste a Canesba porque era un lugar con un historial delictivo impecable. —Le ofreció la taza humeante con la infusión a Marisol y se sentó a su lado.

—Era lo que decían las estadísticas —se defendió él.

—Al menos dimos con el bicho —dijo Tim.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ramiro—. ¿Será el individuo que te agredió o será otro tiparraco de la misma banda de criminales?

—A mí me han hecho un montón de preguntas y después me han ordenado que me marche a mi casa o casa de algún amigo o pariente, pero que esté localizable. La policía llamará a todos los empleados, uno por uno, para tomarnos declaración en comisaría —contó Marisol. Suspiró y le pegó un sorbo a la tila—. Me calmo un poco y bajo a comprarme un móvil, que el mío no ha resucitado con el truco del arroz.

29

Desatando cabos

Amelia y Marisol fueron a comprar el móvil. Tim, aún dolorido por los golpes recibidos, se quedó en el piso de Amelia, que se convirtió en el campamento base, y Ramiro y Casi se fueron a por más comida de perro, una buena ducha y ropa limpia.

—¿Y ahora qué hacemos con el muerto conocido? —preguntó Amelia una vez reunidos de nuevo en el apartamento—. ¿Irá alguien de esa banda a buscarlo o el que tenía que ir es justo al que se han cargado?

—¿Cómo saberlo? —respondió Ramiro.

—Pues no podemos dejarlo allí a la espera de que alguien vaya a por él —dijo Tim—. Estamos en plena ola de calor y pronto empezará a descomponerse. Se hinchará y explotará.

—¡Hala! Venga —se quejó Ramiro—, a ver quién la dice más gorda.

—Sancho sigue fastidiándome incluso muerto —susurró Marisol mientras trasteaba con el móvil nuevo—. Lo encontrarán y acabaré en la cárcel y él habrá ganado la batalla al arruinar mi vida.

—De eso nada —le dijo Amelia—. Te recuerdo que no fuiste tú quien lo mató. Estate tranquila. Nosotros lo solucionaremos de algún modo.

—Ni hablar —dijo Marisol—. Es asunto mío. Os agradezco infinito vuestra ayuda, pero no pienso lavarme las manos y cargaros a vosotros con mi problema. Y a Sancho no lo mató nadie. Se golpeó él solito en la cabeza. Que no se te olvide.

—Pensemos —dijo Ramiro.

—Ya estamos... —resopló Amelia con los ojos en blanco.

—A partir de ahora, ni se os ocurra hablar del tema muertos por el móvil —advirtió Ramiro—. Puede que la policía revise llamadas, mensajes y cosas de esas.

—Y qué más da si hablamos entre nosotros sobre el tema —dijo Amelia—. Nada nos relaciona con el cadáver que han encontrado en el salón de belleza. No me seas paranoico, Ramiro.

—Nunca se sabe —dijo él—. Prudencia, mucha prudencia. Algo podría conducirlos hasta el puerto y quizá quieran revisar el interior de los barcos.

—¿Seguro que tú eras vigilante de un *parking*? —le preguntó Tim.

—Ojo de Halcón —respondió Amelia con cara burlona.

—Hay que desatar cualquier cabo que pueda llevarlos hasta nosotros —dijo Ramiro—. Os aseguro que de la novela negra se aprende mucho.

—Tres muertos en tres días —dijo Amelia—. El desconocido, el conocido y el Howe.

—El desconocido también era Howe —dijo Ramiro.

—Es para diferenciarlos —argumentó Amelia—. Habrá que llamarlos de algún modo, ¿no?

—Tampoco sabemos con certeza si el tercero, el muerto Howe, es el que me atacó a mí —dijo Tim.

—Lo que está claro es que hay que ir al puerto para ver si el muerto conocido sigue allí y, si es así, tenemos que deshacernos de él —dijo Ramiro—. Esto pinta a cosa que se complica. Cuando la investigación del muerto Howe empiece a dar frutos, no podremos actuar. Son capaces de prohibir la entrada al puerto.

—Pues vamos —dijo Tim—. Os adelanto que el melenas de repuesto sigue donde lo dejamos. Así que hay que mentalizarse de que tocará hacer otra excursión mar adentro.

—Yo ganaría tiempo comprando de antemano lo que vamos a necesitar —dijo Ramiro—: mancuernas, saco y bridas. Guantes sobraron, ¿verdad?

—Qué pereza... —dijo Amelia.

—Es cuestión de organizarse —dijo Marisol—. Es pronto. Nos repartimos tareas y quedamos a una hora en el barco. Revisamos que todo esté ok. Volvemos aquí para tomar algo y desconectar un poco. Esperamos a que caiga la tarde y regresamos a puerto para zarpar rumbo al cementerio de los no queridos.

—No sabemos si al muerto desconocido y al muerto Howe los querían o no —dijo Amelia.

—Me da a mí que el desconocido, con el mote «despojo», poco amor despertó a su alrededor —dijo Tim—. Del otro ya no digo nada, sabiendo que es el hijo de la jefa de Marisol. Algo de cariño recibiría en algún momento.

—Habría que mirar las noticias de última hora —dijo Ramiro—. Igual hablan de lo ocurrido y obtenemos alguna pista interesante.

—Estaré atenta —dijo Marisol—. Si aparece algo os informo.

—Amelia, tú conmigo —dijo Ramiro—. Necesitamos el coche para ir a la tienda de deportes.

—¿Y el carrito? —preguntó ella.

—Se quedó en el barco —dijo Tim.

—Cambio de planes —dijo Ramiro—. Vamos a por el carrito y así verificamos que el muerto conocido sigue allí. El resto según lo planeado.

Sancho estaba donde lo habían dejado. Encajadito en el tambucho. El efecto producido por el calor y las horas transcurridas le daban un acabado aún más real al maquillaje.

—Qué rabia —dijo Ramiro—. Al final no sabremos si habría colado o no.

—Mejor no saberlo —dijo Amelia.

Carrito, tareas repartidas, compras realizadas y regreso a puerto. Todo en orden. Marisol no recibió ninguna llamada de la policía. Solo un mensaje del trabajo en el que la citaban el lunes por la mañana para hablar de la situación de la empresa, aunque ya le adelantaron que el salón permanecería cerrado mínimo un mes.

Al llegar al amarre nada los alertó de algún cambio significativo. El movimiento era el de cualquier sábado de finales de julio. Lanchas que salían a navegar cargadas de niños y de neveras provistas de refrescos. Alguna embarcación más grande que llegaba o que se iba para iniciar o terminar sus vacaciones. Motos de agua que esperaban cruzar la línea de salida del puerto para acelerar y cabalgar sobre el mar, y algún que otro pescador que se saltaba la norma de «prohibido pescar», escondido en la escollera.

Amelia percibió un olor a verano forzado. Como si la realidad formara parte del decorado de una obra de teatro. Actores y actrices simulando felicidad. Sonido de mar de fondo salpicado con graznidos de gaviotas y una curiosa mezcla de risas y voces de esas que siempre parecen proceder de la lejanía; lo que uno escucha cuando se tumba al sol en la playa. Murmullos de hoja caduca. La banda sonora que cada verano florece en los pueblos costeros del Mediterráneo.

A media tarde descansaron un par de horas en el apartamento de Amelia manteniendo los turnos de vigilancia del Saudade y, por desgracia, los huevos depositados por los bichos del remordimiento en la conciencia de Amelia empezaron a eclosionar.

—Esto es surrealista —dijo ella—. Nadie en su sano juicio habría hecho lo que hemos hecho.

—De eso nada —dijo Tim—. La gente hace cosas que ni se plantea, porque nadie piensa que puede verse envuelto en una situación así y, llegado el momento, hay que decidir.

—Ya, pero las decisiones pueden ser correctas o incorrectas —continuó Amelia.

—A veces lo que parece correcto no lo es —dijo Ramiro—. Se cometen acciones, impulsadas por el «buenismo», que destruyen vidas enteras. Haber denunciado el hallazgo del muerto desconocido habría metido a Tim en un problemón que no merece, porque él no tuvo nada que ver en ese asunto.

—Lo hecho, hecho está —dijo Marisol—. No le des más vueltas, Amelia. Toca avanzar. Imagínate que lo hubiésemos denunciado y que se hubiera abierto una investigación con nosotros cuatro metidos en el ajo. Nadie nos culpa, de acuerdo, pero nuestros nombres habrían quedado archivados ahí. Al día siguiente ocurre lo de Sancho. ¿Qué salida habríamos tenido entonces? Fijo que estaríamos vigilados. ¿A qué olería nuestro futuro, tú que tanto entiendes de olores?

—Visto así... —dijo Amelia.

—Esta noche terminará la pesadilla —dijo Tim. Se acercó a Amelia, le alzó con cariño la barbilla y le besó los labios—. Lanzaremos los

sentimientos de culpa que no nos pertenecen al fondo del mar. ¿Entendido?

Amelia dijo que sí y se dejó abrazar.

Cuando empezó a oscurecer decidieron ir al puerto dando un paseo. Casi se alejaba y regresaba, los rodeaba y se volvía a alejar. Era el pastor protector y ellos cuatro las ovejas que obedecían mansas; que sabían adónde iban y no tenían intención de escapar.

—Arranco motores y zarpamos —dijo Tim al subir a bordo. Marisol levantó un pelín la tapa del tambucho y alzó el pulgar dando por buena la revisión.

—¿Dónde podría guardar esto? —preguntó Ramiro mostrándole a Tim la culata de la pistola que asomaba por la cinturilla trasera de su pantalón.

—¿Qué es eso?! —preguntó el griego, atónito.

—Es de mentira —aclaró Amelia, con la parsimonia del que se sabe el truco de magia que acaba de sorprender al resto de los espectadores.

—Pero los malos no lo saben —dijo Ramiro.

—Tú estás tonto —dijo Tim—. ¿Por qué traes eso aquí? Estamos hablando de pasar desapercibidos y apareces con una pistola.

—No sabemos si vendrá algún otro macarra a por el muerto desconocido, que en realidad ahora es nuestro muerto conocido —dijo Ramiro para defenderse—. Necesitamos algo que pueda intimidar.

—Ellos también tienen armas —advirtió Tim—. Te recuerdo que el agresor me apuntó con una pistola en la frente. Y esa era de verdad.

—Igual no —dijo Ramiro sin alterarse—. Quizá era de juguete como esta.

—Y una leche —soltó Tim.

—Si ellos tienen, nosotros también —continuó Ramiro—. A ver quién apunta primero.

—No se trata de quién apunte, sino de quién dispare, y tú no tienes balas —dijo Marisol.

Ramiro miró a Casi con cara de fastidio y este le respondió con un ladrido agudo que sonó a «ya te lo dije».

—Guárdala en ese armario de la cocina —señaló Tim de mala gana—, dentro de una olla de las del fondo.

Arrancó motores y salieron del puerto con el peso de muchas horas sin dormir, de muchos nervios mal digeridos y demasiada angustia en el ambiente.

30

Quedarse, regresar a casa o marcharse a otro lugar

Volvieron allí donde pensaron que nunca iban a regresar.

—Mira que el mar es grande —dijo Amelia—. ¿Por qué tiene que ser en el mismo sitio?

—No lo sé —respondió Tim—. Necesito saber que solo tendré que esquivar un punto concreto. No quiero un fondo marino minado de malos recuerdos.

—Hoy hay muchos barcos —dijo Marisol—. Habrá que estar atentos e ir con cuidado.

—Es sábado, verano y el atardecer es un espectáculo —dijo Tim—. ¿Qué esperabais? De todos modos —continuó—, las embarcaciones de recreo no suelen alejarse tanto como lo haremos nosotros y esperaremos a que anochezca, igual que hicimos el jueves.

—Mismos pasos, mayor garantía de éxito —concluyó Ramiro.

Así fue; al alcanzar las coordenadas señaladas, el mar les brindó la intimidad que necesitaban. Se hizo de noche y Tim encendió las luces bajas de cubierta. Solo quedaba iluminado el suelo para no tropezar y poder actuar.

Tres capas de guantes de látex y alguna más de valor. Abrieron el tambucho y maniobraron muchas veces, aunque no tantas como la vez anterior, hasta lograr sacar a Sancho de allí.

—Es horrible —dijo Amelia.

—No lo mires —sugirió Marisol.

—No, si no es por verlo —contestó Amelia—. Es porque me importa un pimiento. No siento lástima por él, ni miedo ni asco..., bueno, asco sí. Pero es como si llevara haciendo esto toda la vida y ya me fuera indiferente.

—Algo de práctica tenemos —se mofó Tim.

—Es horrible —repitió Amelia—. Y lo peor es que sé que después sufriré en carne viva la resaca del arrepentimiento.

No dijeron nada más. Repitieron maniobras a excepción de intentar levantarlo. Lo arrastraron directamente hasta la plataforma de baño de popa y lo dejaron en el borde, a un empujón de desaparecer de sus vidas.

Las miradas se posaron en Marisol. Ella les indicó que se apartaran un poco. Hizo un gesto mudo de afirmación al lograr la distancia que necesitaba. Se agachó y ella sola empujó el cuerpo, que volteó sobre sí mismo y se precipitó a la oscuridad más húmeda que existe. Sin despedidas ni buenos deseos para el descanso eterno. Se acabó. Los escombros de las humillaciones y de los desprecios fueron engullidos por el mar.

El repiqueteo de las olas contra el casco de la embarcación sonó a despertar.

—Espero que no venga nadie más a reclamar algo —dijo Tim.

—Eso. A ver de dónde sacamos otro muerto de repuesto —respondió Ramiro. El comentario les hizo gracia, dentro de la poca gracia que tenía aquello, y, sin querer, acabaron los cuatro a risotada limpia. Fue la manera más tonta e imprevista de liberar tanta tensión.

Tim puso el barco en marcha y se alejaron sin prisa del lugar, que quedó marcado con una cruz negra en su memoria.

Fondearon en una cala justo antes de entrar al puerto de Canesba y saborearon un ron añejo.

—Creo que lo mejor es que me largue y desaparezca una temporada —dijo Tim. Amelia sintió como si algo empezara a aspirarla por dentro para dejarla hueca de nuevo.

—Esto me huele a despedida —dijo Ramiro. Y Amelia, por primera vez en su vida, se quedó sin olfato.

—Si te marchas en plena temporada alta, resultará sospechoso —dijo Amelia para que Tim se replantea su decisión—. Todo el mundo sabe que tu negocio se nutre del turismo.

—No si argumento en Capitanía que me han contratado para realizar un crucero familiar por el Mediterráneo, por ejemplo. Una vez lo hice y gané mucho dinero.

Ramiro miró a Amelia y la vio tan desolada, le causó tal aflicción, que se lanzó con una propuesta a las bravas sin pensar en las consecuencias:

—¿Qué os parece si, una vez Marisol haya arreglado cuentas con su trabajo, nos marchamos los cinco? —dijo guiñándole un ojo a Casi—. A mi pueblo. Unos días de vacaciones. Os enseño ese pedacito de tierra y, de paso, intentamos localizar a mi hermano, que ya es hora de dar la cara. —El comentario despertó tal grado de atención que incluso pareció que el mar enmudeciera para no molestar—. Lo digo en serio —continuó Ramiro—. Después de lo que hemos compartido, he aprendido y asumo que, llegado el momento, la vida se esfumará como el amante que nunca hace promesas —dijo mirando a Tim—; sin culpa, sin piedad y sin mirar atrás. Lo he sabido desde siempre, pero no me he molestado en atender lo suficiente y es ahora, a las puertas de la vejez, cuando de verdad siento que la vida es limitada. Me he empeñado en ganar tiempo, en aplazar algunas decisiones y en pintar de infinito el futuro que me queda. Pero, cuando ves de cerca la muerte, como la hemos visto estos días, es cuando entiendes que lo que está por venir puede que no llegue; que te quedes a medio camino. Como le ocurrió a Seb. —Amelia tragó saliva—. Ahora mismo estoy vivo —siguió Ramiro—. Y la vida hay que vivirla. Y he decidido que voy a conocer a mi hermano pequeño.

Amelia se iluminó y Ramiro sintió la satisfacción del que ha sabido dar con el regalo perfecto.

—Pero dijiste que tu pueblo es de interior —dijo Tim.

—Podemos ir en el coche de Amelia —propuso Ramiro.

—No lo entiendes: quiero sacar el barco del puerto de Canesba —dijo el griego—. Aquí no puede quedarse después de lo ocurrido. Presiento que volverán a por el muerto o a por mí.

—Esperemos a ver qué me dicen el lunes —dijo Marisol—. Después, Ramiro, Casi y tú os vais en barco hasta el puerto más cercano a su pueblo, argumentando lo que tú quieras a quien debas darle explicaciones, y Amelia y yo iremos en coche en cuanto podamos. Os recogeremos allí donde estéis y daremos comienzo a la búsqueda del hermano perdido.

—Yo digo que sí —dijo Amelia. Su interior volvió a llenarse, pero sintió un desorden extraño. Como el que intenta organizar una habitación a toda prisa y acaba escondiendo lo que sobra debajo de la cama. Sus pensamientos se aceleraron y empezaron a parpadear como luces de neón a la espera de que ella eligiera una opción: quedarse en Canesba, regresar a su antiguo hogar o marcharse con aquellas tres personas y ese perro a un lugar distinto, desconocido y lejano—. Sí —repitió más serena, con las palpitaciones aminorando el trote—. Toca ayudar a Ramiro.

—Me parece bien —dijo Tim. Amelia y Marisol se abrazaron emocionadas y Casi se alzó sobre las patas traseras para sumarse al abrazo.

—¿Y lo que queda de esta noche qué hacemos? —preguntó Ramiro.

—Repetimos acampada en mi apartamento —dijo Amelia con energía—. Desde allí podremos vigilar el barco.

Se abrió otra oportunidad para seguir ampliando el álbum de fotos. Amelia recuperó el olfato y percibió un olor intenso a selva virgen, a pesar de no haber pisado una en su vida.

31

Vía libre

El domingo fue un obsequio para todos. No salieron del piso de Amelia y lo disfrutaron como si se tratara de una tregua en el Edén. Lo primero que hicieron, tras darse los buenos días, fue comprobar que el puerto seguía en calma.

Mientras desayunaban, Ramiro les contó historietas de su pueblo, de su infancia y de su familia y empezaron a planear el viaje con ilusión, trazando rutas alternativas por tierra y por mar con posibles puntos de encuentro.

—¿Avisarás a tus otros hermanos de tu llegada? —le preguntó Tim.

—Ni hablar —respondió Ramiro—. Prefiero que nadie lo sepa. Hay un hostel en la entrada del pueblo y podremos quedarnos allí. Recuerdo que era muy barato y que se comía de fábula. Espero que siga en pie.

—Dime nombre, que lo busco —dijo Marisol.

—No lo sé —dijo Ramiro—. Todo el mundo lo llamaba «el hostel».

—¿Y el pueblo? Aún no nos has dicho cómo se llama tu pueblo —continuó ella.

—Villapenosa.

—Va, en serio, Ramiro —dijo Marisol.

—Se llama así —confirmó él—. Villapenosa. ¿Qué quieres que te diga? Yo no lo bauticé.

—Esto promete —dijo Tim.

El lunes por la mañana, Tim, Ramiro y Casi fueron directos a Capitanía para informar de su partida. El amarre quedaría libre hasta nuevo aviso. No hubo complicaciones ni sospechas de ningún tipo. Dedicaron la mañana a la compra de provisiones. Les esperaba una travesía larga, de unas veinte horas teniendo en cuenta alguna parada.

Por su parte, Marisol acudió a la cita prevista en el salón de belleza.

—Me han despedido —contó al reunirse con sus amigos al mediodía en el piso de Amelia.

—¿Por qué? —preguntó Ramiro—. ¿Eso es legal?

—En realidad, no me renuevan el contrato de prueba y listos —dijo ella—. Era lo más fácil. Y mejor así. No me apetecía mucho volver a sabiendas de que por ahí corre sangre turbia. Ya encontraré otra cosa. Además, ahora soy tan libre como vosotros y puedo ir adonde me plazca sin necesidad de esconderme de nadie.

—Tómate unas buenas vacaciones —dijo Tim—, que te las mereces. A la vuelta ya decidirás qué hacer. ¿Tienes derecho a paro?

—Sí, tranquilo. Y también tengo ahorros de los que echar mano —dijo Marisol—. Mañana por la tarde debo ir a comisaría; la mañana la dedicaré al papeleo de mis asuntos y el miércoles, si quieres —le propuso a Amelia—, ya podremos largarnos de aquí.

Amelia asintió.

—¿Qué piensas hacer con tu nombre? —le preguntó.

—Me quedo con Marisol. Creo que me pega más que Claudia.

—Y más aún teniendo en cuenta el lugar en el que nos hemos conocido —dijo Ramiro—. Canesba es mar y es sol.

Amelia recordó el día que llegaron juntas. El miedo a no superar el plazo que su hermana le había impuesto. Las dudas al compartir las horas de trayecto con aquella mujer desconocida que se había convertido en una buena amiga. El vacío que sintió la primera noche en esa habitación de hotel tan elegante y fría. La inmensidad del mundo que palpitaba a su alrededor inundándolo todo de olores, mientras ella se debatía entre la tristeza y la esperanza. La foto con el barco de fondo. La excursión para ver delfines. Tim. Ramiro. El baúl. Los muertos y el mar. La vida y el mar. La vida. Eligió vida igual que hizo Marisol el día que decidió abandonar a Sancho e igual que había hecho Tim dos noches atrás.

—¿Estás bien? —le preguntó Tim al verla tan ida.

—Han pasado muchas cosas en dos meses —dijo Amelia—. Demasiadas.

—¿En algún momento os habéis parado a pensar que si hubiésemos dejado el muerto desconocido donde estaba, igual no habrían matado al hijo de mi jefa y no habría muerto Sancho? —preguntó Marisol.

—Prefiero pensar que si no se hubiesen equivocado de barco al esconder el cadáver, estaríamos tan panchos disfrutando del verano —respondió Tim.

—Tal vez —añadió Ramiro—, pero os aseguro que entonces no estaríamos ahora planeando encontrar a mi hermano.

—De nada sirve pensar en otras opciones —dijo Amelia—. El pasado queda atrás y no podemos cambiarlo, pero, ojo —advirtió—, que aunque nos alejemos de él, siempre puede regresar. Basta percibir el olor a gasolina que nos llevó a descubrir la tragedia para convertir el pasado en presente. No subestiméis nunca el poder del olfato.

—Deberíamos hacer una promesa —dijo Marisol—: no hablar del tema nunca más. Si no dejamos de evocar el pasado, este nunca llegará a serlo del todo. Dejo al margen el tema olores, porque las emociones que van ligadas a nuestros sentidos no se pueden controlar. Me centro en los delitos compartidos que permanecen en presente, pendiendo de un alambre feo. Imaginaos una mariposa que no logra desprenderse del capullo y que debe volar con él pegado a su abdomen. Sería una metamorfosis incompleta. Pues así estamos. Puede que el pasado memorable, bueno o malo, sea de tiempo inacabado: tres cuartos de tiempo transcurrido y un cuarto de tiempo en curso. Recordar es revivir y se revive en presente; eso es obvio, pero podemos esforzarnos en silenciarlo. Hay que enterrar lo ocurrido de algún modo o no podremos avanzar.

—¿De qué delitos hablamos? —se burló Tim para demostrar que él era el primer interesado en pasar página.

32

En ruta

Al día siguiente, Marisol canceló el contrato de alquiler de su apartamento, que por petición suya y dada su situación especial se renovaba semanalmente. Trasladó sus cosas al piso de Amelia. Eran pocas cosas. No sabía si regresaría a Canesba después de la expedición a Villapenosa, pero sí tenía claro que, en caso de hacerlo, no pensaba volver a pisar las baldosas sobre las que murió Sancho.

Tim, Ramiro y Casi habían zarpado de madrugada e iban mandando mensajes de vez en cuando.

Amelia llenó el depósito del coche mientras Marisol llevaba un par de bolsas a Cáritas con ropa, calzado y algunos utensilios. Es uno de esos gestos que siempre implican un avance. Desprenderse de algo para cederlo a otra persona que lo necesita más que tú aporta nitidez a los ojos que miran hacia dentro. Solemos ignorarlos y no es bueno andar con el interior opaco.

Comieron en el restaurante al que fueron el día de su llegada a Canesba. Fue como completar un ciclo. Siempre resulta agradable sentir que se cierra lo que no debe quedar abierto y que la vida ha dado otra vuelta entera de las suyas para que inicio y fin se fundan en un círculo perfecto. Punto y final. A la mayoría nos satisface que las cosas salgan redondas. Esta fue la percepción de Marisol; sin embargo, para Amelia aquel giro no cerraba del todo; ella se sentía inmersa en una espiral, dando vueltas que se ensanchaban o se estrechaban, pero que no llegaban a confluir.

A primera hora de la tarde, Marisol acudió a su cita en comisaría y respondió sin levantar sospechas a todas las preguntas. Le tomaron declaración y se marchó tranquila.

Después, al atardecer, el trayecto en coche junto a Amelia se llenó con más palabras.

—No entiendo qué dudas puedes tener con lo tuyo con Tim —dijo Marisol en una de las conversaciones—. Si sientes algo cuando estás con él, siéntelo al cien por cien. No te reprimas. No cedas ni el grosor de una pestaña. Eres libre. Haz lo que quieras hacer. No hay más.

—El problema es que no consigo distinguir si se trata de amor o de necesidad de amar.

—Qué más da. No creo que sea importante en esta fase de la relación.

—Es que tampoco sé si lo nuestro puede llamarse relación.

—Mira, Amelia, las dudas son como la mala hierba. Como te despistes, lo invaden todo. Hay que arrancarlas de raíz; que traducido a lo tuyo es lanzarse a sentir y que pase lo que tenga que pasar. Hazte la gran pregunta: ¿qué puedes perder?

—No mucho —dijo Amelia.

—Y ¿qué puedes ganar?

—Aventuras. —Sonrió.

—Tim es un buen hombre —dijo Marisol.

—Yo también lo pienso, pero ese pasado..., hay algo que cojea. No sé, demasiados asuntos sin resolver.

—¿Demasiados? Solo arrastra uno y si no se resolvió en su momento no fue por su culpa. No todo el mundo tiene la suerte que tú has tenido con tus hijos.

—Tampoco son perfectos, no te creas.

—Ya. Me gustaría saber el grado dañino de sus imperfecciones.

—Mínimo —dijo Amelia—. Tienes razón. En eso he sido muy afortunada.

—¿Sabes qué pasa?

—¿Qué pasa?

—Que mucha gente no aprecia realmente lo que implica una relación madura como la vuestra —dijo Marisol—. Y lo llamo relación porque lo es, sin que ello implique una atadura. Piénsalo, solo el simple hecho de no tener que planear un futuro que abarque la vida entera, porque la mitad del trayecto ya está recorrido, es motivo suficiente para lanzarse a disfrutar.

—Bueno —dijo Amelia—, es cierto que ya no hay que empezar de cero, pero mientras quede tiempo por vivir habrá que seguir maquinando.

—Pero sin la presión del que tiene que empezar a construirlo todo: familia, casa, empresa... ¿De verdad no te das cuenta del privilegio de poder vivir de las rentas? Y no me refiero al dinero. Me refiero a la experiencia.

—Ya sé a lo que te refieres, Marisol, y... quizá tengas algo de razón.

—¿Algo?

—Ajá.

—Mira que eres terca..., a ver si voy a tener que hablar con tu hermana.

Amelia soltó una carcajada. Aquel comentario le recordó a Sebastián y la ternura logró que, por fin, bajara la guardia y se relajara.

En el Saudade los temas de conversación eran distintos.

—¿Ya sabes dónde encontrar a tu hermano? ¿Lo tienes localizado de algún modo? —preguntó Tim.

—Sé su nombre. Y ya es mucho teniendo en cuenta que nunca he querido saber nada de él.

—¿Cómo se llama?

—Sergio.

—Dime apellidos, que lo busco. Igual aparece en las redes sociales.

—Ni hablar. Quiero que la sorpresa al vernos sea la misma para él que para mí. No quiero andar con ventaja. Pero ¿tú dominas esas cosas?

—Pues claro. Tengo un negocio que necesita visibilidad. Y no te escaquees, venga: ¿tu hermano nunca ha intentado dar contigo? —preguntó Tim, extrañado.

—Si lo hizo no lo consiguió o, en caso de haberlo hecho, no le gustaría el resultado, porque nunca se me ha presentado nadie

argumentando ser él. Seguro que habrá vivido sumido en la vergüenza.

—Vergüenza ¿por qué?

—Por ser el fruto de una pareja destructora de hogares y familias.

—No fastidies, Ramiro. El amor es incontrolable.

—Y una porra. Hay cosas que no se hacen. Que no se deben hacer, vamos.

—Tu padre y Felisa se enamoraron. Prueba de ello, la criatura. Y siguieron juntos hasta que falleció tu padre, ¿no?

—Y ella tardó lo justo en largarse a Portugal con otro.

—¿No habrás organizado este teatrillo de la «gran búsqueda del hermano perdido» para vengarte de ellos humillando a Sergio?

—No es mi intención —respondió Ramiro con la cara del que lo ha perdido todo en el casino—. Mi hermano no tiene la culpa de lo que pasó. En eso tenéis razón. Habrá pagado el pato muchas veces, pero él no fue el traidor. —Se rascó la cabeza en un gesto inconsciente de incertidumbre—. Me va a costar —dijo—. Ya te lo adelanto. Porque mis entrañas habían pedido un hijo y recibí un hermano.

33

El hostel

Al llegar la noche, Marisol y Amelia compartieron habitación en un parador precioso a unos treinta kilómetros de Villapenosa; mientras que ellos se concedieron un buen homenaje en el barco por si las cosas no salían bien a partir del día siguiente.

Amelia se acostó con el deseo de reencontrarse con Tim y le resultó muy placentero entregarse al sueño soñando. Aquel lugar olía a dama de noche y durmieron con la ventana abierta para recibir la fragancia del verano.

El puerto al que había llegado el Saudade no era realmente un puerto. Se trataba de un fondeadero con boya de amarre. El miércoles por la mañana, una motora recogió a la tripulación y la acercó a tierra. Caminaron hasta un mesón que les recomendó el chico de la lancha y desayunaron allí un buen surtido de tortillas y empanadas. Les venció la tentación de reservar mesa para no perderse al mediodía el guiso estrella de la anfitriona, zarzuela de nécoras, y le mandaron la ubicación a Amelia para que ambas se sumaran al banquete. Mientras ellas llegaban, hicieron tiempo curioseando por la zona.

Al juntarse, lo celebraron como si hiciera años que no se veían y aquel ambiente festivo sacudió hacia atrás el recuerdo de los muertos bajo el mar, como el casposo que se libra del polvillo blanco de sus hombros.

Después de comer y de agradecer hasta el empalago la hospitalidad de aquella gente, decidieron emprender la marcha, pero no encontraron a Casi por ninguna parte. El perro no acudió tras el silbido de Ramiro que tan bien reconocía y temieron que se hubiese caído en algún hoyo o que se hubiese perdido al deambular solo mientras ellos alargaron los postres. El misterio se resolvió al encontrarlo montado sobre una perra de color fuego. Ahí estaba,

dale que te pego, y nadie se atrevió a detener el revolcón canino por respeto y por no romper el abotonamiento final.

Casi una hora estuvieron, y Ramiro se jactó al escuchar ese «casi» en la mención del tiempo, sintiendo de nuevo haber acertado de lleno con el nombre de su perro.

El mesón quedaba a cuarenta y siete kilómetros de Villapenosa. Se notaba que Ramiro estaba nervioso y acabó contagiando su impaciencia a los demás.

—Al entrar al pueblo hay que tomar el camino de tierra de la derecha y a pocos metros veremos el hostel, si sigue en pie —dijo el vigilante jubilado—. Yo pillaría tres habitaciones; que cada uno se instale y después nos reunimos en el cuarto más grande para planificar bien lo que hay que hacer.

—¿No lo tienes ya todo planeado? —preguntó Marisol.

—¿Qué voy a planear si no sé si mi hermano vive allí o no? El plan es llegar al hostel. A partir de ahí dependeremos de la información que nos vaya dando la gente.

—¿Qué gente? —preguntó Tim.

—Pues los dueños del hostel, la gente del pueblo, no sé..., el carnicero, el panadero, Manoli la peluquera...

—¿Manoli la peluquera? —se burló Tim—. ¿Cuánto hace que no vas a tu pueblo? ¿Qué edad tendrá esa mujer?

Ramiro se mordió el labio y arrugó la nariz.

—Mmm... si vive tendrá unos ciento diez años —respondió—. Tendría treinta cuando yo era pequeño.

A Marisol le entró la risa floja y no pudo parar. Amelia se contagió y acabaron los cuatro tronchándose.

—Esto va a ser cómico —dijo Ramiro—. Me dejé llevar por el impulso de salvar lo vuestro —explicó mirando a Tim— y me parece que voy a hacer el ridículo más que otra cosa.

—No nos derrumbemos ahora, venga —dijo Amelia—. Seguro que alguien nos dará una pista de la que tirar.

El hostel permanecía en su lugar y estaba abierto. Se llamaba así: El Hostel.

Ramiro entró el primero, cargado de valor, y avanzó hacia el mostrador de recepción empujando las invisibles puertas abatibles de lo posible, como un forastero al entrar en un bar del antiguo Oeste americano.

—Buenas tardes —dijo Ramiro.

—Buenas tardes y *bientenidos* —dijo un hombre de mediana edad con un acento raro. Al ver a Casi se puso serio y añadió—: Perros, no. Lo siento. No es *pirmiso*.

—¿Cómo que perros, no? —preguntó Ramiro—. En Villapenosa los animales de compañía siempre han sido bien recibidos.

—En el pueblo sí —respondió el hombre—. En El Hostel no es posible. Sanidad, *pirmisos*, clientes que no gustan *maxcotas*...

—¿Algún otro hostel, pensión u hotel por aquí? —preguntó Marisol. El hombre se encogió de hombros.

—Venga, amigo —siguió Tim—. Este perro es casi humano. No ladra ni ensucia. Está muy bien educado.

El recepcionista negó en silencio y Casi se acercó a Tim y le lamió la mano.

—Pagaremos por él el precio de otro adulto —dijo Amelia.

—Tendrá que *sir* en la habitación de patio —dijo el hombre.

—Ningún problema —contestó Amelia. Ramiro iba a protestar, pero ella lo impidió. El precio por noche era irrisorio.

Las habitaciones eran amplias, de decoración rústica sin encanto, pero estaban limpias y olían a hierba fresca. Las camas eran cómodas y todas disponían de baño completo a excepción de la que le dieron a Ramiro, que lo tenía en el patio.

La más grande fue la que les tocó a Amelia y a Tim. Cama de matrimonio y terraza con vistas al monte.

—Ni rastro de los antiguos dueños. Qué lástima —dijo Ramiro al reunirse todos en el patio. El hombre les prohibió que el perro merodeara por las instalaciones del hostel y que entrase en las habitaciones.

En el patio había un limonero enorme que estaba a rebosar y desprendía un aroma cítrico que Amelia alabó enseguida. Había una

mesa de forja con tablero de mosaico y cuatro sillas a su alrededor. Se acomodaron y empezaron a organizar la búsqueda de Sergio Laguna Méndez.

—Yo iría directamente al ayuntamiento y preguntaría por él —dijo Tim—. La búsqueda por internet no ha dado resultado.

—No nos van a dar información personal de alguien, así por las buenas —dijo Amelia—. Al menos, no deberían. Por mucho que Ramiro acredite ser su hermano.

—Aquí igual sí —dijo Ramiro—. Es un pueblo pequeño y todo el mundo se conoce, pero creo que no hará falta ir al ayuntamiento. Preguntaremos en la panadería que hay en la plaza de la iglesia. Vamos mañana a primera hora y si no saben nada o la panadería ya no está, probamos en la ferretería. Es imposible que ese negocio haya cerrado. Era un negocio familiar y el dueño tuvo siete hijos. Alguno le habrá dado continuidad.

—¿Y ahora qué hacemos? Solo son las ocho —preguntó Marisol.

—Demos un paseo por el pueblo —propuso Ramiro—. A ver qué cambios me encuentro. Os enseñaré mi casa desde lejos.

34

Villapenosa

Ramiro estaba tenso. Quizá por temor a encontrarse con alguno de sus hermanos, primos, conocidos o por toparse de cara, sin estar preparado, con el aún desconocido Sergio. Algo le decía en su interior que sería capaz de reconocerlo sin necesidad de que alguien lo señalara.

El pueblo parecía más bien una aldea por su pequeñez. Calles adoquinadas o de tierra pura. Casas de piedra con portones y ventanas de madera; la mayoría en un estado cuestionable. Letreros con el mensaje «se vende» escrito a mano, colgados de mala manera en balcones, puertas y ventanas. Sin un número de teléfono al que llamar. Todos coincidían en «información en el estanco».

Algún que otro local comercial con escaparates que seguro que causaron furor en los ochenta. En aquel momento, por horario, ya cerrados. Entre ellos la panadería y la ferretería. Varios bares, una farmacia, el estanco-inmobiliaria..., la iglesia, el ayuntamiento, una escuela y el supermercado en el que trabajó Ramiro de joven y donde conoció a Felisa. Antes se llamaba Navarro y ahora Supertodo. Sin más.

Ramiro se emocionó e hizo lo imposible por dejar atrás a sus amigos y evitar que descubrieran la humedad en sus mejillas, pero no había dónde esconderse y acabaron los cuatro sentados en un banco de la plaza.

—No te angusties —le dijo Amelia. Lo abrazó con suavidad y le dio un beso. Aquel gesto aumentó la emoción y Ramiro empezó a sollozar sin control.

—Siento que he vivido una vida que no me tocaba vivir —dijo entre hipos.

—A mí también me pasa muchas veces —dijo Tim.

—Y a mí —dijo Marisol y repartió pañuelos de papel.

—Yo siento que a mí me cambiaron la mía sin razón —dijo Amelia. Los cuatro suspiraron a la vez y la coincidencia los hizo sonreír. Casi tenía el morro sobre las rodillas de Ramiro y lo miraba como miran los que aman de verdad. En silencio y con paciencia.

—Aquella era mi casa —señaló Ramiro mientras se sonaba en el pañuelo—. La de la balconera verde —dijo y se secó los ojos.

—Hay luz —dijo Amelia—. ¿Seguro que no quieres informar de tu llegada? Te acompañamos. No estás solo.

Ramiro dudó unos instantes.

—No creo que sea buena idea —dijo al fin.

—Si de verdad esto es tan pequeño como dices y hemos visto, mañana el pueblo entero sabrá que estás aquí. En cuanto preguntes por Sergio... —dijo Tim.

—Eso es cierto —afirmó Amelia—. Es mejor que te adelantes y des la cara por tu cuenta. Quizá quien viva allí te brinde la información que necesitamos y ya no habrá que preguntar a nadie más.

Ramiro se levantó y se sacudió la camisa. El perro hizo lo mismo con su pelaje y después ladró un par de veces para indicar que estaba listo.

—Está bien —dijo Ramiro—. Siempre estamos a tiempo de largarnos cagando leches.

Se acercaron a la casa en un mutismo absoluto. Cada uno con su versión particular en la cabeza de lo que podría suceder al abrirse aquella puerta.

Se detuvieron frente al portal y Ramiro inspiró como si tuviese que apagar cien velas sobre una tarta de una sola vez. Pulsó el timbre y sonó a pasado muy lejano.

La puerta se abrió y apareció un chico de unos quince años.

—Hola —dijo—. Díganme —añadió al verlos tan callados ahí delante.

—¿Quién eres? —preguntó Ramiro.

—¿Quién es usted? —preguntó el chico.

—Yo he preguntado primero —contestó Ramiro.

—Y esta es mi casa —dijo el otro.

—Soy Ramiro Laguna González. Y también es mi casa. Bueno..., lo fue.

El chico alzó las cejas y la tirantez le obligó a abrir la boca.

—¡Abuelo! —gritó. Nadie respondió—. ¡Abuelo! —insistió—. ¡Tu hermano ha venido a verte!

—¿Qué hermano?! —se escuchó desde el interior del hogar.

—¡El que tanto suplicas ver! —concluyó.

Se oyó el arrastre de una silla seguida de unos pasos pesados que se fueron acercando. Ramiro sintió que se ahogaba y temió desmayarse, pero Casi le dio un pequeño empujón con el hocico y Ramiro se estabilizó.

Apareció un hombre algo mayor que Ramiro y con muy mal aspecto. Iba medio encorvado. Con una mano arrastraba un carrito con una botella de oxígeno, que iba conectada a través de un cable transparente a su nariz, y con la otra se ayudaba de un bastón.

—¿De verdad has venido a verme, Ramiro? —preguntó el hombre.

—Paco —dijo Ramiro con cara de asombro al ver a su hermano en aquel estado—. ¿Qué te pasa?

—Pasa que me pasé —dijo el hombre—. Y ahora toca pagar los intereses de mis excesos.

El chico los invitó a entrar y, tras cerrar la puerta, lo primero que hizo fue llenar un cuenco con agua fresca para el perro.

Ramiro observó el lugar con ojos brillantes y con la respiración pausada y profunda. Aquello era un viaje emocional tremendo al epicentro de los recuerdos. Algunos sanos y otros mal curados. Se agolparon de súbito en su mente un puñado de sueños no alcanzados, junto a otros tantos que sí se habían hecho realidad, pero que hasta ese momento habían permanecido enterrados.

—Está todo igual —susurró Ramiro.

—Tú sí que estás igual, puñetero —dijo Paco, sin reparar en el hecho de que cuando uno regresa al hogar de la infancia lo hace con la edad del presente y, al llegar allí, choca de morros contra su versión joven. Por unos instantes busca encajar en la imagen que lució en aquella época, pero ocurre igual que con la ropa: no entra en ella ni de perfil y si, con suerte, consigue hacerlo, el resultado es ridículo. La mentira piadosa de «tú estás igual» que le soltó Paco no coló. No coló y le escoció. Le dolió porque no fue un comentario

veraz; porque el paso de los años había dado para muchísimo cambio.

Un viaje al pasado siempre es arriesgado y el billete de ida nunca vale lo mismo que el de vuelta.

Amelia, Marisol, Tim y Ramiro fueron invitados a sentarse en el sofá. El chico lo hizo al lado de su abuelo. Ambos en sillas frente a los cuatro recién llegados. Los separaba una mesita baja de mimbre. La casa olía a almendras y a madera.

—Este es hijo de mi Tere —dijo Paco señalando al muchacho con la cabeza—. Ha sacado malas notas y lo han castigado a pasar el verano aquí conmigo. Se llama Ramiro como tú y por ti. Ramiro sintió que su sangre cogía velocidad—. Llevamos tiempo buscándote, pero nadie sabe nada de ti. Te perdimos la pista en un garaje.

—¿Quién va a saber de mí? Me echasteis de mala manera tras el funeral de mamá.

Paco bajó la vista y se encontró con las uñas amarillas que asomaban de sus chanclas.

—¿Quieren tomar algo? —preguntó el joven Ramiro—. La vecina nos trajo un bizcocho casero esta mañana. Está muy bueno.

Al ver que nadie contestaba, pero que todos sonreían sin saber qué decir, el chico se levantó y se fue a la cocina.

—¿Qué sabes de la familia? —preguntó Ramiro—. De Pablo, José, Pedro... esposas, hijos, nietos...

—Todos bien —respondió Paco—. Bueno, bien, van tirando. Los que siguen vivos, claro. No sé si sabes que Guadalupe murió hace años. Me dejó solo, Ramiro. Tere y Miguel ya se habían marchado a otro lugar para prosperar y estos solo vienen aquí a pasar la Navidad y algunos días en verano. Los hijos crecen y se van.

—Dígamelo a mí —dijo Amelia.

—Soy el único de la familia que vive todo el año en el pueblo —siguió Paco—. El resto anda desperdigado por el país. Si es que no te puedes hacer viejo. De joven hay que entrenarse para saber envejecer, y ¿eso quién lo hace? Nadie te lo explica y un día te ves reflejado en el espejo y ya es tarde. Te has convertido en un carcamal y no practicaste ni un solo día para adaptarte y aceptarte.

¡Hala! Apechuga con el tío ese feo que apenas reconoces y que no hace más que quejarse. ¿Te has fijado en mi nariz? —Ramiro torció el gesto y apretó los labios para no decir una burrada—. ¿En serio es mía? —continuó Paco—. ¿Desde cuándo he tenido yo semejante alcachofa pegada a la jeta?

—Con la edad vamos cambiando —dijo Marisol.

—Ya lo creo —dijo Paco. Se levantó con mucho esfuerzo, acompañado otra vez del ruido molesto del arrastre de la silla. Su nieto, que regresaba de la cocina con una bandeja llena de cosas, la aparcó sobre la mesita y le ofreció ayuda, pero el abuelo la rechazó. Se acercó hasta el sofá y se dejó caer, deslizándose por el bastón hasta quedar de rodillas en el suelo. Amelia se puso de pie e intentó levantarlo al pensar que le habían fallado las piernas.

—¡Quita, mujer! —la espantó Paco. Ella se retiró abochornada y Tim le tendió la mano para que se sentara de nuevo a su lado y le restara importancia al tono del comentario. Ramiro se irguió y se notó la boca muy seca. Pensó que el llanto que había soltado en la plaza lo había dejado sin reservas.

—¿Qué haces? —preguntó Ramiro.

—Pedirte perdón —contestó su hermano—. Perdóname. Te tratamos muy mal. Todos. Injustamente y durante muchos años. Sé que es tarde para arreglar el daño que te hemos causado, pero necesito que me perdones. Me estoy muriendo, ¿sabes?, y no puedo salir de este mundo y entrar en el otro sin que me hayas perdonado. Necesito irme en paz.

Ramiro soltó un montón de aire que hizo que sus labios sonaran al vibrar. Después se desplomó sobre el respaldo del sofá con la pesadez lánguida de un muñeco de trapo. Alzó la cara hacia el techo con los ojos cerrados. Después volvió en sí, recuperó la movilidad y se inclinó hacia Paco.

—Ayúdame a encontrar a Sergio y estarás perdonado.

La expresión de Paco mudó por completo. Se apoyó en el bastón para levantarse, cosa que hizo con más rapidez de la esperada, y con el rictus amargo le dijo:

—Prefiero pudrirme en el infierno antes que hablar de ese marrano.

35

Una pista que seguir

—No avanzamos —dijo Ramiro de vuelta en la calle—. Yo no sé cómo me lo monto que siempre me acaban echando de la que fue mi casa.

—Tu hermano Paco no está bien de la cabeza —dijo Amelia—. Y es un egoísta engreído. Te pide perdón para poder morir en paz. Qué canalla... No lo hace por ti, sino por él.

—El perdón es perdón —dijo Tim—. Si uno perdona, el otro es perdonado y la paz se reparte.

—Las cosas no se hacen así —dijo Marisol a favor de su amiga.

—Pues nada —dijo Ramiro—, mañana preguntamos en otro lugar.

—¡Ramiro! —gritó una voz a sus espaldas. Se giraron los cuatro y vieron al nieto de Paco que aceleraba el paso para darles alcance. Se detuvieron donde estaban y lo esperaron.

—¿Ya se ha muerto? —se burló Ramiro.

—No seas cruel —le riñó Amelia.

—Es lo único que tengo de Sergio —dijo el chico y le entregó a Ramiro el recorte de una revista—. Mi abuelo no lo sabe.

Ramiro miró el papel con detenimiento.

—Gracias —le dijo e hizo el gesto de guardársela en el bolsillo.

—¡No, no! —exclamó el chico con rapidez—. La foto es mía. Haga una con su móvil y me la devuelve.

Ramiro se quedó con el recorte de papel en la mano sin reaccionar. Tim sacó su móvil, hizo la foto y le devolvió el original al chico, que se largó pitando.

—Le pusieron Ramiro por mí —dijo Ramiro observando cómo se alejaba, con cierto orgullo de tío abuelo consagrado y con la mano aún extendida como si la fotografía de Sergio permaneciera entre sus dedos.

—Si lo bautizaron con tu nombre es porque te quieren y en algún momento hubo arrepentimiento por el daño que te hicieron —dijo Tim.

—O eso o que el muchacho fue un hijo no deseado y lo quisieron marcar de por vida —se mofó Ramiro—. A ver la foto —le pidió a Tim.

Tim le mostró la pantalla del móvil. Era una fotografía de un grupo de personas posando en la entrada de un restaurante. Amplió la imagen para leer bien el texto que aparecía a pie de foto: «Por orden de izquierda a derecha: Braulio Conillas, Marcos Vázquez, Sergio Laguna y Andrés de la Torre». Ramiro se acercó todo lo que pudo.

—¿Quién es? —preguntó Marisol.

—Este de aquí —señaló Ramiro con el dedo sobre el tercer individuo.

—Déjame verlo... —Amelia le quitó el móvil a Tim y lo miró con suma atención—. Es igual que tú en joven —le dijo a Ramiro—. ¡Qué fuerte! El parecido es alucinante.

—Porque es clavado a mi padre —dijo Ramiro—. Yo era el que más se parecía a él. Aunque ahora ya sé que no soy el único.

—¿Conoces el lugar? —le preguntó Tim.

—Restaurante La Caza —leyó Amelia con el móvil aún en la mano.

—Ni idea —respondió Ramiro—. No he estado en mi vida.

—¿Pone dirección? —preguntó Marisol.

—No —respondió Amelia y le devolvió el teléfono a Tim—. Solo aparecen los nombres de los que salen en la foto.

—Vaya porquería de información —dijo Ramiro.

—No seas desagradecido —dijo Marisol—. El chico se ha molestado en traerte lo que tiene. Mañana vamos a ese sitio a comer y preguntamos por él. ¿Qué más quieres?

—¿Y cómo iremos si no sabemos dónde está? —se quejó Ramiro.

—Está a media hora de aquí —dijo Tim con los ojos pegados a la pantalla del móvil—. A las afueras del pueblo y perdido en el monte. En dirección opuesta al lugar donde hemos comido hoy. ¿Ves? —le dijo a Ramiro—. Le das a «cómo llegar» y te indica por dónde hay que ir. Solo hay que poner el nombre del restaurante y listo.

—Hasta ahí llego —se quejó Ramiro.

Entraron al único bar que había abierto en Villapenosa para cenar algo.

—¿Ramiro? —preguntó la mujer que estaba detrás de la barra secando vasos con un paño—. Benditos los ojos.

—¡Merche! —exclamó él—. ¿Sigues aquí? —La mujer le lanzó el trapo y se rio sin reparo por mostrar una boca estropeada.

Se sentó con ellos a la mesa y ordenó en cocina que preparasen unas tapas.

—Cuéntame —dijo ella.

—Cuéntame tú —dijo Ramiro—. ¿Te quedaste con el bar?

Hablaron de su infancia y adolescencia. De las idas y venidas. De las muertes que te guían hacia un futuro que no estaba previsto y de las vidas que se suman y unas veces aportan y otras restan.

—Sergio... —dijo Merche al escuchar las intenciones de Ramiro—. Menudo es. No vive en el pueblo, pero se deja ver de vez en cuando. Viaja mucho. Yo no tengo nada en su contra, créeme, pero reconozco que no es de trato fácil.

—¿Por qué? —preguntó Tim—. Su hermano Paco no quiere ni nombrarlo.

—Ni caso —dijo ella—. Ya sabes cómo es tu familia —dijo apuntando a Ramiro—. Cualquiera que se salga del patrón es un apestado. Tu hermano chico no es mala gente. Pero es esquivo. Nunca se ha esforzado en relacionarse con los de aquí. No ha encajado nunca en Villapenosa; piensa que se largaron los tres: tu padre, la arpía y la criatura, aunque venían de vez en cuando. No sé por qué, la verdad. La gente los trataba fatal y, cuando tu padre murió y ella se largó a Portugal, Sergio desapareció una buena temporada. Se ve que se metió en negocios de restaurantes y cosas raras. Tiene... —Merche alzó la mano y frotó los dedos índice y corazón con el pulgar para indicar que el susodicho había hecho fortuna.

—¿Y estos? ¿Conoces a sus amigos? —preguntó Tim mostrándole a Merche la foto de la foto.

—No sé quiénes son, pero las caras me suenan —respondió ella—. Vete tú a saber. Pero cuéntame de ti, Ramiro, ¿qué has hecho estos años? ¿Tienes hijos, nietos?

Se pusieron al día en minutos y les resultó increíble que tantos años transcurridos pudieran resumirse en tan poco tiempo. Del mismo modo que un solo instante, de entre los muchos vividos, le marcara a Ramiro la vida entera.

Comieron bien, bebieron buen vino y se rieron de los chistes de Merche y de su marido, el cocinero, que al terminar la faena salió y se sentó con ellos.

Ramiro recuperó el ánimo y se dio cuenta de que no era el repudiado del pueblo, que la gente lo recordaba con cariño. Quizá el dolor que vivió en el pasado lo empujó a creer que lo despreciaban o que sentían lástima por él. Puede que fuera así en algún momento, pero el tiempo cubrió de polvo el hueco de las huellas que dejó al marcharse y el camino quedó liso y sin fisuras. Ramiro se sintió cómodo y la felicidad le acarició la nuca un buen rato.

No lograron sacar más información sobre Sergio. Parecía un personaje misterioso con el que nadie se quería relacionar.

—Somos gente tranquila, ya lo sabes —dijo el cocinero—. No nos gusta la bulla.

—Pero ¿qué pasa, que Sergio arma jaleo? —preguntó Ramiro.

—Ya no tanto —contestó Merche—. Es un tipo peculiar. Maneja billetes y siempre va muy elegante. Ya has visto el traje que lleva en la foto. Quizá al vestir así se siente superior al resto.

—Que le den —dijo el cocinero.

—A mí me da igual —dijo Merche—. Que cada uno haga lo que quiera, mientras no perjudique al resto. ¿Estamos?

Ramiro asintió y cambiaron de tema.

Fue una noche distinta.

Amelia y Tim hicieron el amor en el hostel, como hacen muchas parejas al llegar a un lugar nuevo, con la intención de dejar marca en su memoria amatoria. Marisol leyó hasta quedarse dormida y Ramiro, en la intimidad de su habitación, no dejó de darle vueltas a

lo ocurrido: a la imagen de su hermano implorando clemencia, a su sobrino nieto con su mismo nombre, a la foto de Sergio con gente desconocida y de apariencia distinguida, al cariño que le mostraron Merche y su marido; sin resentimientos ni rencillas. Le costó dormir, pero al final cayó vencido de tanta emoción. Y Casi se durmió como duermen los perros: a pata suelta y con la oreja despierta.

Al día siguiente, Ramiro se levantó pronto para pasear a Casi. Después lo dejó en el patio del hostel y se juntó con el resto para desayunar en el comedor.

—¿Qué hacemos? —preguntó Marisol.

—Os enseño un par de lugares bonitos que hay por aquí —dijo Ramiro— y después nos acercamos al restaurante de la foto. A ver si tenemos suerte. ¿Os parece bien?

El plan fue bien recibido y en pocos minutos ya estaban los cinco en el Range Rover.

Visitaron la cueva del Lamento, la fuente de la Esperanza y una ermita del siglo XI que había perdido parte de su tejado.

Ramiro los llevó al lugar donde perdió la virginidad y le gustó comprobar que aquel árbol tan enorme conservaba intacta su majestuosidad envolvente.

—Cuántos secretos guardarán estas ramas... —dijo con media sonrisa.

Se sentaron en el suelo con la espalda apoyada en el tronco y, sin mirarse, se animaron a contar por turnos y cada uno a su manera la primera de todas sus veces.

36

Visto y no visto

A la una se montaron en el coche y Amelia puso la dirección del restaurante en el navegador.

—Treinta y tres minutos hasta el destino —dijo. Ramiro silbó una melodía de misterio y la acompañó con el balanceo de sus hombros.

—¿Reservamos mesa? —preguntó Tim—. En la web aparece el teléfono.

—No —respondió Ramiro—. Mejor llegar y... ya veremos sobre la marcha.

El camino era precioso. Rodeado de bosque y silencio. Amelia lo imaginó en un día de tormenta y se estremeció. Bajó la ventanilla y aspiró el aroma que emana la naturaleza justo antes de ser invadida. Después, el rastro del coche la adulteró. Le vino a la memoria el olor de la resina adherida a las piñas que recogía junto a Sebastián. Su mente regresó allí por un segundo; después volvió al presente y miró a Tim. Lo deseó y se sintió fuerte. Él correspondió a la mirada ajeno a los pensamientos de ella y le lanzó un beso.

Atravesaron un puente sobre un riachuelo por el que Ramiro nunca había pasado; al menos no recordaba haberlo hecho.

—¿Y si en el restaurante nadie conoce a tu hermano? —preguntó Marisol.

—Comemos, regresamos a Villapenosa y preguntamos por ahí —dijo Tim.

No hizo falta preguntar en ninguna parte. Llegaron al destino: una finca imponente hecha de piedra. Amelia aparcó bajo una pérgola de madera. Al salir del coche, Casi se fue directo en busca del primer árbol y el resto avanzó con tranquilidad en dirección a la escalinata que precedía a la entrada. Les quedaba a unos cincuenta metros. Y allí, en esa breve distancia entre ellos y la versión real del restaurante de la foto que Tim capturó con su teléfono, apareció

Sergio con paso seguro y distinguido. Iba solo y no los vio. Había surgido de la nada, de unos arbustos podados de manera artística, y avanzaba hacia la entrada consultando el móvil, centrado en esa vida comprimida en una pantalla y distraído por completo de la realidad exterior que lo acechaba.

Ramiro se detuvo y detuvo al resto.

—Es él —dijo.

—Llámallo, corre —propuso Marisol—, antes de que entre.

—No, por favor —dijo Ramiro—. Necesito un minuto. Siento que me va a dar un infarto. Lo noto; lo digo en serio. —Se puso una mano en el pecho—. Es él. Es Sergio. Es mi hermano.

—Tranquilo —dijo Amelia—. Estamos contigo. No pasará nada que tú no quieras que pase. —Recordó que esas mismas palabras se las dijo Marisol cuando ella dudaba si acudir a la primera cita romántica con Tim.

Sergio llegó a la escalinata, pero, antes de alcanzar el primer peldaño, apareció un todoterreno negro con los cristales tintados que frenó en seco a su lado levantando una nube de polvo que ensució el momento. Se bajaron del coche dos hombres encapuchados, le taparon la cabeza a Sergio con una bolsa de tela gris, lo agarraron por la fuerza y lo metieron en el asiento de atrás en menos de un segundo. El coche arrancó y desapareció.

Se quedaron los cuatro como si el mundo hubiese perdido el color, el sabor y el dichoso olor. Se cortó el tiempo y la vida avanzó durante unos segundos a cámara lenta.

Casi los rescató del aturdimiento. Saltó sobre Ramiro y Ramiro reaccionó.

—¿Lo habéis visto? —dijo al dejar de ser estatua—. ¡Han secuestrado a mi hermano! Ahora. Aquí. Delante de nuestras narices a plena luz del día. ¡¿Lo habéis visto?!

Tim se agarró a su propio cabello con ambas manos, como si eso le permitiera seguir en pie, y empezó a soplar atropelladamente porque no le salían las palabras. Marisol se mordió el labio, apretó los puños y empezó a dar saltitos como cuando descubrieron al muerto desconocido en el tambucho, mientras que Amelia hiperventilaba dentro de la cueva improvisada de sus manos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Tim, al fin.

—Hay que seguirlos —dijo Ramiro.

—¡No! —gritó Amelia—. Basta de tomarnos la justicia por nuestra cuenta. Basta. Lo digo en serio. Tenemos que entrar al restaurante y contar lo que hemos visto. Nos ayudarán.

—Lo van a matar —dijo Ramiro con cara de pánico—. ¿Y si los del restaurante están en el ajo? Este lugar apesta.

—¡Al coche! —ordenó Tim.

No hubo más discusión. Corrieron como locos hasta el Range Rover, se subieron y Amelia arrancó pisando el acelerador hasta el fondo.

—Esto acabará mal —dijo ella—. ¿Adónde vamos? No conocemos estos caminos y no sabemos de qué va todo esto. ¿Pedirán un rescate o es un ajuste de cuentas? ¿No os dais cuenta de que esto es una locura? ¿Cómo vamos a salvar a Sergio de unos asesinos? La gente que hace estas cosas es peligrosa. Nosotros no somos nadie.

—Calla —dijo Tim—. Tú sigue recto. Se fueron por aquí, es el único camino que hay.

—¿Y qué haremos si los encontramos? —preguntó Marisol, pálida y con la frente arrugada por el disgusto.

—Llama a la policía —sugirió Amelia, pero antes de que Tim dijera nada ella misma se respondió—: Ya, no podemos, claro. Somos unos forajidos, lanzamuertos al mar, asesinos de rebote que no podemos pedir ayuda. ¡Me quiero morir! —gritó sacudiendo el volante. Después frenó en seco y empezó a llorar—. Yo ya no puedo más —dijo—. De verdad que no puedo más.

—Conduciré yo —dijo Tim—. Cambiemos de asiento.

—¡Dale, Amelia! —suplicó Ramiro—. Mi hermano nos necesita.

Amelia se giró y miró a Ramiro y vio a ese hombre de mirada honesta, de cabellos blancos y sonrisa tierna. El hombre que le ofreció una horchata por haberlo ayudado a subir aquel baúl pesado con toda su vida dentro y que se comprometió a localizar a su hermano para salvar lo que había entre ella y Tim. Amelia respiró hondo y pisó el acelerador provocando un derrape que levantó la tierra y la valentía que les quedaba.

—Agarraos bien —dijo.

Avanzaron a gran velocidad por el único camino que atravesaba aquel bosque hasta llegar a un cruce que daba a una carretera asfaltada. Allí tuvieron que elegir entre dos direcciones.

—A la izquierda —dijo Marisol.

—¿Por qué a la izquierda? —preguntó Amelia, detenida en el cruce.

—Pues a la derecha —dijo Marisol—. ¿Qué más da?

—¡Allí! —exclamó Ramiro y señaló hacia el camino de la izquierda, en el que pudieron ver a lo lejos el todoterreno negro que empequeñecía por segundos carretera abajo.

—Hay que pensar —dijo Tim.

—¿Otra vez? —se burló Amelia mientras tomaba el camino indicado—. Somos unos inconscientes y nos van a matar. A todos. Bueno, puede que Casi se salve, él siempre se salvará.

37

Ven conmigo

—Han parado —dijo Tim sin apartar los ojos del camino. El todoterreno había aparcado frente a una especie de establo. Un cobertizo viejo que parecía estar abandonado.

Amelia aminoró la marcha y se acercó todo lo que pudo. Paró el motor en una zona oculta tras unos árboles.

—¿Qué hacemos? —preguntó Marisol.

—Vosotros no hagáis nada —dijo Ramiro—. Esto es cosa mía. Ya habéis hecho suficiente. Me acercaré y estudiaré el modo de rescatar a Sergio. Esperadme en el coche. Si tardo mucho, largaos a toda leche y avisad a la policía.

—Esto también es cosa mía —dijo Tim—. Que tú me ayudaste a mí con lo del barco. No voy a escaquearme ahora.

—Y a mí me ayudaste con lo de Sancho —dijo Marisol.

—Y a mí también, que a Sancho lo empujé yo. El marrón era mío —dijo Amelia.

Se bajaron los cinco del coche y avanzaron en fila india y medio agachados para no ser descubiertos. Casi olisqueaba el suelo en busca de cualquier rastro.

—Solo observamos, ¿entendido? —susurró Ramiro como cabecilla del grupo—. Hay que ver dónde lo tienen, cuántos son, si van armados... y regresamos al coche. Trazamos un plan y actuamos. Nada de improvisar. Y depende de cómo pinte la cosa, lo dicho: llamamos a la policía. No nos la vamos a jugar más.

Asintieron.

No había nadie. Era el lugar perfecto para cometer un crimen. Para tener a alguien cautivo y torturarlo sin problema.

Llegaron al cobertizo y se colocaron pegados a una de las paredes para avanzar con discreción. Las ventanas estaban selladas. No se veía nada ni a nadie. No se oía ningún ruido ni se escuchaba una

sola voz. El perro buscó la mirada de Ramiro a la espera de instrucciones. Ramiro ordenó silencio y calma con un gesto.

De repente, sonó una música. Se quedaron quietos aguantando la respiración. Ramiro enloqueció, algo debió romperse en su interior y perdió el control que tan bien había mantenido y, ante el asombro del resto, se llevó las manos a la espalda, las metió por debajo de la cinturilla trasera del pantalón y sacó la pistola falsa. La agarró con ambas manos, como tantas veces había visto hacer en las series policíacas; se alejó de ellos, avanzó hasta la entrada y le pegó una patada brutal al portón, que se abrió y los dejó expuestos al peligro que corría dentro.

—¡Alto o disparo! —gritó Ramiro.

Había dos hombres de pie en mitad de aquella sala. Uno con un látigo negro en una mano. El otro con una botella de licor. La decoración del interior no tenía nada que ver con lo que ofrecía el exterior. Era moderna y lujosa. Había varias camas enormes vestidas con sábanas de seda negra, armarios con espejos, una barra de bar repleta de botellas, vasos y copas. La luz era tenue, pero suficiente para ver con claridad. La música no dejó de sonar.

Al fondo, tres sillas con tres personas maniatadas y las tres con la cabeza cubierta por una bolsa de tela gris. Eran dos mujeres con vestidos cortos y zapatos de tacón y un hombre. El hombre era Sergio sin duda y estaba entre las dos mujeres.

El que sostenía el látigo lo dejó caer al suelo y alzó las manos en señal de rendición.

Detrás de Ramiro estaba Tim con una tabla de madera que tomó del suelo como arma. Amelia y Marisol se quedaron en la puerta. Casi se plantó al lado de Ramiro mostrando los dientes de manera amenazante y con el pelaje del lomo erizado. Allí dentro olía a perfume caro y a dinero sucio.

—¿Vais a uniros a la fiesta? —preguntó el hombre que sujetaba la botella.

—¡Soltadlos! —exigió Ramiro sin bajar la pistola y avanzó hacia ellos con zancadas lentas y exageradas.

—Esto es nuevo, ¿no? —dijo el que había soltado el látigo, con las manos aún en alto. El otro se encogió de hombros.

Ramiro avanzó y los secuestradores recularon.

—Voy a contar hasta tres —dijo Ramiro. Manipuló el arma y sonó como suenan las pistolas de verdad en el momento de cargarlas.

—¡Socorro! —gritó el encapuchado Sergio.

—Tranquilo. Soy tu hermano —dijo Ramiro con los brazos extendidos apuntando a los malhechores.

—A mí no me avisaron de esto —dijo el hombre de la botella, que seguía sujetándola por inercia.

—Yo me piro —dijo el otro. Bajó las manos y se marcharon los dos chino chano. Al pasar junto a Tim, este los amenazó con la tabla de madera y ambos se encogieron cubriéndose la cabeza en un gesto instintivo. Después, siguieron avanzando.

Amelia y Marisol bloqueaban la salida y los hombres se detuvieron frente a ellas sin saber qué decir. Marisol levantó los brazos y gritó como una posesa:

—¡Largo de aquí! ¡Tenemos armas!

—¡Muchas armas! —añadió Amelia.

Los dos se abrieron paso entre ellas y escaparon sin prisa, mirando hacia atrás de vez en cuando con cara de no entender nada. Se montaron en el todoterreno y se largaron.

Ramiro se acercó a Sergio y lo liberó de la bolsa que le cubría el rostro. La mirada de su hermano era la de un hombre aterrado.

—Esto es un error —dijo mirando la pistola que aún sujetaba Ramiro—. No quiero morir.

—Nadie va a morir. Tranquilo, Sergio. Soy yo: Ramiro. Tu hermano Ramiro. El que estuvo casado con tu madre antes que nuestro padre. Y he venido a salvarte.

Sergio se puso pálido y se mareó al punto de casi perder el conocimiento.

Después de soltar a las dos mujeres, estas explicaron que aquello era un juego. Se trataba de versionar escenas de películas de suspense, de crímenes, robos y secuestros y convertirlo todo en una fiesta erótica con un desenlace puramente sexual.

Aquello estaba planeado. Siempre lo estaba. Menos ese día, que irrumpieron ellos en mitad del espectáculo y arruinaron la función.

Sergio se ganaba la vida como catador de hoteles de ultralujo, por eso viajaba tanto. Por eso vestía con tanta clase y ganaba tanto dinero y por eso no lograba mantener una relación estable. Sergio era un disfrutón, un hombre sin complejos que aprendió a sacarle provecho a la vida a su manera. Y se le ocurrió crear una plataforma clandestina que enseguida ganó adeptos. Gente con ganas de sentir al límite. De explorar donde otros no se atreven. Sergio descubrió que se lo podían pasar en grande. Sus amigos y él, los que aparecían en la foto, organizaban el sarao. Creaban un guion y disfrutaban de la película desde dentro. No eran actores, pero actuaban. No contrataban a nadie; la gente se presentaba a un *casting* virtual y, superada la entrevista, participaba de manera voluntaria según sus gustos y preferencias. No era un negocio. Era un estilo de vida fuera de lo común.

Sergio sabía que lo tenían que secuestrar, pero no sabía cuándo ni dónde lo harían. Esa era la gracia del asunto. Si Ramiro y sus amigos no hubiesen irrumpido en el cobertizo, el secuestrado habría salvado a las dos mujeres y habrían formado un trío salvaje, mientras los otros dos habrían gozado del espectáculo. Excentricidades de almas libres y pudientes. Eso sí, siempre todo consensuado.

Cuando Sergio se recuperó de la impresión que le causó ver a su hermano, no podía dar crédito a la historia que le contó. Lo daba por muerto desde hacía muchos años. Por eso, cuando Ramiro le destapó la cara y le escuchó decir quién era con la pistola en alto, pensó que había acudido en venganza y, entre los nervios, la escasez de oxígeno que había respirado dentro de la bolsa, la semejanza con su padre y los efectos de la pastillita azul, le dio un síncope que lo dejó fuera de juego por unos instantes.

Una vez aclarado el asunto, Sergio se levantó y le extendió los brazos a Ramiro y se abrazaron. El abrazo, que tan buena fama tiene de unir a la gente, también ayuda a mantener cierta distancia. Porque ese acercamiento que lleva a tocarse pecho con pecho rompe el contacto visual; se gana tiempo. Se difuminan las dudas. Las del no saber cómo actuar. Es útil para despistar silencios, porque

el abrazo mismo es silencioso. Abarca y rompe las palabras. Genera una pausa que ofrece una ventaja. La ventaja de pensar con rapidez cómo dar el siguiente paso.

Acabaron comiendo en La Caza, que era propiedad de uno de los que aparecían en la foto junto a Sergio. A pesar de ser tarde los atendieron sin problema y los acomodaron en una zona privada que había en la parte trasera: un patio repleto de flores exóticas y palmeras. Con una fuente de mármol divina que refrescaba el ambiente con el murmullo de sus aguas. Todo, para que Casi pudiese estar allí con ellos. Y la comida discurrió entre muchas risas y algunas lágrimas. Porque hubo partes de relato graciosas y otras que afectaron mucho al pequeño de los Laguna al descubrir el tormento por el que tuvo que pasar su hermano.

—Pero, cuéntame, que me tienes alucinado —dijo Sergio—. ¿Cómo es que tienes una pistola?

—Es de mentira —dijo Amelia.

—¿Y por qué la cogiste? —preguntó Tim—. ¿No te dije que la dejaras dentro de la olla?

—Después de lo de Canesba... —dijo Ramiro con cara de circunstancias—. Mejor tenerla a mano—. Marisol, Amelia y Tim lo miraron con las cejas en alto en señal de advertencia. Ramiro captó el mensaje, sonrió y se hizo el loco—. Es que me gusta hacer bromas a la gente —dijo mirando a Sergio para disimular.

—¡Como a mí! —dijo Sergio, entusiasmado, y no le dio más importancia al tema—. Mira, Ramiro, no podemos recuperar lo perdido, pero se me ocurre que podríamos compartir parte de lo que está por llegar. Déjame que te compense por lo que has sufrido por mi culpa. Ven conmigo.

—¿Contigo? —preguntó—. ¿A dónde?

—A alguno de mis viajes. No te pediré que me acompañes a todos —se rio—. La semana que viene me voy a Dubái. ¿Qué me dices? ¿Te apuntas?

—Yo no puedo permitirme este estilo de vida —dijo Ramiro señalándose a sí mismo para resaltar su atuendo de mercadillo.

—No tendrás que pagar nada. La empresa me permite llevar acompañante. Y tengo trajes para aburrir. Seguro que te estarán bien; veo que te mantienes en buena forma.

—Pero es que a mí no me van estos jueguecitos raros. Que, a ver..., lo respeto. Que cada uno sea libre de hacer lo que quiera. Yo no te juzgo por eso.

Sergio volvió a reírse.

—El trabajo es trabajo, hermano —le dijo—. Los jueguecitos son aquí durante mis descansos laborales. Pero, imagínatelo, Ramiro. Podremos conocernos con calma. Tú me acompañas y charlamos, me cuentas lo que nunca nadie quiso contarme. Y me ayudas con lo mío. Comeremos en los mejores restaurantes, dormiremos en las mejores *suites* de los mejores hoteles... ¿Qué te lo impide? Dices que ya estás jubilado, que no tienes esposa ni hijos.

—Hazlo —dijo Amelia—. No pierdas esta oportunidad.

—Yo lo haría —dijo Marisol.

—Y yo —añadió Tim.

—Tenemos mucho que contarnos —dijo Sergio.

—Dos vidas enteras —dijo Ramiro.

—Aunque algún detallito siempre habrá que omitir —dijo Tim guiñando un ojo.

—Por supuesto —contestó Ramiro—. Los secretos se quedan entre aquellos a los que pertenecen.

38

Premio a la resistencia

Ninguno podría haber sospechado que terminarían comiendo tan a gusto con el que debería o podría haber sido el hijo de Ramiro, pero que nació siendo su hermano.

Ambos compartían la repulsión sufrida por parte de la familia. Los habían condenado a la más absoluta indiferencia, al desprecio que solo merecen los que han hecho algo muy malo. Al lugar donde habitan los perdedores más perdidos.

Sergio, por suerte, pudo disfrutar del cariño de sus padres, pero el acoso en el pueblo era tan potente que se mudaron a otra parte. Con el tiempo regresó a Villapenosa, no para vivir allí ni con intenciones de establecer contacto con los parientes; fue por La Caza. Por la amistad rocambolesca que hizo con Braulio Conillas, Marcos Vázquez y Andrés de la Torre. Juntos fundaron el club Adrenalin.

Los encuentros en el pueblo se sucedían de vez en cuando y en más de una ocasión habían montado un escándalo. Ahora ya los conocían y procuraban ignorarlos, pero la primera vez saltó la alarma y se armó una tan tremenda que salió en los periódicos de la comarca. Un secuestro que acabó con rehenes y secuestradores detenidos y acusados. El teatrillo les salió caro a base de multas y tuvieron que pedir perdón en público y explicar que aquello era guasa.

Los hermanos lo detestaban; de ahí que Paco no quisiera ni oír su nombre y que lo llamara marrano. No toleraban aquel comportamiento ni se habían esforzado nunca en tratar de diferenciar lo que representa el lazo familiar de las aficiones particulares y peculiares del pequeño Laguna.

—Es que no tengo ni pasaporte —dijo Ramiro al ver que aquello iba en serio.

—Yo consigo que te hagan uno exprés —respondió Sergio.

—Pero hay un problema más serio —dijo Ramiro.

—¿Cuál? —preguntó su hermano.

—No voy a dejar a Casi atrás. Siempre vamos juntos —dijo mirando al perro, que dormitaba a la sombra, acunado por el sonido del agua.

—Yo te lo cuido —dijo Tim—. Ya me conoce y sabes que adoro a tu chucho casi humano.

—Y yo le ayudaré a cuidarlo —dijo Amelia—. Cuando regreses del viaje, te estaremos esperando. ¿Cuántos días serán? —le preguntó a Sergio.

—Diez —respondió—. Tengo que catar más de un hotel.

—Por mí ningún problema —dijo Tim.

Ramiro volvió a mirar a Casi y sonrió con la inocencia del que acaba de ganar un sobre cerrado con una sorpresa dentro, porque ganar algo ya es motivo suficiente de satisfacción y alegría. A veces, el premio en sí no es lo más importante.

Terminada la sobremesa se despidieron de Sergio y quedaron en verse al día siguiente en el hostel para reservar vuelos y organizar el viaje.

—No me lo creo —dijo Ramiro dentro del coche.

—Pues créetelo —dijo Tim—. Menudo meneo acaba de darte la vida, amigo mío. Esto es un regalo.

—Y muy merecido —dijo Amelia.

—¿Y si, una vez allí, no nos llevamos bien? —preguntó Ramiro.

—Nada de «y si...» —dijo Tim—. Congeniáis de maravilla.

—¿Habéis visto cómo anda mi hermano por la vida? —siguió Ramiro, hechizado por el personaje que acababan de conocer—. Es un volatinero sobre una cuerda y sin red que lo proteja. Qué maravilla. Su visión existencial es tan alucinante que siento que yo pasé por mi juventud a medio gas. Siempre preocupado por no ensuciarme y no molestar.

—Cada uno es como es —dijo Marisol—. Tú eres maravilloso, Ramiro. Y Sergio me cae bien. Será un viva la Virgen, pero parece

honesto. Cuidará de ti, ya lo verás. Es de esas personas que tienen mucho que ofrecer y que, además, suelen ser muy generosas, pero no te sientas inferior a él en ningún momento, ¿entendido? Te aseguro que muy pocos se atreverían a hacer lo que tú has hecho hoy. Tu valor es incalculable.

—Gracias, bonita —dijo Ramiro—, pero siento que he perdido demasiado tiempo. Y eso no tiene arreglo. ¿Qué puedo ofrecerle yo a mi edad?

—Mira, en vuestro caso el pasado no cuenta, porque no existe un pasado compartido. Importa el presente —dijo Marisol—. No malgastes energía intentando compensar lo no vivido. Eso lo único que hará es distorsionar la realidad. Aprovecha lo que vendrá a partir de ahora y deja que el resto se esfume. Como un olor. Porque el olvido es transparente. No huele ni sabe a nada. ¿Tú qué dices, Amelia?

—Pues que hay que ventilar —se rio Amelia—. Ya me lo dejaste bien claro un día: que corra el aire esparciendo olores. Los recuerdos están sujetos a una variedad infinita de esencias, pero coincido con Marisol: el olvido o el hecho de no compartir vivencias pasadas es algo intangible, sin forma, color ni olor. —Marisol sonrió—. ¿De verdad no ves, Ramiro, lo mucho que puedes ofrecer? —siguió Amelia—. Él nunca ha experimentado la emoción de tener un hermano y, visto lo visto con tu familia, solo tú puedes dársela.

La historia de Ramiro dio un giro enorme. Se despidió al día siguiente en el hostel de sus amigos y de su adorado Casi, con el que se había ido a dar un paseo más largo de lo habitual de buena mañana y al que le contó que sentía la necesidad de hacer aquel viaje, pero que no sufriera, porque regresaría pronto. Le dijo que jamás lo abandonaría. Solo eran unas vacaciones. Le explicó que tenía pendiente con su hermano pequeño un pedazo de vida importante y le prometió que, a su regreso, le compensaría. El perro pareció entenderlo, agradeció la charla, el paseo y cada caricia recibida y se conformó.

Ramiro se subió al cochazo de Sergio y se abrochó el cinturón con rapidez para evitar la tentación de arrepentirse y quedarse.

Amelia y Marisol acompañaron a Tim y a Casi hasta el lugar donde reposaba el Saudade y ambos fueron trasladados hasta el barco en la misma motora que días atrás los había llevado a tierra firme. Ellas dos regresaron a Canesba por carretera, escuchando y cantando canciones de Marwán a todo volumen.

Regalos, anécdotas y una llamada

Marisol se instaló en el apartamento de Amelia.

—No te preocupes, que mañana empiezo a buscar algo —le dijo con la intención de no molestar.

—Ni se te ocurra —dijo Amelia—. El día que llegamos juntas a Canesba me dijiste: «Soy medio soledad, porque no invado». — Marisol recordó aquel momento y le dio un beso a su amiga para darle las gracias.

Desde la terraza apreciaron un mundo distinto. Fue como si la imagen del pueblo hubiese cambiado durante su ausencia.

—El olor que percibo es diferente —dijo Amelia—. Y no huele mal; al contrario. Me gusta.

Tim informaba de su posición de vez en cuando y se le notaba alegre, enérgico... Transmitía el buen humor que siempre produce ayudar a un amigo.

El Saudade hizo noche en un puerto que quedaba a treinta millas de Canesba.

Al día siguiente, Tim llamó a Amelia antes de entrar al puerto. Ellas se habían anticipado y lo esperaban con la calma del que sabe que ha llegado pronto. Ya habían recorrido el puerto entero para verificar que no había peligro. En cuanto asomó la proa del Saudade, ambas se prestaron a colaborar con las maniobras de atraque.

Casi fue el primero en pisar tierra para saludarlas y después empezó a buscar algo; seguramente a Ramiro. Regresó al barco con ojillos tristes, pero Amelia supo atraer su atención con una golosina en forma de hueso, su preferida, y el perro empezó a agitar la cola con alegría.

—¿Todo bien? —preguntó Tim mientras aseguraba los cabos de amarre.

—Todo en orden —dijo Marisol.

El Sandrine, el barco de apariencia abandonada, había desaparecido. Lo consideraron una buena señal. Si se lo habían llevado de allí podía significar que la amenaza se había mudado a otra parte.

Transcurrieron los días sin sobresaltos. Tim aceptó las peticiones de varios clientes para recuperar gastos y Ramiro no dejaba de mandar fotos al chat que Marisol creó cuando coincidieron los cuatro por primera vez en el mercadillo de Canesba y que, después del rescate de Sergio, rebautizaron por unanimidad bajo el nombre de Los Jujus.

Ninguno daba crédito a tanto lujo ni a ver a Ramiro junto a Sergio, ambos tan sonrientes y trajeados. Tan iguales. Nunca se atrevieron a decírselo, pero realmente parecían padre e hijo; mucho más que hermanos.

Agosto irrumpió con la cachaza del verano. Ya podía ir uno con prisa, que el calor le aflojaba la marcha. Algunas noches, Amelia se iba a dormir al barco. Otras iba Tim al apartamento y cenaban con Marisol en la terraza.

Hubo tardes de conciertos al aire libre y noches de lluvia de estrellas. También hubo excursiones por tierra que el perro agradeció. A veces daba la sensación de que se iba en busca de Ramiro para no regresar, pero regresaba. Y se mostraba alegre y cariñoso. Era la muestra andante y peluda de que la belleza siempre sabe abrirse paso.

Ramiro volvió a España y fueron a buscarlo al aeropuerto, que quedaba a unos cuarenta minutos en coche de Canesba.

Apareció junto a Sergio y se emocionó al verlos en la zona de llegadas. Casi salió disparado hacia él, le saltó encima y lo tiró al suelo, provocando risas y alboroto. El perro gemía y le lamía la cara y Ramiro tampoco pudo contener la euforia.

Fueron directos al apartamento de Amelia y Sergio se enamoró del lugar.

—Yo quiero uno igual con estas vistas —dijo con la mirada fascinada hacia el puerto—. ¿Sabes si hay alguno disponible en el edificio? —le preguntó a Amelia.

—Ni idea —respondió ella—. No hay ningún cartel de reclamo, pero puedo preguntarlo en la agencia que me lo alquiló si de verdad te interesa.

Ramiro no los escuchaba. Estaba concentrado en su equipaje. Buscando los regalos que había traído para sus amigos. Se le veía tan feliz, tan a gusto con su nueva vida...

Por la tarde salieron a navegar y Sergio se tiró de cabeza al mar en cuanto Tim paró los motores. Lo hizo sin pensárselo, sin complejos y sin ropa. Acompañado solo de las dos palabras que soltó mientras volaba en dirección al agua:

—¡Soy liibreee!

Los animó a imitarlo y se lanzaron los cuatro, con bañador, gritando lo mismo, como si se tratara de una contraseña para poder atravesar la superficie del mar. También saltó Casi, contagiado de felicidad o quizá con el propósito de salvarlos a todos, asustado ante tanto griterío y chapoteo.

Al atardecer, Ramiro preparó un cóctel y gozaron de la puesta de sol con huellas de sal en la piel y con la serenidad del que ha olvidado que nada es eterno.

Sonó un móvil.

—Es el tuyo —le dijo Amelia a Tim.

—No, el mío suena diferente —dijo él.

—Pues tu pantalla baila y se ilumina —insistió ella. Tim miró hacia la repisa donde lo solía dejar y comprobó que, efectivamente, era el suyo el que sonaba.

—Es Agnes —dijo extrañado con el móvil en la mano—. ¿Una videollamada?

—Por eso el sonido es distinto —dijo Marisol—. Contesta ya o se cortará.

Tim miró a Amelia y puso cara de no entender nada. Aceptó la llamada y apareció la imagen de Agnes. Hermosa, con la madurez en su punto. Reflejaba dulzura y emoción. Amelia se colocó de

manera estratégica detrás de Tim para observar la imagen sin ser vista.

—¿Me ves bien? —preguntó Agnes.

—Sí, sí —dijo Tim inmerso en la sorpresa—. ¿Cómo estás? ¿Ocurre algo? ¿Qué tal Ava? —preguntó refiriéndose a la hija que Agnes tuvo con su segundo marido en Grecia.

—De maravilla. Encantada con Bastián.

Agnes desplazó la cámara y apareció un bebé de pocos meses al que ella besó con ternura.

—¿Has tenido otro hijo a los cincuenta y dos? —preguntó Tim, alucinado.

Agnes se rio y volvió a besar a la criatura.

—Es nuestro nieto, Tim. Se llama Bastián. —La mujer alzó la vista en busca de algo que estaba a su espalda y un cuerpo se agachó y se convirtió en una imagen nítida a un lado de la pantalla. Era un hombre joven, guapísimo, con los ojos del mismo color del cielo cuando está a punto de romperse en tormenta. El mismo gris azulado de los de Tim.

—Hola, papá.

Media vida en la sombra

A Tim se le cayó el móvil. Lo recogió con rapidez e intentó volver a centrarse en el cuadradito que le tocaba, pero se le escurrió como si se tratara de un pez rabioso y tuvo que hacer malabarismos para evitar otra caída. Logró capturarlo con las dos manos y lo hizo con tanta fuerza que no cortó la llamada de milagro. Tenía el pulso descontrolado y respiraba igual que si acabara de subir una escalera muy larga. No supo qué decir.

Amelia tenía la piel erizada, como si el termómetro hubiese bajado veinte grados de sopetón. Marisol se había quedado como una estatua de sal. Ramiro se cubrió la cabeza con la toalla como una vieja de pueblo y la apretó bajo la barbilla dejando la cara enmarcada, y Sergio, que sabía lo que su hermano le había contado de cada uno de sus amigos, se acercó, se colocó junto a Tim y rajó aquel silencio incómodo con la precisión de un bisturí:

—Has tardado lo tuyo en dar la cara, chaval.

Se acabó la batería y el móvil de Tim se convirtió en un lingote negro.

—¡Cargador! —gritó Tim—. ¡Necesito el cargador! —Entró veloz a por el cable y enchufó el teléfono con la esperanza de no volver a perder a su hijo, a sabiendas de que aquella carga eléctrica era el único desfibrilador capaz de devolverle la ansiada conexión.

El móvil tardó en activarse y él se impacientó.

—Tranquilo —dijo Amelia—. Volverán a llamar.

La vida es un misterio, y cuanto más te adentras en ella más enigmática parece y cuando piensas que ya está todo hecho y controlado, algo ocurre, algo surge y la percepción del mundo se estira como si estuviese hecho de un material elástico y te das cuenta de que tu existencia aún puede dar más de sí.

Tim puso la clave a toda prisa cuando el aparato la solicitó y la pantalla se iluminó. Antes de que sonara el primer tono de llamada, la imagen de su hijo reapareció.

Damián siempre supo que su madre había regresado a Grecia, pero no se atrevió nunca a contactar con ella por temor al rechazo y por no acrecentar el dolor causado. A Tim le perdió la pista y, aunque ambos se buscaron, nunca lograron encontrarse.

Un día, Damián conoció a una chica que lo cambió todo: Diana. Con ella, algo resurgió de su interior y estuvo a punto de llamar a su madre, pero se echó atrás, porque los remordimientos, en su caso, más que insectos eran monstruos y la mordedura amenazaba con ser mortal. Pero pasó el tiempo y Diana se quedó embarazada y Damián sintió que otro tipo de energía, mucho más fuerte, tiraba de él hacia un lugar desconocido en el que las amenazas se desvanecían, donde el rencor parecía menos hostil, y entendió que aquel hijo que esperaban podía ser el antídoto al veneno con el que, años atrás, él mismo había envenenado a sus padres.

Al nacer Bastián, Damián pudo sentir el miedo, la preocupación desmedida, el dolor ajeno y el sufrimiento atroz que produce amar tantísimo. Y tomó la decisión de dar la cara aunque fuese tarde, tal y como le había increpado Sergio, y se armó de valor y voló hasta Grecia con el deseo de que esa fuera la escala obligada para llegar hasta su padre.

—Me organizo y voy para allá —dijo Tim sin pensarlo ni un segundo. Se giró y buscó los ojos de Amelia—. Podemos ir juntos, si tú quieres.

Amelia, sin saber cómo detener las lágrimas, le dijo que sí.

La videollamada se alargó más de una hora. No hubo reproches, no se mencionaron las adicciones ni las discusiones. Entre ellos aún latía amor y el sentimiento fluyó en tiempo presente y con fuerza. La suficiente para tentar al futuro; para planear un encuentro que ni Agnes ni Tim se habían atrevido a imaginar.

Damián había permanecido en la sombra como pago a su traición, pero desde allí, desde ese lugar musgoso y maloliente donde el aire es amarillo y denso, hizo algo bueno. Él fue quien logró que un pescador salvara a Tim de la miseria. Damián lo ayudó en un asunto

turbio y, cuando el hombre le quiso pagar, él rechazó el dinero a cambio de que le ofreciera trabajo a su padre. Y así sucedió. Después rompió para siempre con aquellos que habían destruido a su familia y se marchó lejos, muy lejos, perdiéndole la pista a su padre; pero siempre supo que su madre había regresado a Parikia y supo mantener con vida el anhelo de volver a verla algún día. Solo tenía que ocurrir algo que lo hiciera posible y ocurrió. Apareció Diana.

41

Te lo juro

Aquella misma noche empezaron a planear el viaje.

Para Tim, recordar los años difíciles era como masticar cristales rotos que te cortan la carne por dentro y te dejan sabor a sangre. Él luchaba por borrar el rastro del pasado con regusto a hierro, pero la desconfianza es un árbol de raíces grandes. Y la huella del dolor es como una foto movida. Da mucha rabia y no se puede arreglar porque cada instante es único e irrepetible. La única solución es retratar otras escenas, otros momentos, y guardar lo que no salió bien en el trastero bajo llave, con la esperanza de que no lo encuentre nadie.

—Me fastidia desconfiar —dijo Tim—, pero no puedo evitarlo.

—Es normal —dijo Ramiro—. ¿Cómo te crees que me sentí yo al llegar a mi pueblo?

—¿Iremos en tu barco? —preguntó Amelia.

—¡Qué va! —se rio Tim—. Serían muchos días de travesía y una ruina en combustible. Volaremos hasta Atenas e iremos en ferri hasta Parikia. Le pediré a un primo mío que nos preste su barco unos días. Es más pequeño que el Saudade, pero nos servirá de hotel y podremos ir a unas calas preciosas, ya verás. No quiero dormir en casa de mi abuela. De Agnes, perdón.

—El barco de tu primo me parece perfecto —dijo Amelia—. ¿Y qué harás con las reservas que tienes programadas para estos días?

—Cancelarlas —respondió Tim sin vacilar—. En invierno me tocará currar de lo lindo en Canarias.

—Nunca he estado en Grecia —dijo Ramiro.

—Ni en Grecia ni en ninguna otra parte —se burló Sergio—. Pero si nunca habías salido de España. Solo conoces un pedacito de Dubái.

—¿Te parece poco como inauguración a mi etapa viajera? —contraatacó su hermano.

—Para nada. Tú a lo grande, como tiene que ser.

—¿Te apuntas? —le preguntó Tim a Ramiro.

—¿Y Casi? —respondió—. Si fuese un viaje para una estancia larga me plantearía el mal rato de meterlo en la bodega del avión, pero para pocos días no. Es un perro grande y me duele imaginarlo encerrado en una jaula, aunque solo sean unas horas.

—La semana que viene me tocan Hong Kong y Bangkok —dijo Sergio—. Después tendré diez días de vacaciones. Te lo podría cuidar.

Ramiro le agradeció el gesto a Sergio, pero dijo que no. Y Tim tenía claro que no iba a esperar tanto.

—¿Y tú, Marisol? —preguntó Tim—. ¿Te unes a la expedición?

—Si se apuntara Ramiro sí que iría —contestó—, pero tres es un número ingrato cuando hay una pareja en plena efervescencia. Os merecéis intimidad. Y fíjate, Amelia —añadió—, al final lo hemos logrado. Cuatro grietas reparadas al estilo *kintsugi*. Con oro de vida. Tú has superado el duelo, yo me libré de Sancho, Ramiro encontró a su hermano y Tim ha recuperado a su hijo, con el regalo añadido de un nieto.

—Espérate antes de incluirme a mí en la vitrina de los trofeos —dijo Tim.

—Ya estás en ella —dijo Marisol—. Y de ahí no te saca nadie.

Compraron los billetes de avión y el primo de Tim no tuvo problema en reservar el barco para los cuatro días que le pidió.

Los nervios de la incertidumbre regresaron y se acrecentaron en Amelia al recibir una llamada de Maite anunciando que tenía pensado ir a Canesba. Dijo querer desconectar y conocer en persona a los amigos de los que tanto hablaba. Conocer a Tim, en realidad.

El esquinazo que le dio Amelia con el tema de Grecia le sonó a Maite a excusa improvisada y se enfadó con ella.

—Huyes de mí —le dijo.

—Y dale con huir —dijo Amelia—. Que no huyo de nada ni de nadie. Estoy donde y con quien quiero estar. Cuando volvamos de

Parikia te aviso y te vienes a Canesba a pasar la cantidad de días que tú quieras.

—Algo nuevo surgirá y me contarás otro rollo para esquivarme —dijo Maite.

—No seas tonta.

—¿Estás enferma? —le preguntó con la voz rota—. Dímelo, Amelia. Si te vas a morir quiero saberlo. ¿Te fuiste por eso? ¿Por una enfermedad incurable que te lanza a vivir al límite sin reparar en las consecuencias?

—Pero ¡qué dices! —se rio Amelia—. Estoy mejor que nunca. Sana y feliz. Anda ya, Maite. No te comas la cabeza con cosas de estas.

—Júramelo —le rogó.

—Te lo juro.

—Júralo por tus hijos.

—Mira que eres cansina... Te lo juro por ellos y por ti, que sois lo que más quiero de este mundo.

A Maite le gustó sentirse incluida en ese grupito selecto tan reducido y se tranquilizó, y Amelia se dio cuenta de lo mucho que la echaba de menos y se prometió a sí misma que al regresar de Grecia se verían sin falta.

42

Parikia

Ramiro no dio crédito a que Amelia le prestara el Range Rover durante su ausencia. A cambio, tendría que llevarlos al aeropuerto y recogerlos a su llegada. Y para allá que se fueron el sábado por la mañana los cuatro Jujus, acompañados por Sergio y Casi.

Se despidieron como si Amelia y Tim se marcharan de luna de miel, con mil coñas y carantoñas. Con la ilusión que cada uno sentía a su manera, porque aquel viaje significaba muchas cosas; aunque algunas no estuviesen nada claras.

—¿Cómo me vas a presentar? —preguntó Amelia en cuanto despegó el avión.

—¿Cómo quieres que te presente? —preguntó Tim.

—No lo sé —dijo ella.

—¿Novia? ¿Amiga? ¿Pareja? ¿Amante? —Tim se echó a reír—. ¿Por qué son tan importantes las etiquetas para vosotras? ¡Qué más da!

—No lo sé —confesó ella con cara de circunstancias—. Pues mira, ¿sabes qué te digo? Que tienes razón. Menuda estupidez. Qué necesidad tan absurda he tenido siempre de sentirme parte de algo o de alguien y de lucir la medalla más grande.

—Yo no las he tenido nunca —dijo Tim—. Ni la medalla ni la necesidad de tenerla.

—Eso me da mucha envidia, que lo sepas.

Aterrizaron en Atenas y fueron directos al ferri; tenían pensado volver otro día para conocer la capital con calma.

La imagen de la isla de Paros desde el mar Egeo fue como entrar en el Elíseo después de haber olvidado lo sufrido en el infierno. Y Amelia entendió por qué aquel país albergaba tantos mitos y leyendas.

—¡Qué preciosidad! —dijo ella.

—Bienvenida al lugar que me vio nacer —dijo él—. Dime, Amelia, ¿a qué huele mi tierra?

Amelia cerró los ojos y aspiró por la nariz con suavidad.

—Huele a origen —dijo—. A color azul.

A Amelia le encantó escuchar a Tim hablando griego con los lugareños y se acordó del día que conoció a Sebastián en París porque, al no saber que ambos eran españoles, se hablaron en francés. Cualquier idioma dispone del poder seductor de las palabras. Todo depende de la voz que las pronuncie, del tono, de la musicalidad; de la mano que las escriba, de la inclinación de cada letra. De los oídos que escuchan o de los ojos que leen. E influirán el momento, el lugar, la luz y la oscuridad. Intervendrán el olor, el tacto y puede que incluso el sabor, pero las palabras..., ay, cuánto poder tienen las palabras.

Ella no había estado antes en Grecia, pero en ningún momento se sintió turista. Quizá porque el motivo de su visita respondía a otra necesidad. A una necesidad de Tim, mejor dicho.

Dejaron atrás un molino y la cúpula azul de una ermita y avanzaron por callejuelas entre casitas blancas y buganvillas.

—Es allí —señaló Tim con el dedo.

Era una casa sencilla de dos plantas, toda blanca a excepción de la puerta de madera de la entrada, que era de un azul intenso. En la barandilla del balcón del piso superior ondeaba una colcha de verano con estampado infantil. Tim se detuvo a pocos metros de llegar.

—¿Estás bien? —le preguntó Amelia.

—Me tiembla todo —dijo—. Tal vez debería haber esperado unos días.

—No, Tim, mejor así. Si las emociones se enfrían, las decisiones cuestan.

—Es que tengo el corazón en la boca y me da miedo mordérmelo.

—¡Qué burro eres! —se rio Amelia—. Venga, que falta muy poquito. Agnes, Damián y tú no merecéis esperar más. Te recuerdo que tienes un nieto que se muere por conocerte.

—Pero si todavía no habla. Es un bebé que no sabe ni cómo se llama.

—Tira —le insistió ella con un empujón cariñoso.

Amelia hizo sonar el timbre. Por cada segundo de espera brotó una perla de sudor en la frente de Tim. Abrió Agnes.

Nadie dijo nada. Tim y Agnes se abrazaron como se abrazan los que han compartido mucho. Fue un abrazo largo. Al separarse, ambos tenían los ojos húmedos. Tim señaló a Agnes y dijo:

—Esta es Agnes, mi amor de juventud. —Después señaló a Amelia y añadió—: Y esta es Amelia, mi amor de madurez.

Amelia sonrió inmersa en su mutismo emocional.

—Encantada de conocerte —dijo Agnes y le dio dos besos. Olía muy bien. A una mezcla perfecta de bergamota y naranja.

Entraron y sintieron el frescor y la protección de aquellos muros gruesos.

—Damián y Diana no están —dijo Agnes—. Los he mandado con Leandro y Ava a por pan y tomates. Me estaban poniendo histérica. Pero pasa, ven. —Le tendió la mano a Tim y él la aceptó. Amelia se quedó quieta donde estaba—. Tú también, Amelia, ven, por favor.

La siguieron hasta una habitación. La puerta estaba entornada y Agnes la empujó con suavidad. Dentro, las cortinas de color ocre atenuaban la luz y creaban un ambiente cálido y acogedor. Olía a talco. A un lado de la cama había un moisés. Las manos de Agnes y Tim se soltaron y él se acercó sigiloso a la cuna.

—Por Dios —dijo. Se mordió los labios y sus ojos dijeron con lágrimas lo que su voz no pudo.

—Es guapísimo —dijo Amelia, pegada a Tim. Él la miró, asintió emocionado y se abrazaron. Después, ambos miraron a Agnes y ella les sonrió.

Bastián dormía con la placidez absoluta del que no le debe nada a nadie. No quisieron perturbar su sueño y salieron los tres de la habitación.

Tim miraba la casa con la misma fascinación con la que Ramiro observó la suya en Villapenosa.

—Me gustan los cambios que has hecho —dijo—. Le has sabido dar un toque moderno exquisito, pero mantiene la esencia de la

yiayíá.

—Sabes que siempre la adoré —dijo Agnes— y quise conservar algunos detalles. Por ella y por ti.

Tim agradeció el comentario. Escucharon entonces cómo alguien manipulaba la cerradura de la entrada y él sintió cómo se tensaba su cuerpo. Amelia percibió un olor especiado. La puerta se abrió y apareció el dibujo de cuatro siluetas a contraluz.

43

La felicidad está hecha de espuma

Leandro, el marido de Agnes, se anticipó a la escena más esperada y saludó a Tim con un abrazo corto y sincero. Después se acercó Ava, que se puso de puntillas y le regaló un beso.

Tim correspondió a los saludos sin apartar la mirada de Damián, que aguardaba estático bajo el umbral de la puerta aún abierta.

Agnes les presentó a Diana. Una hermosura de mujer que, siendo delgada, reflejaba poderío. Llevaba un vestido de gasa muy fina de manga larga con estampado floral que casi arrastraba por el suelo. Parecía una diosa griega con el cabello castaño ondulado cayéndole en cascada por los hombros hasta cubrirle los pechos. Se dieron dos besos. Al separarse, Tim le cogió ambas manos, las apretó un segundo y le dio las gracias. Después sus ojos regresaron a Damián. Diana retrocedió hasta la entrada, hizo avanzar a Damián y cerró la puerta. Lo que sucedió a partir de aquel momento se quedó dentro de casa.

Damián sonrió y esperó. Tim le devolvió la sonrisa y avanzó hacia él hasta que sus brazos se enredaron atrapándose el uno al otro. Y permanecieron así unos instantes sin que nadie se atreviera a interrumpir la emoción del reencuentro. Tim presionó tan fuerte que le hizo daño, pero Damián prefirió el dolor a separarse.

Hablaron, se rieron, se intercambiaron los números de teléfono, se volvieron a abrazar un montón de veces, bebieron y comieron y las preguntas que tenían que llegar llegaron. Ni Leandro ni Ava hablaban español, pero entre Agnes, Damián y Tim no faltaron las traducciones.

—¿Podréis perdonarme algún día? —preguntó Damián con la expresión de un convicto arrepentido.

Agnes y Tim no supieron qué decir. Perdonar no es lo mismo que olvidar. Y olvidar tanto sufrimiento era imposible. El silencio fue, sin duda, la mejor respuesta en aquel momento. Con él dejaron atrás aquella etapa, sin cerrar aún, pero tan alejada que no podía interferir en la felicidad que sentían entonces, y es que, cuando no hay manera de eliminar una mancha fea de tu mantel preferido, aquel que es irremplazable, hecho a mano con mucho amor por alguien muy querido que ya no está, aprendes a ignorarla y a disfrutar de la belleza de todo el conjunto.

Terminaron de comer y apareció Diana con Bastián en brazos. El chiquitín se había despertado y estaba hambriento. Ella se sentó de nuevo a la mesa con ellos, se desabrochó el lazo que anudaba el cierre del escote de su vestido y se sacó un pecho sin pudor, con absoluta naturalidad, y alimentó a su hijo. Después, le entregó el niño a Tim para que le hiciera eructar.

—Ya no me acuerdo de cómo iba esto —dijo ruborizado con su nieto en brazos, dándole palmaditas en la espalda y con una sonrisa infinita y contagiosa. El nene devolvió un poquito sobre el hombro de su abuelo y después soltó un aire que todos celebraron.

Tras los cafés e infusiones, Tim se ofreció para lavar a mano lo que no podía ir en el lavaplatos.

—De eso nada —dijo Leandro agitando los brazos en cuanto le llegó la versión en griego—. Eso es cosa mía.

—Dejad que lo haga yo, por favor —insistió Tim con la traducción de vuelta.

—El fregadero es todo tuyo —le dijo Agnes y le advirtió a Leandro que cediera, porque con Tim tenía las de perder.

Amelia quiso ayudar, pero Agnes la reclamó para ver fotos antiguas y Amelia se pegó a ella con la ilusión de conocer la versión joven de su amor de madurez. Damián se unió a la sesión de recuerdos y Leandro se marchó con Ava a por un helado.

Tim empezó a lavar las copas más delicadas y sintió que el caos sentimental de los últimos años se estaba ordenando. Fue como dominar el timón y suspiró con gusto. Volvió a sentirse padre y sumó con orgullo la emoción de estrenarse como abuelo.

Diana dejó al niño en una hamaca de colorines con un arco en lo alto repleto de muñequitos y lo acercó hasta el sofá en el que se habían sentado Agnes, Amelia y Damián. Amelia estaba en medio con dos álbumes bien gordos sobre el regazo, a punto de liberar un montón de imágenes que llevaban demasiado tiempo encerradas.

El niño se conformó, distraído con las voces, los muñecos y los sonidos que le llegaban, y Diana se fue a la cocina con la intención de aligerar la tarea de Tim.

—No hace falta, tranquila —dijo él.

—Tú enjabona y yo aclaro —insistió ella y Tim aceptó por cortesía. Se miró las manos, tan llenas de jabón, y le pareció que la felicidad estaba hecha de espuma.

Diana se colocó a su lado y se remangó las mangas del vestido. Tim la miró de soslayo y sintió de súbito una punzada en el pecho que lo atravesó como una daga.

Diana tenía tatuado un insecto palo de Lord Howe en el antebrazo derecho. Y el agua corrió por la piel de Tim hacia el desagüe llevándose la espuma, la felicidad y un pedazo bien gordo de esperanza. Y el desorden regresó con olor a huevo podrido.

44

Sí es lo que parece

Tim apretó la copa que tenía entre las manos, la copa se rompió y se hizo un corte.

—¿Estás bien? —preguntó Diana. Intentó tocarlo para ver la herida, pero Tim se apartó con brusquedad. Fue por instinto. Le entró pánico. No pudo entender qué hacía aquel dibujo, con todo lo que significaba, en el brazo de la mujer que había sacado a su hijo del fango.

—¿Cómo va por ahí? —preguntó Agnes desde el sofá.

—Se ha roto una copa y Tim se ha cortado —respondió Diana.

—No es nada —dijo él, pero Agnes ya estaba a su lado para hacer balance de daños.

—Poca cosa —confirmó ella—. Anda, ve al sofá a mirar fotos, que Diana y yo terminamos esto en un pispás. —Le dio una servilleta de papel para que presionara el corte y lo echó de la cocina.

Tim se sentó en el hueco que había dejado Agnes junto a Amelia, agarrado a su dedo envuelto y con la mirada desubicada.

—¡Qué pintas me llevabas, madre mía! —dijo Amelia—. ¿Cómo nos podían gustar estos peinados? —Se rio y se giró hacia Tim al ver que no le reía la gracia.

—Mira —dijo Damián, distraído con el álbum—. Aquí salgo yo. ¡Qué pequeñito era!

—¿Qué te pasa? —le preguntó Amelia a Tim—. ¿Es una herida seria?

Él negó con la cabeza y se puso en pie.

—Tenemos que irnos —dijo y señaló la puerta con la cabeza.

—¿Y eso? —preguntó Amelia sin comprender aquella reacción tan extraña.

—¿Qué ocurre? —preguntó Agnes, que apareció secándose las manos con un paño. Diana se colocó a su lado, desconcertada y con

los brazos al descubierto.

—Mierda —dijo Amelia al toparse con la imagen del bicho.

—¿Mierda? —preguntó Damián. Miró a su hijo y se acercó a él para olerlo—. No huele —dijo.

Amelia se levantó del sofá y se agarró al brazo de Tim.

—Tenemos que irnos —repitió él—. No me acordaba de que he quedado con mi primo en el puerto para que nos dé las llaves del barco.

—Llámallo y dile que irás más tarde —sugirió Agnes. Se acercó al sofá y se agachó para coger su móvil de la mesita del centro—. Ya lo llamo yo —dijo—. ¿Qué prisa hay?

Amelia cerró los ojos con fuerza porque no era capaz de apartarlos del insecto.

—Luego hablamos —dijo Tim—. Nos vamos.

Y se fueron.

El calor que hacía en la calle y el tortazo del disgusto los obligó a correr en busca de refugio.

—Lo has visto, ¿no? —dijo Tim, a la sombra de un árbol.

—No puede ser. ¿Por qué lleva ese tatuaje?

—No lo sé, no lo sé. Joder, no lo sé.

—Tenemos que calmarnos —dijo Amelia—. ¿Y si no tiene nada que ver con lo de Canesba? Igual es algo que está de moda. Como en las fotos que estábamos viendo. Todos íbamos igual. No será lo que parece.

—No digas chorradas. ¿Cuántas personas hemos visto con eso en el brazo? Y hemos estado en dos aeropuertos, en un ferri, en... Que no, Amelia, que ella es una de ellos. Sí es lo que parece.

—Pero Damián no lo lleva.

—Eso, de momento —dijo Tim—. No ves que mi hijo siempre ha estado liado con chusma. Es que me lo temía... ¿Cómo he podido ser tan tonto de tragarme que este capítulo tendría final feliz?

—Y ¿qué hacemos?

—Llamo a mi primo para que nos dé las llaves y ya en el barco pensamos.

—Estoy empezando a odiar la invitación al pensamiento —dijo Amelia.

El primo era un cachondo y logró despistarlos un rato de su angustia gracias a su español patatero. Se alegró mucho de ver a Tim y lo celebraron con tres cervezas de las muchas que les había dejado en la nevera. Después no tuvo que dar demasiadas instrucciones sobre el manejo del barco y se pusieron al día en cuestiones de familia.

—Dime qué te debo y te hago una transferencia —le dijo Tim.

—¡Anda ya! —le contestó—. Nada, olvídate. El día que vaya a España me prestas el tuyo.

Cuando el primo se marchó, la agonía regresó al instante y entera.

—Deberíamos llamar a Marisol y a Ramiro —propuso ella—. Igual desde lejos se ve la cosa de otra manera.

Tim hizo una videollamada. A Ramiro lo pilló de paseo con Casi, y Marisol estaba tomando el sol en la terraza de Amelia.

—Ante todo, prudencia —recomendó Ramiro.

—¿Seguro que es el mismo tatuaje? —preguntó Marisol.

—Mismo bicho, mismo tamaño y mismo lugar —confirmó Amelia—. Lo hemos visto los dos.

—Ya es casualidad —dijo Ramiro—. Parece una broma cruel del destino.

—Este tipo de casualidad tan exacta y oportuna se llama propósito. Está claro que el motivo de este teatro de la reconciliación familiar ha sido para dar conmigo —dijo Tim—. Soy un cabo suelto.

—Eso es demasiado rebuscado —dijo Marisol—. No te obsesiones de esta manera. ¿Para qué hacerte ir hasta Parikia si te tenían controlado en Canesba?

—En Canesba los buscan —respondió Tim.

—Dudo mucho que la muchacha te relacione a ti con ese asunto —dijo Ramiro—. De ser así, el Howe encapuchado que te atacó habría usado esa información para coaccionarte. Estoy convencido de que el que te atizó con la pistola no tiene ni idea de que eres el padre de Damián y Damián no sabe lo que tú sabes. Se trata de una coincidencia de esas que se dan una vez en la vida.

—Y ¿qué hago? —preguntó Tim con los hombros vencidos por la pesadez de tanta pena—. Si Damián no está metido en esto, entonces corre peligro. ¡Los dos corren peligro! —Añadió—: Damián

y Bastián. Y si, aunque no lleve el tatuaje, resulta que forma parte de la banda de los Howe, no nos queda otra que salvar al niño. Sea mi nieto o no.

—¿Y cómo piensas averiguarlo? —preguntó Amelia.

—Hablaré con él. Se lo preguntaré cara a cara.

—No puedes contarle lo que hicimos —dijo Marisol—. Una cosa nos llevó a otra y nos la jugamos todos.

—No, no. Yo no diré nada —dijo Tim—. El que tiene que dar explicaciones es él. Yo solo le hablaré del muerto que apareció delante del salón de belleza. Ahí nosotros no pintamos nada. Pero le diré que la noticia destapó la existencia de una banda criminal llamada Howe, cuya insignia es el insecto que su mujer luce tan pancha.

—¿Y después? —preguntó Ramiro—. ¿Tú les has dicho que vives en Canesba?

—Creo que no —dijo Tim y rebuscó entre los archivos más recientes de su memoria—. Juraría que no les he dado el nombre del lugar, ¿verdad, Amelia? —Ella dijo que no recordaba que lo hubiese mencionado—. Les he contado que vivo en un barco de aquí para allá —continuó Tim—. Me cago en la mar... Hasta que no vea la reacción de Damián no sabré si es uno de ellos o no. Ahora, por mi culpa, Amelia no está segura aquí conmigo.

—Tú no tienes la culpa de nada —dijo Amelia.

—No nos precipitemos —dijo Ramiro—. Hay que esperar a saber la verdad. Quizá, en este caso, se esconde una anécdota pasada. Una mala racha que ya terminó. Quién sabe...

—Os dejamos —cortó Tim, con los nervios del que ha recordado que llega tarde a una cita—. Voy a llamar a Damián. Le diré de ir a cenar los dos solos esta misma noche. Aceptará. Después, sea la hora que sea, os llamo y os cuento.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? —preguntó Amelia.

—Esto tiene que ser entre él y yo. Sin distracciones que puedan condicionar la espontaneidad de sus respuestas.

45

Aromas

Damián aceptó la invitación y dijo que ya se encargaba él de reservar mesa para las nueve. A los dos minutos Tim recibió un mensaje con el nombre del restaurante y la dirección.

—Ojo con la ira —le advirtió Amelia.

—¿Qué ira? Lo que siento es lástima. Otra vez esa asquerosa decepción. Me entregan la llave del paraíso y cuando intento abrir la puerta, resulta que ya han cambiado la cerradura. Siempre llego tarde.

—No digas eso, Tim —dijo Amelia. Se acercó a él, se le abrazó al cuello y lo besó en los labios—. Eres el hombre más puntual que conozco. Fíjate cómo has llegado a mi vida en el momento adecuado. —Amelia suspiró y una gota salada se quedó atrapada en sus pestañas—. Este verano está siendo una locura.

—Pues si la sospecha se confirma, pasaremos de estar locos a estar jodidos.

El restaurante donde lo citó Damián estaba en el puerto y se llamaba Aromas. El nombre le gustó mucho a Amelia y le pareció un buen presagio.

Damián fue el primero en llegar. Recibió a su padre con seriedad, sin mostrar ni una pizca del entusiasmo derrochado aquella misma mañana.

Una camarera los acompañó hasta la mesa reservada. Era la que quedaba en el rincón más íntimo, bajo la cuidada frondosidad de una parra. La mujer les tomó nota de las bebidas y los dejó solos.

—¿Por qué te has comportado así? —preguntó Damián—. A mamá le ha sentado fatal.

—Ya hablaré después con tu madre. Primero tengo que aclarar un asunto contigo. Esto es entre tú y yo. Mamá, aquí, no pinta nada.

Eso que te quede bien claro. Ni mamá, ni Amelia ni nadie.

Hubo un instante de silencio que les sirvió de trampolín para que las palabras tomaran impulso y llegaran adonde tenían que llegar.

—¿Te suena el nombre de Canesba? —preguntó Tim para tantearlo.

—Sí. Salió por la tele hace poco. —Fue terminar la palabra «poco» y saber el rumbo por el que su padre iba a virar.

—En verano vivo allí —siguió Tim. La cara de Damián delató interés—. En invierno, en Canarias. A veces me contratan para algún crucero que me exige cambiar de ubicación por unos días o meses, pero normalmente, salvo imprevistos, alquilo un amarre en el puerto de Canesba de mediados de mayo a mediados de septiembre.

—¿Y? —preguntó Damián para que se centrara en lo importante.

—Este verano, en ese pueblecito tan bonito y tranquilo, he conocido a Amelia y a otras dos personas maravillosas: Marisol y Ramiro.

—Me parece fantástico. Siempre es bueno hacer amigos.

—¿Te burlas de mí? ¿Te parece que estoy de cachondeo?

—Para nada —dijo Damián y levantó las manos en señal de disculpa.

—Bien —continuó Tim—. Iré al grano: Marisol ha estado trabajando en un salón de belleza muy prestigioso. Se llama Satori.

Damián arrugó la nariz y alzó la vista hacia la parra, después lo miró fijamente con sus ojos color tormenta antes de convertirse en lluvia.

—En ese lugar asesinaron a un chico hace unos días —dijo Damián—. Uno de los nuestros.

Tim sintió que el bombeo de su sangre aumentaba.

—¿Uno de los vuestros? —preguntó avistando la derrota—. Era un Howe, Damián. Diana es uno de ellos, lo sé. Le he visto el tatuaje, pero tú no. Escúchame, hijo. Puedo ayudarte. Déjame que esta vez te ayude.

—¿Ayudarme a qué?

—A salir de esa banda de criminales antes de que sea tarde. Piensa en Bastián.

—No entiendo nada. ¿Te has vuelto loco o qué? —preguntó su hijo levantando el tono de voz.

—Es bien sencillo de entender —dijo Tim—. Esa gente mata. Son asesinos capaces de lincharse entre ellos. Amenazan y destruyen.

—¡Para, para! Te estás equivocando —dijo Damián—. ¡Ah, claro!, ya lo entiendo. Como fui un bala perdida ya no tengo remedio. No confías en mí. Es eso, ¿verdad? Cualquier cosa que haga tiene que estar rodeada de maldad. —Negó con la cabeza con una sonrisa de reproche—. ¿Tú sabes a qué se dedican los Howe? ¿Leíste la noticia completa que salió en los periódicos cuando ocurrió lo de Canesba?

—No leo la prensa desde que te perdí. Me daba miedo verte en primera página bajo un titular sentenciador.

Damián se levantó. Tim pensó que iba a marcharse, pero no. Movi6 la silla para colocarla al lado de la de su padre y volvió a sentarse junto a él. Sacó su móvil del bolsillo y tecleó sin descanso hasta obtener la información que buscaba. Después se acercó más a Tim y le mostró lo que aparecía en pantalla.

Era la página web de una organización dedicada a salvar todo tipo de animales en peligro de extinción: La Fundación.

—Somos un grupo de personas, cada vez más grande, que trabajamos juntos con un mismo fin, pero con proyectos diferentes. Diana es miembro de los Howe; yo lo soy del Lince Ibérico. —Damián se desabrochó la camisa y le mostró el tatuaje que lucía sobre el pecho derecho de aquel animal tan bello—. Después de haber vivido sumergido en lo peor de la escoria humana, decidí hacer algo interesante y productivo con mi vida y en plena búsqueda conocí a Diana. Ella me habló de la Fundación y me pareció una iniciativa estupenda con la que, además, podía ganarme un sueldo decente. No voy a hacerme rico —dijo con cara de aceptar la ración justa de alimento—, pero entre los dos ganamos lo suficiente para vivir bien. Con dignidad. Y la satisfacción de saber que estás ayudando a conservar el planeta te llena más que cualquier banalidad de las que todo el mundo presume y que en dos días aborrece. Ahora necesito tener fe en el futuro más que nunca, porque se lo debo a tu nieto.

—¿Qué rollo me estás contando? —preguntó Tim, desconcertado—. ¿Eres de Greenpeace? ¿Qué tiene que ver esto con el muchacho encapuchado que apareció apuñalado en plena calle?

—Greenpeace es una ballena azul y nosotros solo somos un puñado de boquerones. La Fundación se nutre de donaciones y de las ventas de productos que nosotros mismos elaboramos, publicitamos y distribuimos por todo el mundo. También hacemos subastas de objetos que la gente nos regala. Hay personas muy generosas que colaboran con auténticas maravillas. Ahora te lo enseño a través de la web. Pero, a lo que iba: este verano, el desgraciado del contable se esfumó con dos recién llegados y trescientos mil euros. La recaudación entera.

—¿El chico asesinado era el contable?

—No —respondió Damián—. Ese chico era Edu, el jefe del equipo de Diana, y solo tenía veinticinco años. Una bellísima persona. Estaba detrás de la pista de estos chorizos que nos han dejado sin blanca y creo que los localizó. Algo descubriría; de ahí que se lo cargaran. Su madre, que es la dueña del salón de belleza donde trabaja o trabajaba tu amiga, es una de nuestras mecenas. La pobre mujer está destrozada.

—Me lo imagino —dijo Tim al pensar, por un momento, que la víctima habría podido ser Damián—. ¿Y quién es el contable? ¿Cómo es? ¿Es español? —se atrevió a preguntar.

—Es un imbécil—contestó—. Si hubiese tenido que señalar a un culpable sin que hubiera desaparecido, lo habría señalado a él. Un tipo arrogante. Siempre con su coleta rubia bien tensa y su brillantito en la oreja. Hijo de madre sueca y padre español, con andares de grandeza, pero sin llegar al metro setenta. Es de los Howe. Qué asco me da.

Tim visualizó la imagen del muerto desconocido y le cuadró con la descripción.

—¿Y qué pasó? —preguntó siendo conocedor del verdadero final. Damián se encogió de hombros.

—Tanto él como sus dos hienas continúan desaparecidos —dijo—. Se llevaron la pasta, mataron a Edu a sangre fría y lo dejaron tirado en la calle con la cara tapada para que pareciera lo que no es.

Seguro que ahora estarán esos tres en alguna isla caribeña viviendo a todo trapo.

—O bajo el mar —dijo Tim sin querer.

—Fijo. Estarán haciendo submarinismo y pijadas de esas.

—¿Y nadie se encarga de este asunto? —preguntó con rapidez para despistar a su hijo del comentario anterior.

—La policía —dijo Damián—, pero esos tres ya pueden ir con cuidado, porque en la Fundación hay unos cuantos que son como yo era antes: renacidos del pozo oscuro.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que me temo que existe una búsqueda paralela a la legal para darles lo que se merecen. Ya me entiendes —dijo arqueando las cejas—. El dinero endulza la vida, pero también provoca caries.

46

Sandrine

El miedo fue menguando durante la cena y Tim se sintió orgulloso de su hijo. Por milésima vez en aquel día le dio las gracias al universo por la oportunidad recibida y la velada se transformó en una caricia para el alma.

Se despidieron en la entrada del puerto con un abrazo y dos besos y quedaron en verse al día siguiente en casa de Agnes para comer, poder disculparse por aquella retirada absurda y retomar el ritmo familiar que quedó suspendido en mitad del salón como un globo de helio atrapado en un árbol.

Al llegar al barco, Tim besó a Amelia y le dijo que tenían que hacer el amor.

—Pero cuéntame primero qué ha pasado —pidió ella.

—Después —respondió él entre besos—. Necesito amarte ahora. La vida está llena de amor y de odio y... yo te amo.

Acabaron exhaustos y satisfechos.

—Este barquito es muy cuco —dijo Amelia, aún tumbada en la cama después de escuchar las explicaciones de Tim—. ¿Tu primo también organiza salidas turísticas?

—Que yo sepa no. Lo tiene de uso propio para disfrute de la familia. Por eso estaba disponible estos días. Piensa que es temporada alta.

El móvil de Amelia se iluminó y empezó a sonar. Se incorporó y lo cogió.

—¡Es Marisol! —exclamó—. Corre, ponte la camiseta, que es una videollamada. Pobrecillos..., dijiste que los llamarías. Tanto amor, tanto amor..., se nos ha ido la cabeza.

Se vistieron a toda prisa de cintura para arriba y no repararon en que el alboroto de sus cabellos anunciaba a bombo y platillo un

buen revolcón. Amelia con el maquillaje corrido y Tim con la camiseta del revés y la etiqueta a la vista.

—Bueno, bueno, bueeeno... —dijo Ramiro—. Me parece que el anochecer en Grecia es de los que triunfan.

—Calla, bobo —dijo Marisol y le propinó un codazo sin poder aguantarse la risa—. ¿Cómo ha ido?

—El polvo, fenomenal —dijo Tim de muy buen humor. Ramiro soltó una carcajada.

—Ya te vale... —dijo Amelia. Después volvió a centrarse en la llamada—. ¿Dónde estáis? —les preguntó.

—Hemos quedado para tomar algo —respondió Ramiro—. Estamos en el chiringuito ese que tanto os gusta a las dos. El de las sangrías de cava tan ricas.

Casi ladró un par de veces alertando de su presencia.

—Hola, Casi —dijo Amelia—. Te echo de menos, bonito.

—Contadnos —dijo Marisol—. ¿Qué ha pasado que se os ve tan contentos?

Tim versionó para ellos y con todo detalle la conversación mantenida con Damián.

—Y ya está —concluyó—. Por eso Diana lleva el tatuaje. No es una asesina; es una luchadora en favor de los animales que están en riesgo de extinción.

—No me acaba de cuadrar —dijo Ramiro.

—A mí me parece muy buena chica —dijo Amelia—. En ningún momento me dio mala impresión. Bueno, solo cuando vi el bicho ese, que ya podría haber escogido otro animal de entre los muchos que habrá en esa situación. Porque ese es feo, pero feo.

—A ese lo daban por extinto —dijo Tim—, pero resurgió como el ave fénix. Imagino que por eso lo escogió. O igual los asigna la Fundación siguiendo algún criterio especial, vete tú a saber.

—Yo prefiero el de Damián —siguió Amelia.

—¿Y es obligatorio tatuarse? —preguntó Marisol—. Me parece algo invasivo. ¿No se tratará de una secta?

—Eso no se lo he preguntado —respondió Tim—, pero no lo parece. Tienen una página en internet muy bonita.

—Yo sigo pensando que no cuadra —insistió Ramiro.

—¿El qué? —preguntó Tim—. No hay quien te entienda. Antes pedías prudencia y decías que podía tratarse de una casualidad.

—Lo sé, pero si el muerto desconocido resulta que era el contable del tinglado este del arca de Noé, ¿quién es el que te atacó a ti pidiéndote que le devolvieras el despojo?

—Pues una de sus hienas —dijo Tim—. Los malos eran tres. El contable se dejaría liar por los otros dos y en cuanto hizo el trabajo se lo cargaron.

—¿Y por qué querían recuperar el cuerpo? —preguntó Ramiro.

—Igual tenía algo que los otros dos necesitaban para acceder al dinero —dijo Marisol.

—Os recuerdo que no llevaba nada en los bolsillos —dijo Amelia—. Ni móvil ni cartera..., nada. Y lo habían rociado con gasolina para quemarlo. ¿Qué pista les podía dar?

—¿Alguien le quitó las deportivas y los calcetines para ver si llevaba alguna cosa escondida? —preguntó Marisol—. A ese no lo llegamos a desnudar. Solo rebuscamos en sus bolsillos. Igual tenía por ahí una llave, un papelito con un código..., algo. Quizá por eso no lo quemaron, porque no encontraron lo que buscaban y tenían pensado volver.

—Venga ya —dijo Amelia.

—El consuelo para nuestras conciencias —dijo Tim— es saber que el tipo era un indeseable y que nadie estará llorando su desaparición.

—¿No tenía familia? —preguntó Marisol.

—Por lo que me ha contado Damián, ese hombre no mantenía contacto con ningún pariente y estaba divorciado. Cuando desapareció con el dinero, los de la Fundación empezaron a buscarlo y descubrieron que tenía varias denuncias por maltrato. Se ve que zurraba a su exmujer, el muy cerdo.

—¡Qué malnacido! —exclamó Marisol—. Pues, mira, hará buenas migas con el compañero que le llevamos después.

—Dos menos dando por culo —añadió Ramiro.

—Marisol —dijo Tim—: necesito que esta noche, cuando llegues al apartamento de Amelia, mires con los prismáticos si ha regresado el Sandrine a puerto.

—¿El barco ese que estaba abandonado y desapareció? —preguntó Marisol.

—Exacto.

—¿Por? —preguntó Ramiro.

—Me huele que allí está la pasta —dijo Tim.

—Podemos ir ahora cuando nos terminemos la sangría —propuso Marisol.

—Pero si está, no os acerquéis —les pidió—. Solo necesitamos saber si ha vuelto.

—Hecho —dijo Ramiro—. Luego os pasamos el parte. ¿Estaréis operativos? —preguntó con sorna.

El Sandrine no estaba y aquel vacío, ese rectángulo de mar que había quedado libre, los llenó de esperanza. Si el dinero había sido escondido en aquel barco, era muy probable que los secuaces del contable lo hubiesen encontrado y, satisfechos con el botín, se hubieran marchado lo más lejos posible para disfrutarlo. Cosa que alejaba del peligro a Damián, a Diana y a su hijo, a la Fundación y a los Jujus.

Los secretos bajo el mar estaban a salvo.

47

¿Y tú que harás?

El tiempo restante que Amelia y Tim pasaron en Parikia fue una delicia. Leandro quiso hacer de guía turístico y Tim se dejó guiar sin rechistar. Recorrieron la isla en familia y Amelia echó mucho de menos a sus hijos, a los que no vería hasta finales de agosto.

Cuando se quedaron a solas, Tim la llevó a una cala tan turquesa y virginal que Amelia no pudo resistir la tentación de bañarse desnuda. Se sintió liberada. Sus vidas, por fin, estaban en calma y los temores más oscuros se volvieron transparentes como ese mar.

Reservaron unas horas, antes de volar a España de vuelta, para visitar Atenas y revivir aquel olor a origen que tan bien describió Amelia, y las promesas con Damián por volver a verse pronto, por no perderse otra vez y llamarse a menudo, fueron la firma de un pacto familiar renovado.

Ramiro cumplió con su cometido y los recogió en el aeropuerto montado en el Range Rover. Marisol y Casi lo acompañaron, mientras que Sergio seguía en Bangkok.

Aquella noche cenaron los cuatro en el apartamento de Amelia e hicieron balance de lo vivido en lo que llevaban de verano.

—Da para una novela —dijo Ramiro—. Y de las que a mí gustan: con misterios, asuntos turbios y un romance.

—He hablado con mi amiga Anabel y con mi primo —lo interrumpió Marisol. Todas las miradas acudieron a ella tras esa información inesperada.

—¡Oh! —exclamó Amelia, asombrada—. ¿Y? Cuenta, cuenta.

—Igual debería haber esperado como dije que haría, pero no he podido. Soy libre y dueña de mis decisiones. Antes no. ¿Sabéis de qué me he dado cuenta? —preguntó Marisol sin buscar respuesta—. De que ya no me giro por la calle cada dos por tres por temor a que

Sancho me esté siguiendo. Llevaba años con esa angustia y se acabó. Ya no la siento. Ahora solo miro hacia delante.

—Me alegro mucho —dijo Amelia.

—Yo también —dijo Tim.

—Y Casi y yo aún más —dijo Ramiro. El perro ladró al escuchar su nombre.

—Anabel y su familia están de vacaciones en Menorca —les contó emocionada— y me han invitado a pasar unos días allí con ellos y mi primo también irá si yo voy. Y yo quiero ir. Voy a ir.

—Me parece genial —dijo Amelia.

—Después ya veré qué hago —continuó Marisol—. Canesba me gusta mucho, pero necesito ver a mi gente. Necesito que conozcan a Marisol, porque Claudia ha dejado de existir. Y si alguien me pregunta por Sancho, pues que pregunte. No tengo ni idea de dónde está. Es lo que diré porque es la verdad. Solo Tim lo sabe. Yo no sabría regresar allí ni bajo amenaza de muerte, así que no os preocupéis. Y el resto poco me importa. Que pase lo que tenga que pasar.

—Pasaré que serás feliz —dijo Ramiro—. Como yo. Mírame —dijo hinchando pecho—. A principios de septiembre me iré con Sergio a Nueva York. ¿Qué os parece? A un hotelazo impresionante. Y de allí a Toronto. Mi hermano ha encontrado una residencia de lujo para perros y podré dejar allí a Casi durante mis viajes, que nunca serán muy largos. Él estará en buenas manos; me aseguraré de ello, de lo contrario no hay trato. Así estaré tranquilo y todos contentos.

—Jolín —dijo Amelia—, menudo salto mortal que hemos dado en la vida.

—¿Y tú qué harás? —le preguntó Marisol a su amiga. Amelia miró a Tim y sonrió.

—Me quedo aquí, pero pienso cumplir mis deseos de viajar. La semana que viene vendrá Maite y se quedará hasta que lleguen Matías y Samanta a final de mes. Ellos estarán nada, una semanita solo, lo suficiente para ponernos al día de sus asuntos profesionales, de mi situación emocional y poder planear lo que vendrá.

—¿Qué vendrá? —preguntó Tim.

—Quiero ir a Roma y que Samanta me enseñe la ciudad y, después, quiero ir a San Francisco y recorrer parte de Estados Unidos en un Cadillac. Seb se marchó, pero yo sigo aquí y pienso aprovechar lo que esté a mi alcance.

—¿Tú sola? —preguntó Ramiro. Amelia volvió a buscar la mirada de Tim a la espera de su reacción.

—Yo no puedo pagarme esos viajes —dijo él—. Ya me gustaría acompañarte, pero...

—No quiero que el dinero sea un problema entre nosotros, Tim. Si algo he aprendido este verano es que cada uno contribuye con lo que tiene y lo que sabe y todo suma. Tú me aportas mucho y me encantaría que me acompañaras. Olvida el dinero y elige lo que desees de lo que se te ofrece. Yo lo tengo claro —dijo Amelia con determinación—. El futuro de mis hijos está arreglado; el resto es para nosotros, para seguir navegando por la vida.

—Nene, no te lo pienses —dijo Ramiro—. A mí me empujaste a Dubái sin equipaje y fue alucinante.

—¿Qué fechas serían? —preguntó Tim—. Mi hijo me ha prometido que vendrá a Canesba a principios de septiembre con Diana y con Bastián —dijo con temor a perder la oferta que acaba de recibir—. Quieren darle un abrazo a la madre de Edu y ofrecerle ayuda en lo que pueda necesitar. A la dueña del Satori —aclaró mirando a Marisol.

—Haremos que las fechas cuadren —dijo Amelia—, no te preocupes. Y después te acompañaré a Canarias, si tú quieres.

—¡Sí quiero! —respondió al segundo con la ilusión del que desea compartir su tiempo con la persona amada.

—No voy a dejar este apartamento. Es más —continuó Amelia—, haré un juego de llaves para cada uno y así, si alguno de vosotros necesita refugio cuando yo no esté, podrá venir aquí para disfrutar de las vistas del puerto. Las habitaciones ya quedaron asignadas.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Ramiro.

—Muy en serio —dijo Amelia—. Este será nuestro punto de encuentro. Un lugar al que ir para olvidar disgustos y recordar placeres. ¿Qué os parece?

Ninguno respondió porque quedó todo dicho. Amelia se levantó, se acercó a la barandilla y miró hacia el puerto. Ramiro, Marisol y Tim la siguieron y se colocaron a su lado formando entre los cuatro una línea paralela al horizonte. Una ristra de cuatro almas que lograron restaurar las fisuras que tenían.

Amelia percibió entonces el roce de una brisa muy ligera que esparció con delicadeza la esencia de un aroma nuevo. No fue capaz de describir en su mente las notas de aquel olor, pero supo con certeza que era de aquellos que perduran, de los que te transportan al momento y al lugar, por mucho tiempo que haya pasado y por muy lejos que te hayas ido, porque era de los que dejan huella.

El perro los miró con cierta curiosidad, suspiró y se echó a dormir.

Canesba se iluminó como la noche en la que se atrevieron a contar sus historias. Quizá, en aquel instante, algún navegante logró ver desde la lejanía las luces de la terraza de Amelia e imaginó cómo sería la vida de aquella gente. Puede que saliera a la mar en busca de algo sin saber el qué y, tal vez, incluso se atrevió a imaginarla a ella.

Nota final y agradecimientos

Escribir esta historia supuso un reto enorme. No solo por el hecho de embarcarme en un nuevo proyecto, sino también por los temas que aborda la novela: el «qué» se cuenta, y las diferentes tramas que aparecen en ella: el «cómo» se cuenta. Soy consciente de que me alejo de la amabilidad que suele acompañar a mis textos y de que eso no gustará a todo el mundo, pero es que ahí está la gracia: en cruzar otro umbral para sorprender y sorprenderme a mí misma. Flirtear con el humor negro ha supuesto un aprendizaje curioso y muy entretenido. Nada fácil y bastante arriesgado. Sin lugar a dudas, diferente.

Escribir ficción te da un margen tremendo para soltarte y darle vueltas a la vida, a entrar y salir, amar, odiar, pasar miedo, gozar, viajar... Crear personajes te permite actuar de mil maneras distintas. Es elegir un camino, muchas veces opuesto al que tú tomarías, sin tener claro a dónde te llevará. Por eso nos gusta tanto leer, por la aventura que nos brinda. Y llegados hasta aquí, mi ilusión es haber logrado captar vuestra atención, haberos hecho sentir y descubrir emociones nuevas y revivir otras, tal vez olvidadas. Ojalá haya sido así. En cualquier caso, debo agradecer la confianza que el equipo de HarperCollins Ibérica ha depositado otra vez en mi obra, en especial a Elisa Mesa, mi editora. Disponer de sus consejos, dedicación y experiencia en todo el proceso de edición no solo me ofrece la tranquilidad de saber que estoy en buenas manos; supone, además, adquirir y ampliar conocimientos del mejor modo posible.

Y, cómo no, os doy gracias infinitas a los que siempre me acompañáis, me animáis y os atrevéis a adentraros en mis historias. Sin vosotros jamás lo habría conseguido. Vuestras críticas, buenas o malas, logran que aflore una versión mejorada de mí.

Os debo otro sueño hecho realidad que, a nivel literario, se convierte ya en el quinto.

Gracias eternas por tanto.

Otros libros de la autora

Eva Miñana Márquez (Barcelona, 1973)
Instagram: @eva_minana

Yo no soy como tú (2019)
La maldición de la yaya Berta (2020)
Entre normos y gigantes (2021)
Parejas impares (2022)
Huellas de sal (2025)



Una fiesta a medianoche

Foley, Lucy

9788410640863

416 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

SECRETOS. MENTIRAS. UN ASESINATO. QUE EMPIECE LA FIESTA...

Es la noche de apertura de La Mansión y no se ha reparado en gastos, ni grandes ni pequeños, para su inauguración. La piscina infinita resplandece; en las Cabañas del Acantilado y las Chocitas del Bosque se obsequia a los huéspedes con bolsitas llenas de cristales de sanación; el cóctel de la casa (hecho con pomelo, jengibre, vodka y una gota de aceite de CBD) se sirve en abundancia. Todo el mundo viste de lino.

Sin embargo, más allá de las impecables praderas del hotel se extiende un vetusto bosque erizado de secretos. Los vecinos del pueblo están indignados porque creen que La Mansión se está apoderando del bosque e intenta privatizar la playa, y en los límites de la finca ha habido altercados entre lugareños y empleados del hotel. Corren, además, rumores constantes acerca de una vieja leyenda del folclore pagano (porque tiene que ser una leyenda, ¿no?): los Pájaros Nocturnos, una fuerza vengadora a la que se invoca para que repare los agravios que escapan a la ley. Aunque sin duda en La Mansión todo se ha hecho conforme a la legalidad.

El domingo por la mañana, el fin de semana de la inauguración, la policía local recibe un aviso. Ha habido un incendio. Se ha descubierto un cadáver. Algo pasa con los huéspedes. ¿Qué ha ocurrido en La Mansión durante las treinta y seis horas anteriores? ¿Y quién –o qué– es el causante?

LA DUEÑA
EL MARIDO

LA INVITADA MISTERIOSA
EL AYUDANTE DE COCINA

Todos tienen intenciones ocultas. Todos tienen un pasado. Pero no todos sobrevivirán a la fiesta de medianoche.

«La Agatha Christie de la era de Instagram». **The Guardian**

«Una novela de misterio aguda, elegante y sublime. Turbia y divertida, cargada de giros originales y personajes inolvidables, *Una fiesta a medianoche* es lo mejor de Lucy Foley hasta la fecha».

Chris Whitaker, autor del *best seller Empezamos por el final*

«Un *thriller* atmosférico y cautivador». **Nita Prose, autora de los *best sellers La camarera y El huésped misterioso***

«Devoré *Una fiesta a medianoche* con una sonrisa en los labios. Pocas veces el asesinato ha sido tan retorcidamente entretenido. Tiene todo lo que se puede esperar de una novela de suspense de Lucy Foley: un escenario atractivo, un plantel de personajes interesantes retratados con gran sentido del humor, un trasfondo de peligro esotérico y un asesinato sin resolver». **Alex Michaelides**

«*Una fiesta a medianoche* es el *thriller* más irresistible de Foley hasta la fecha. Delicioso, rebosante de turbio glamur y giros espectaculares». **Lisa Jewell**

«Todo lo que buscas en un *thriller*». **Harper's Bazaar**

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

La microbiota estresada

Cuida tu intestino
para superar la ansiedad,
mejorar tu salud y ser más feliz

DOCTORA
DE LA PUERTA

HarperCollins

La microbiota estresada

Doctora de la Puerta

9788410641990

240 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Una mala relación de pareja, la muerte de un ser querido, situaciones laborales complicadas, momentos estresantes... ¿Sabías que las preocupaciones tienen un impacto directo en tu microbiota?, ¿que la inflamación es el carísimo precio del estrés y el origen de casi todas las enfermedades tanto físicas como emocionales?

En su nuevo libro, la Dra. de la Puerta, una de las mayores expertas en microbiota, demuestra cómo todo lo que pasa por nuestra cabeza influye de manera inmediata en nuestro intestino.

Basándose en sus años de investigación y en su dilatada experiencia clínica, la autora ofrece las claves fundamentales para mantener nuestro micromundo intestinal sano y fomentar la química de la felicidad.

Una guía esencial para entender que el descanso, la alimentación, el deporte y la resiliencia son indispensables para evitar el estrés y la ansiedad.

«Un libro imprescindible y cercano para entender, desde la ciencia, la estrecha conexión entre nuestra salud y el bienestar emocional». NAZARETH CASTELLANOS

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Adiós a la inflamación

Moñino, Sandra

9788410021242

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)

¿SIENTES TU VIENTRE HINCHADO? ¿PESADEZ EN TU CUERPO? ¿TE NOTAS DE MAL HUMOR, ESTRESADO O MÁS CANSADO DE LO NORMAL? ¿SABÍAS QUE DETRÁS DE ELLO PODRÍA ESCONDERSE UN PROBLEMA DE INFLAMACIÓN?

Aumento de peso, problemas en la piel, dolores de cabeza o patologías como la diabetes, el hipotiroidismo, la esclerosis múltiple, el cáncer o la depresión podrían deberse a una inflamación crónica.

En este libro descubrirás que una dieta adecuada, hábitos saludables y una buena gestión de las emociones son primordiales para desinflamarte y recuperar tu salud.

La nutricionista Sandra Moñino, una de las mayores expertas en inflamación, nos da todas las claves y trucos para identificarla, prevenirla y combatirla. Además, te ofrece un completo menú antiinflamatorio con recetas ricas, fáciles, saciantes y muy saludables.

UN MANUAL IMPRESCINDIBLE QUE MEJORARÁ TODOS LOS ASPECTOS DE TU SALUD Y CAMBIARÁ TU VIDA.

Incluye gratis RETO 3 DÍAS antiinflamatorio.

«Descubrir el significado de la inflamación ha sido un antes y un después.

Gracias a ello he conseguido en mis pacientes mucho más de lo que nunca me hubiera imaginado. Revertir enfermedades crónicas, conseguir reducir su medicación, eliminar síntomas de patologías, mejorar su calidad de vida, pérdidas de peso a largo plazo que

parecían imposibles y un largo etcétera. Es increíble lo que se puede lograr al llevar una alimentación antiinflamatoria.

Ojalá puedas leer este libro con detenimiento y abrir la mente hacia este cambio, porque te aseguro que la nutrición es la medicina del futuro.

¡Desinflámate conmigo!».

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Kit de emergencia emocional

Todo lo que necesitas
para sanar tus heridas,
curar tus cicatrices
y seguir adelante

ELENA CASADO
@medicilio_

HarperCollins

Kit de emergencia emocional

Casado, Elena

9788410641907

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Una de las mejores terapias para sobrevivir al día a día es tomarte un café con amigas, arreglar el mundo juntas, compartir confidencias y sincerarte sobre aquello que te agobia.

Esto es lo que sentirás cuando leas este libro, notarás que se alivia tu ansiedad y te darás cuenta de que no estás sola. Hay alguien al otro lado que te escucha, te entiende y empatiza con tu dolor y tus cicatrices.

Abre las páginas de este botiquín antiinflamatorio emocional que la doctora Elena Casado, @medicilio, te receta para hacerte reír. Y si toca llorar, ponerte una tirita en el alma, para seguir caminando.

«Hay días como este que el mundo se me cae encima.

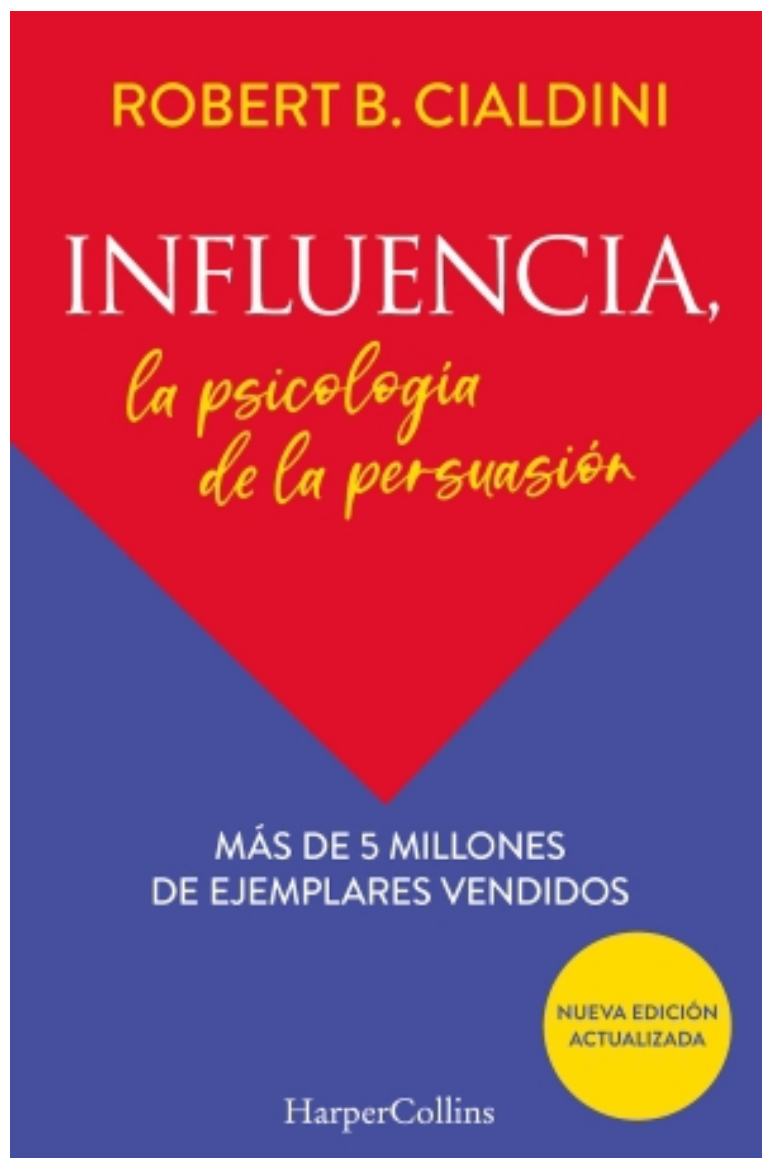
Que sé que me entendéis, porque por desgracia somos muchas, muchísimas, las que vivimos con esta losa en la espalda. Y la cargamos como si fuera un saco de plumas a costa de la costumbre.

En fin, queridas. No lo olvidemos.

Esto también pasará.

Pronto llegará mañana y, con un poco de suerte, saldrá el sol, y no nos dolerá nada».

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Influencia. La psicología de la persuasión

B. Cialdini, Robert

9788491397380

576 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

El libro más importante sobre la ciencia de la persuasión que puede cambiar tu vida.

Tienes en tus manos la obra maestra de la persuasión. Un libro extraordinario que te ayudará a ser más eficaz en el trabajo y en la vida diaria, a maximizar tu carisma, a mejorar tus relaciones y estrategias para convencer y llegar a acuerdos ventajosos, en definitiva, alcanzar el éxito a todos los niveles.

En este manual definitivo, Cialdini explica, con rigor científico y de forma sencilla, cómo provocar en las personas la respuesta deseada y cómo protegerse ante intentos poco éticos de persuasión.

Un compendio de sabiduría para convertirte en un hábil influyente.

Bibliografía:

<https://www.harpercollinsiberica.com/images/pdf/bibliografia-influencia.pdf>

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)